



## DOS GRANDES CANTANTES ESPAÑOLES

Carmen Floria, la gentilísima diva de la Scala de Milán, que ha hecho el viaje á España con el exclusivo objeto de cantar «Marina», con Fleta, en la función á beneficio de la Prensa, celebrada el viernes último en el Teatro Apolo con extraordinaria brillantez. En el medallón, el tenor Fleta, á quien el público de Madrid ha tributado un caluroso homenaje de admiración y afecto con motivo de su despedida, efectuada en dicha función á beneficio de la Asociación de la Prensa



Acto de homenaje á la memoria del gran pedagogo suizo Juan Enrique Pestalozzi, celebrado, al cumplirse el primer centenario de su muerte, en el Palacio de la Música de Madrid.

Al acto, organizado por la Sociedad Amigos del Niño, asis-

## P E S T A L O Z Z I

### HOMENAJE EN EL PRIMER CENTENARIO DE SU MUERTE

tieron ilustres literatos, actores, diplomáticos y doscientos alumnos del Instituto Escuela. En la fotografía que ilustra esta plana aparece el Ministro Plenipotenciario de Suiza, don Máximo de Stoutz, pronunciando un discurso.  
(Fot. Díaz Casariego)

EL día 17 de Febrero de 1827 dejó de existir el ilustre pedagogo suizo Juan Enrique Pestalozzi, nacido en Zurich el 12 de Enero de 1746.

Encarizador de la juventud y del pueblo, adquirió méritos imperecederos en favor de la pedagogía, especialmente en lo que respecta á la enseñanza del pueblo.

Pero, sobre todo, su entusiasmo y su talento se orientaron hacia la educación de niños de clases menesterosas.

Huérfano de padre á los cinco años, fué educado por su madre, mujer bondadosa, pero débil. Estudió Teología, y seguidamente Derecho; mas el espectáculo de la miseria moral y material de las clases trabajadoras y el amor que sentía hacia ellas, decidió su vocación, reforzada—dícese—por la lectura del *Emile*, de Rousseau, dedicándose desde entonces en cuerpo y alma á la reforma de la educación del pueblo.

Para el logro de su afán acometió una empresa agrícola, en conjunto á la fundación de un Centro educativo para niños pobres.

Fracasado y sumido en la miseria y el abatimiento, ello no fué obstáculo para consignar sus impresiones pedagógicas en una obra de relevante mérito publicada en las *Ephemeriden* de su protector Iselin (1780). Poco después apareció su célebre novela, de ambiente popular, *Lienhardt und Gertrud*, cuyo éxito fué sorprendente.

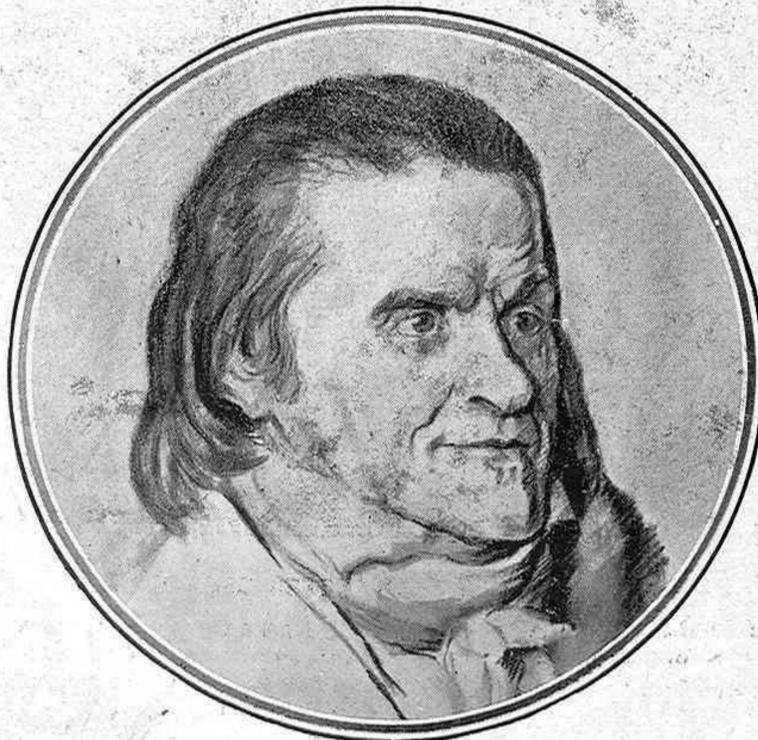
Un viaje á Leipzig (1792) le puso en contacto con los sabios y literatos alemanes y le dió ocasión de entablar relaciones personales con Schiller.

En el otoño de 1798, el Directorio de Francia, cuya República le había nombrado ciudadano honorario francés, fun-

dó un orfanato en Staus, y puso á Pestalozzi al frente del mismo.

Aquí procuró armonizar, como anteriormente en Neuhof, el trabajo manual con el educativo, convirtiendo el orfanato en una especie de establecimiento industrial, empleando de paso el método de la enseñanza del niño por el niño.

Esta empresa, que constituyó el punto de mayor apogeo de la carrera educativa de Pestalozzi, fracasó igualmente á causa de la reanudación de los trastornos políticos (1799).



JUAN ENRIQUE PESTALOZZI (Dib. de Solís Avila)

Pestalozzi, agotado físicamente, fué á buscar un alivio en el balneario de Gurnigel. Repuesto aparentemente, de allí pasó á Burgdorf, en el cantón de Berna, con intento de continuar en varias de las escuelas de aquellos lugares sus estudios prácticos sobre métodos educativos; pero al año de ocuparse en esta tarea hubo de abandonarla, á causa de una afección pulmonar. Poco tiempo después inauguró un Instituto y una Normal de Maestros en Burgdorfer Schloss (1800), que fueron subvencionados por el Estado.

En 1802 quedó Pestalozzi elegido miembro de la delegación suiza en París. Y dos años después, el Gobierno de Berna destinó para el Instituto Pestalozzi el convento de Munchenbuchsee. Es cuando entonces el ilustre pedagogo empieza á recoger el fruto de sus desvelos y afanes, y cuando su nombre adquiere poco á poco el crédito que en un principio se le había regateado.

Más tarde, el filántropo Fellenberg fundó en Iferteu (Iverdon) un Instituto educativo para niños de todas clases sociales y otro para formación de maestros. Con la dirección de Pestalozzi llegó el establecimiento á alcanzar fama mundial, de cuyo Centro salieron muchos maestros que extendían sus métodos pedagógicos por el mundo entero.

Las obras completas de Pestalozzi se publicaron en Stuttgart y Tübinga (1819-26) en quince tomos, y más tarde en Berlín (1881-96).

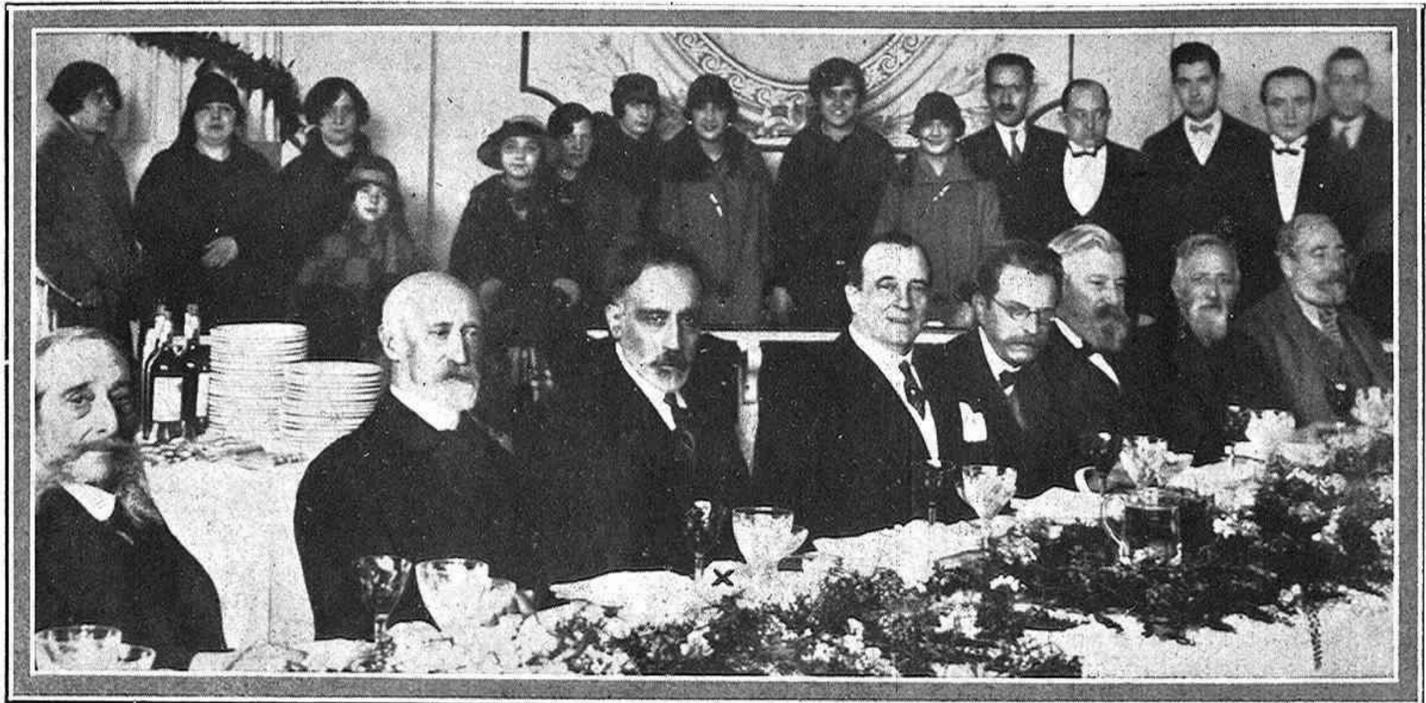
Existen varias versiones en castellano de las obras del sabio demagogo, entre las que citaremos principalmente *El A B C de la visión intuitiva* (1807), *Cómo Gertrudis enseña á sus hijos* (1902), *Leonardo y Gertrudis* (1911) y *El Método* (1915).

L. R.

# El homenaje de Barcelona á Ignacio Iglesias

EL CIPRÉS Y EL LAUREL.—EL ARTE Y LA MULTITUD.—IGNACIO IGLESIAS, DRAMATURGO DEL PUEBLO. PANORAMA DE LA OBRA DEL GRAN ESCRITOR.—LA FRASE FINAL DE «ELS VELLS».—«SOY MÍSTICO DE LOS HUMILDES».—BARCELONA CANTA.

Ignacio Iglesias (x), teniendo á su derecha á Apeles Mestres y á Vilumara, y á su izquierda, á Borrás, Morera, Rusiñol y Casas, durante el banquete ofrecido en homenaje al insigne dramaturgo (Fot. Merletti)



UN día de 1924, ante una casa de la calle de Petrixol, en Barcelona, una multitud en silencio lloraba sin lágrimas por la vida, cercana ya á la muerte, de Angel Guimerá. Arriba, en la casa, se apagaba dulcemente, serenamente, la luz que para el arte de Cataluña fué antorcha. El maestro se moría, y de las gentes calladamente agrupadas en la calle ascendía una muda y dolorosa oración.

Cuando la muerte clavó en la casa su airón negro, aquel dolor contenido dejó correr sus fuentes. Los cuerpos se arrodillaron sobre la calle, y un temblor de llantos y de rezos floreció en todas las bocas. Después, ante el cadáver del poeta, desfile, emocionadamente, la interminable caravana: hombres y mujeres venidos de la Universidad y del taller, del hogar tibio y de la pobre casa estrecha, del laboratorio y de la fábrica, de la cátedra, del foro y de la clínica...

Dos años más tarde, esa misma Cataluña que enlutó su alma ante la muerte de Guimerá, dejaba una ofrenda de rosas á los pies de Santiago Rusiñol. A los rezos y á las lágrimas de antes, sucedía un clamor de ovaciones. Junto al ciprés fúnebre, el alma catalana plantaba un simbólico laurel. Y la frente de Rusiñol, gloriosamente plateada por los años, se encendía con una luz nueva ante aquel fervor de los suyos; fervor de Cataluña, en el que estaba, también, espiritualmente, el fervor de toda España...

Y en las dos jornadas, en la del homenaje silencioso y en la del ruidoso homenaje, en la de la muerte y en la de la vida, tras la diversa apariencia, el espíritu era el mismo: conciencia, orgullo, amor hacia el nombre que adquiría magnitud de símbolo... Guimerá y Rusiñol, la muerte y la vida, el ciprés y el laurel. En realidad, un mismo fervor hacia un mismo arte y hacia un mismo símbolo...

Y ahora, ese mismo fervor, ese mismo arte, ese mismo símbolo, reflorecen ante la obra de Ignacio Iglesias. Es, también, en esta hora solemne del homenaje, un laurel, con el verde de la victoria y de la esperanza, el árbol que Cataluña planta junto á su poeta glorioso.

Trae este homenaje de Barcelona á Ignacio Iglesias como un viento de oportunidad á nuestra vida literaria. Acaso nunca como ahora ha vivido tan marcadamente en esos ambientes literarios el espíritu de capilla, de aislamiento, de desdén hacia la multitud. Los escritores se apartan cada vez más de la vibración colectiva. Se desdeña—acaso la realidad es sólo una apariencia de desdén, una anticipación al presentido desdén de la multitud—, se desdeña despertar un eco en el alma popular. Se escribe, se crea, para sí mismo, para unos cuantos... Al arte le falta, así, su eficacia de apostolado, su espíritu de generosidad, su noble índole de pan para todos...

Ese desdén hacia el arte popular—eco, en el pueblo, de bien, de justicia, de redención y de esperanza—no caracteriza la literatura de Cata-

luña. Parece planta exclusiva de los ambientes literarios de Madrid, donde la capilla, el partidismo, el gesto desdeñoso hacia la multitud, tienen una lámpara perpetuamente encendida. Entre nosotros, la cordialidad es una quimera distante... En Madrid, los escritores y la multitud van cada uno por su lado, divorciados sus espíritus, como por rutas distintas... Los artistas están aislados, y el pueblo—el verdadero pueblo—marcha falto de lo que debiera ser guía y antorcha...

En Cataluña, sus escritores—sus poetas, sus dramaturgos—viven identificados con el pueblo. Son, en él, bandera, fe, pastor... Llevan á él luz, pensamiento, esperanza. Ponen claridades, quieren abrir caminos en las tinieblas y en las malezas del infinito dolor humano y social. Al latido en el corazón del poeta responde el ritmo en el corazón del pueblo. La multitud contesta á esas llamadas de sus artistas, porque éstos saben despertarla, removerla, inquietarla. Para justificar este abrazo, en Cataluña, de los escritores y del pueblo, conviene recordar que en esa región es donde más vigorosa y conscientemente se acusa el concepto de pueblo, de multitud, de espíritu colectivo.

Ignacio Iglesias ha dado también á su obra este sentido humano y social, esta fusión de su alma con el alma del pueblo. Nada, en ella, de esquivances, de desdenes falsos, de personalismos sin colectiva resonancia. Por toda su obra corre, como un noble vino generoso, la cordialidad, que es humanidad, compenetración con el hambre y el dolor de todos, para ser, sobre ellos, aliento de esperanza y de redención...

Recordemos, panorámicamente, la obra de Ignacio Iglesias, escrita siempre en el idioma de Mosén Cinto y de Maragall. A los veinticinco años había estrenado ya algunas obras escénicas: *L'escorsó*, *Els conscients*, *Fruetidó*... Sobre alguna de ellas se proyecta un reflejo del sol ibseniano. Estrena, después, *Foc-follet* y *La resclosa*, en las que ya tiembla un romántico espíritu de rebeldía, no un romanticismo viejo, artificial y trasnochado, sino nuevo, inquieto, dinámico, actualista...

Son ya los días últimos del siglo. Sobre la carne española, el 98 ha puesto su zarpazo de sangre. Un huracán de renovación y de descontento agita todo. Pesquisas sin hallazgo, preguntas sin respuesta, inquietudes sin horizonte... Iglesias publica su libro de poesías primero y único: *Ofrenes*... El realismo de su teatro levantaba polvaredas de combate sobre los escenarios de Cataluña. Estrena *La mare eterna*, *El cor del pobre*... Llegan, con un intervalo de dos años (6 de Febrero de 1903-25 de Noviembre de 1905) los estrenos resonantes de *Els vells* y *Les garses*.

Sus obras de después se llaman *En Joan dels Miracles*, *La barca nova*, *La noia maca*, *Foc nou*, *Flors de cingle*, *La senyora Marieta*, *Els emigrants*, *L'encis de la gloria*, *La nostra parla*, *La lall-lera de l'amor*...

*Els vells*, *Les garses* son las dos obras mejores de Ignacio Iglesias. El primero es el drama de la vejez del obrero, cuya vida ardió en la pira extenuadora del trabajo. El segundo es el drama de las gentes en cuyo espíritu el dinero debido al azar siembra semillas de codicia, de incompreensión y de odio. Es esta obra última un canto al trabajo. Cuando se estrenó, el entusiasmo del público alcanzó un máximo clamor. Al finalizar la obra, *Pelegri* dice:

«No us en refieu, de la casualitat, per a viure. Refieuvos del que guanyeu amb la suor dels vostres fronts... Visca el treball!» Y todo el público, estremecido de entusiasmo, repitió este grito final, que era un programa y una redención. «Visca el treball!», gritó la multitud, con una voz gigante, hecha de cientos de voces. El espíritu de Cataluña estaba en aquella voz inmensa, latido de un corazón hecho en el dolor y en el esfuerzo, campana que anunciaba la oración nueva y excelsa... La frase última era, en aquellos instantes, cáliz de luz y de fe en que comulgaba el alma de la multitud...

Sencillez conmovida, honda, tuvieron las palabras de Ignacio Iglesias al agradecer el homenaje.

Fueron así: «Yo no veo el retrato espiritual que me hacéis, pero acepto este homenaje. Sé que en estos momentos sagrados un grano de arena puede representar á todo un pueblo. Soy místico de los humildes, místico de la humildad del pueblo, obrero que encarna toda una raza. He escrito siempre con la pretensión de que hacía un bien. He sido egoísta de mis tormentos... Cuando muera podré decir que fuí un hombre que escribí lo mejor que supe, procurando hacer siempre bien... Mi reconocimiento será eterno...»

No podían faltar, en este homenaje á Ignacio Iglesias, dramaturgo del pueblo, las sardanas, danza colectiva, expresión serena, grave y dulce á la vez, de algo muy íntimo del pueblo, de la multitud. En la mañana dominical del día en que el banquete iba á celebrarse, las coblas Barcelona y Emporun interpretaron, en el Parque, sardanas: *La nit de l'amor*, de Morera; *Per tu ploro*, de Pep Ventura; *La processó de Sant Bartomeu*, de Catalá; *Flors de cingle*, de Casademont, sobre una letra del mismo Iglesias...

He aquí otra nota que enorgullece á Cataluña. Cataluña canta, se llena de sagrada emoción ante la música.

Y á estas sardanas que ha cantado y bailado ahora, en homenaje á Ignacio Iglesias, se juntaba, como un eco, como un símbolo, aquel lejano *Visca el treball!* de *Els vells*. Porque Cataluña es la región que trabaja y que canta. Y cuando el esfuerzo de la labor rinde sus manos, la canción compensadora le ofrece, como un remanso, un paréntesis de luz...

José MONTERO ALONSO

## LA VIDA DEL TEATRO

LAS FUNCIONES DE LOS PITOEFF.  
LECCIONES INTERESANTES

Si el hombre en general y el artista en particular no fuese un ser excesivamente refractario á la enseñanza, las cuatro funciones que la compañía Pitoeff ha dado en el Teatro Alkázar y la conferencia que con la primera actriz de esa Compañía ha tenido una inteligente y activa periodista, podrían sernos de mucha utilidad. Los Pitoeff nos han hecho el favor de traernos á casa algo excepcional, de que algunos hablaban como de cosa corriente y otros como de cosa mítica, y han permitido que los más aprendan *de visu* lo que son las nuevas escenificaciones ó, por lo menos, algunas de las nuevas escenificaciones tenidas por ideales por algunos aficionados á la novedad á todo trance y sea como fuere, con tal de que sea novedad ó, por lo menos, que lo parezca.

Esas escenificaciones de los Pitoeff, comparadas, por ejemplo, con las de Martínez Sierra, de que nos da puntual relato un libro magno admirablemente editado que lleva por título *Un teatro de arte en España*, constituyen dos modos distintos de interpretar escénicamente una obra dramática. De esos dos modos, el de los Pitoeff es, evidentemente, el más barato, y, desde luego, me atrevo á decir que para un público de cultura superior é imaginación suficiente para formar sobre un detalle escénico más ó menos nimio todo un ambiente, puede ser el mejor. A un público así fundamentalmente interesado por la letra y por el espíritu de una comedia, puede y debe bastarle con esa escenografía sumaria; para otros públicos, que por desgracia aquí y fuera de aquí están en inmensa mayoría, quizá no baste y sea necesaria, aun durante mucho tiempo, una escenificación más realista, siquiera no necesite ser tan detallista como algunos de nuestros directores de escena han sabido hacerlas, ni menos aún tan rica, tan suntuosa como á veces, con daño no sólo de la obra literaria, que en cierto modo quedaba así relegada á muy segundo término, sino de la misma propiedad escénica, supremo ideal del realismo escenificador.

La escenografía de *El hombre que recibe las bofetadas* puede ser muy directamente comparada con la del cuadro primero de *La fuerza bruta*: en uno y otro caso estamos en el interior de un circo que bien puede ser una barraca trashumante. Lo que caracteriza al circo, aparte, naturalmente, de las figuras que en él se mueven, son los accesorios utilizados en la pista, y no el fondo sobre que estén: una decoración detallista, como



«REGINA»  
Conocida escritora que se ha revelado como inspirada artista



EDUARDO MARQUINA

Ilustre poeta, autor del nuevo drama «La ermita, la fuente y el río»

## Obras y figuras del momento

la utilizada en Lara cuando estrenaron la comedia de Benavente, podrá no ser necesaria, pero quizá para el público en general no huelga. Además, si fuese posible reunir datos de escenificaciones de *La fuerza bruta* hechos en provincias por Compañías de las que viajan mucho y con poco equipaje, quizá pudiéramos demostrar á los innovadores irreflexivos que Pitoeff ha tenido precursores en España, y precisamente entre los directores á lo Querubini; es decir, de los que hacen las comedias con *cuarti trapi*. En esto se da un caso semejante al de aquel bohemio que en un restaurante económico de París no comía sino verduras, y al preguntarle un amigo si se había hecho vegetariano, contestó:

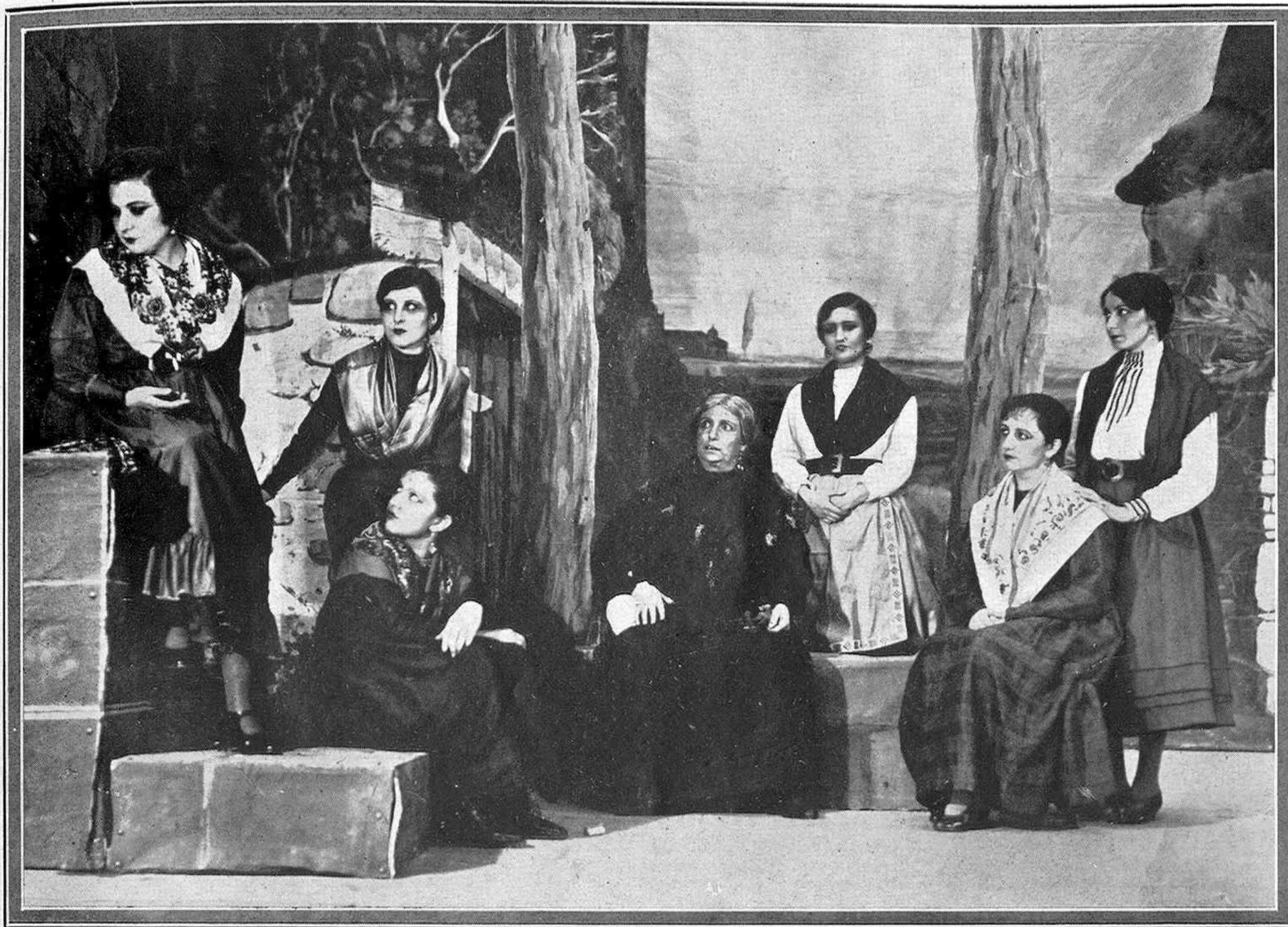
—«¡A la fuerza ahorcan!»

Ya sé que el caso de G. Pitoeff es otro, y que la diferencia fundamental está en que el actor ruso ha hecho de esa simplificación sintética un arte especial cuya escena está en saber elegir los detalles más fuertemente sugeridores y en prescindir como innecesarios de todos los demás. Ese arte, si merece elogio, como le merece, á mi juicio, cuanto lleve el arte por caminos de sencillez que son la sal del arte clásico: representar tragedias ante un muro limpio de afeites y no necesitar más para producir el estremecimiento artístico, requiere un arte superior que sólo es dado á los artistas geniales; á esto es aplicable también aquel aforismo del crítico de pintura,

que decía: «Para pintar un bigote de un brochazo es indispensable haber pintado muchos bigotes pelo á pelo»; y á mi juicio, sería lógico extender el aforismo al público: para llegar á la comprensión de esas síntesis es necesario tal vez haber comprendido antes muchos análisis. Por eso, de la fuerza sugeridora de un detalle escénico no podrá juzgarse nunca, con definitivo acierto, sino á condición de que contemos con una determinada sugestibilidad del público, y ahí está el *quid* de la posibilidad ó imposibilidad de las escenificaciones nuevas: en saber hasta qué punto es dócil á la sugestión el público á quien hemos de servirselas.

Tienen razón, sin duda, los que piensan que una de las causas de la decadencia de nuestro teatro del Siglo de Oro se debió en parte á los excesos escenográficos; pero los que suelen argumentar contra el teatro con el *cine* no comprenderán éste sin sus realizaciones todo lo más reales posible; en esto, como en todo, quizá la virtud está en el prudente término medio y, sobre todo, en la adecuación de los medios á los fines: los Pitoeff sueñan con

en un recital poético celebrado recientemente en el Teatro de Lara



Margarita Xirgu en una escena del drama en tres actos y en verso, original de Eduardo Marquina, titulado «La ermita, la fuente y el río», y estrenado con éxito clamoroso en el Teatro Fontalba

(Fot. Pío)

una escenificación de *Romeo y Julieta*. ¿La harán ante el telón negro con un sólo accesorio ó poco más? Sería lástima, porque el ambiente que podrían mostrar sería tan incensamente bello que la representación ganaría en intensidad estética, aunque perdiera en sistemática estilización. Cuando estaban de moda los teatros «de la Naturaleza» y los teatros «de verdura» había uno en el parque de *Saint Cloud* en que representaban con frecuencia obras de Shakespeare—*El mercader de Venecia*, por ejemplo—, sin más decorado que el fondo frondoso del parque y algún trasto insignificante; Shilok seguía siendo Shilok; pero Venecia no aparecía por ninguna parte; ahora bien: judíos avaros puede haberlos en todas latitudes, y eso basta para declarar admisible el sistema, aunque Shakespeare, que supo más que nadie crear para la escena tipos universales, se creyera obligado á «situarlos» en el tiempo y en el espacio.

En definitiva, pues, podría decirse que si esto de los Pitoeff es bueno, lo otro, lo de Antoine, por



María Palou en la nueva comedia original de Juan Ignacio Luca de Tena, «Divino Tesoro», estrenada en el Teatro de la Latina con éxito inmejorable

(Fot. Díaz Casariego)

ejemplo, para no hablar sino de innovadores escénicos en Francia, tampoco era completamente malo, ni es aun hoy despreciable.

«Cada cosa en su tiempo...», dice un refrán castellano, y la palabra «tiempo» puede valer por «ocasión» y referirse no sólo á la época de las obras, sino á lo que es más fundamental: á la esencia de las obras mismas.

Lo curioso es que ahora ha parecido bien la simplicidad de las interpretaciones escénicas de G. Pitoeff á los mismos que en otras ocasiones han denostado á las Compañías francesas que se venían á Madrid con lo puesto. Algo hemos ganado, en definitiva, y eso abre nuestro pecho á la esperanza de que no se habrán perdido todas las lecciones que nos han traído los Pitoeff.

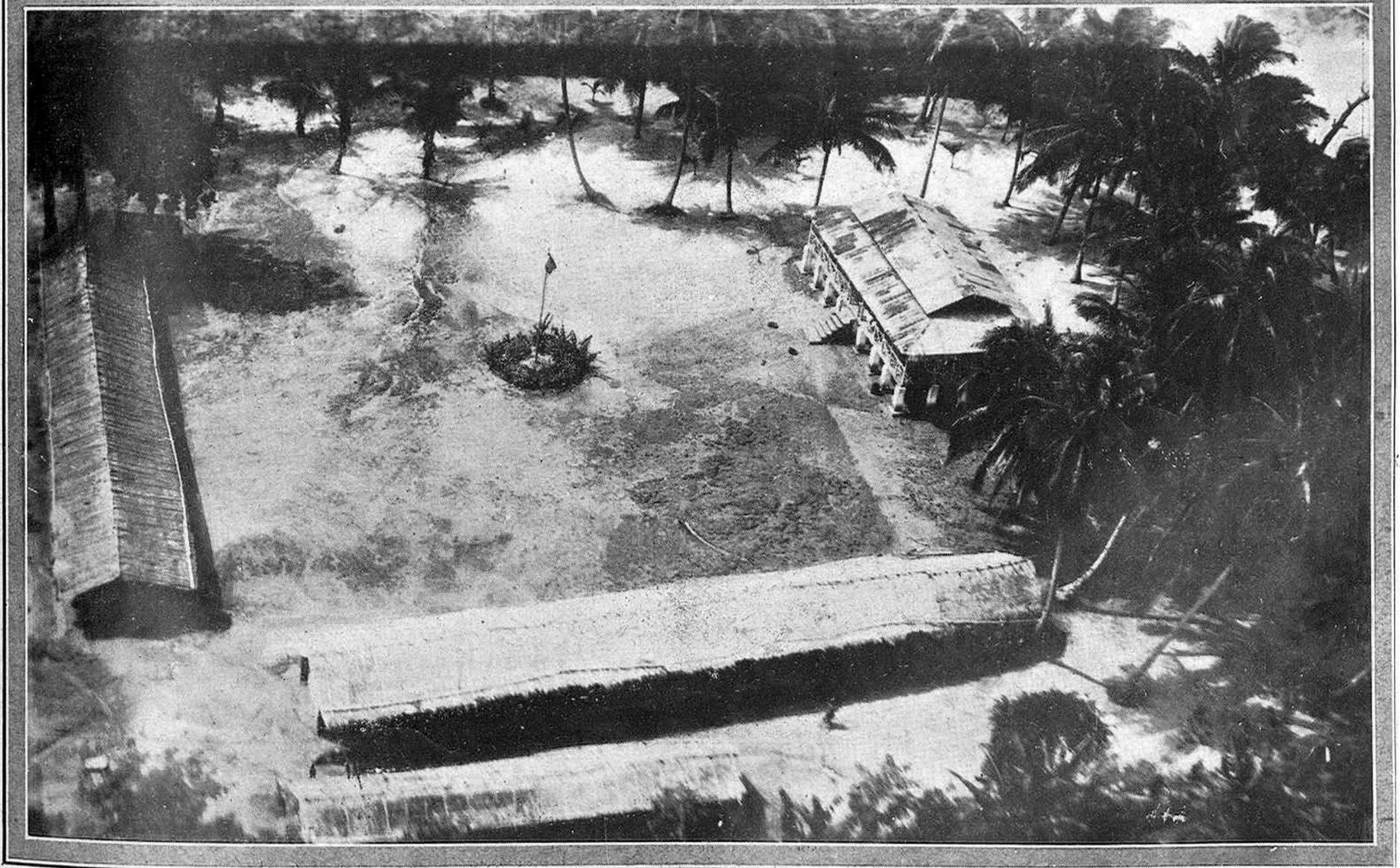
Ahora bien: de otras de esas lecciones quisiera yo hablar; pero será mejor dejarlo para otra ocasión. Por hoy basta, sino es que sobra, para la paciencia de los lectores.

ALEJANDRO MIQUIS



OTRA PÁGINA DE GLORIA  
EN LOS ANALES DE LA  
AVIACIÓN ESPAÑOLA

Los tres pilotos de la Patrulla Atlántida que tan brillantemente han realizado el vuelo á Guinea, cubriendo las jornadas de ida y vuelta con regularidad y ciencia admirables. En la fotografía del fondo, á la izquierda, el comandante D. Rafael Llorente, jefe de la expedición. A la izquierda, el capitán D. Antonio Llorente. En el medallón, el capitán Jiménez (Fots. Zarco)



Fotografías obtenidas por los pilotos de la Patrulla Atlántida, durante sus magníficos vuelos. Arriba, vista general de Monrovia, capital de Liberia. Abajo, un puesto colonial en la Guinea española. Sobre estas regiones de clima extremado y malsano, y luchando con dificultades constantes para acuatizar, han llevado á cabo nuestros aviadores su soberbio raid, con éxito inmejorable

EL VUELO DE LA PATRULLA ATLÁNTIDA DESDE ESPAÑA HASTA LA GUINEA ESPAÑOLA Y REGRESO



## Un nuevo libro de José María Carretero "El Caballero Audaz"

José María Carretero, "El Caballero Audaz", acaba de publicar un nuevo libro, escrito en París, donde ahora reside el famoso novelista.

"La Venenosa" es el título de esta novela interesantísima, en la que José María Carretero nos muestra la vida trágica, pasional y vertiginosa de la gran ciudad capital del mundo, y en la que una bella historia de amor y dolor florece entre las sombras y las espinas de ese hampa parisiense, terrible y sombría.

"La Venenosa" es una novela estudiada del natural, y tiene el vigor y el interés de las narraciones vividas. Quizá sea el libro mejor logrado entre los treinta y cuatro publicados ya por "El Caballero Audaz", y en él parece iniciar el popular escritor un nuevo rumbo para su obra futura, influida ventajosamente por el comienzo de lo que pudiéramos llamar "era cinematográfica de la literatura".

Federico Ribas ha vestido de gala este nuevo libro, con una portada sencillamente magistral. Publicamos, á continuación, parte del capítulo XI de "La Venenosa".

SEÑORITA—continuó, dirigiéndose á Liana con radiante satisfacción—. Después del análisis, el doctor Angelo me comunica que la sangre de usted es purísima y que casa perfectamente con la del enfermo, coincidiendo los dos en el número uno... Ya nos esperan para llevar á cabo la transfusión.

—Vamos allá—acogió la artista con una visible alegría melancólica.

¡Oh! ¡Cómo la embargaba la emoción al pensar que iba de nuevo á verse ante los ojos de aquel hombre terrible!

Todas sus ilusiones, sus inquietudes, sus recuerdos, sus esperanzas y sus anhelos, se le agitaban en el alma, produciéndole un nervioso temblor. ¡Cómo era verdad que á veces el sacrificio—no atreviase á pensar que el amor—es un placer suficiente para justificar nuestra vida! Lo indispensable era realizar el sacrificio por un ideal, llámese Amor, Piedad, Ciencia ó Ambición: ¡Qué más da!... Ella saboreaba ahora que un sacrificio, cuando se está dispuesto á realizarlo con entusiasmo, puede producir la misma sensación de angustia, de ilusión ó de deseo que una cita de amor.

¡Eso es!...

Allá iba, atravesando el jardín y seguida del sabio, á la extraña cita de amor que, en presencia de la Muerte, había dado al corazón del aventurero... ¡Ella le salvaría!

Precedida siempre del eminente doctor Koll, que sosteniá las puertas abiertas para que pasara, entraron del jardín á un vestíbulo. Allí se les incorporó el doctor Angelo. Caminaban ahora por un pasillo corto, todo de cristales como una vitrina. Los perfumes deliciosos de Liana iban dejando un aroma exótico y mundano tras de sus pasos. Aquello, que no olía á nada, comenzaba á oler ahora á mundo distinguido, á carne fragante de mujer-flor.

Dos enfermeras más se unieron al grupo.

Para todos tenía el sabio doctor una frase amable y justa. Aquellos, seguramente, eran sus «escogidos», los que compartían con él los éxitos callados de las operaciones diarias.

Al entrar en la clínica, Liana experimentó un deslumbramiento de luz cenital que lo inundaba todo en claridades optimistas. Una sensación de paz, de aseo y de vida. Le pareció verse mejor á sí misma. Algo así como si su cuerpo fuese transparente.

Como un espacioso hall todo de cristales esmerilados, que dejaban pasar una luz igual, invariable, pues los tubos de mercurio, ocultos tras los zócalos, iban graduándose á medida que aumentaba ó disminuía la luz del día.

Ella, ahora, recibió la sensación de que eran las doce de la mañana y que el sol estaba en el centro del Meridiano, lanzando sus rayos de fuego sobre aquella especie de estufa.

Todo blanco, pulquerrísimo, brillantes los metales, como esmaltado el suelo.



JOSE MARIA CARRETERO, «EL CABALLERO AUDAZ»

En el centro estaba ya el enfermo, reposando sobre una amplia camilla.

Al verle, el corazón de Liana saltó en el pecho, casi queriéndola ahogar con una suprema angustia...

¡Era él!... ¡El hombre terrible! ¡El hombre de su corazón! Pero ya sus ojos, aquellos ojos que aprisionaban como garras, estaban cerrados allá en el fondo de sus hondas cuencas. Inmóvil, boca arriba, tenía las facies completamente exangües. Ya no era moreno; ya tenía la faz lívida y tal vez azulada como la de ella. Aquel rostro de cérea palidez, no podía ser más que el de un cadáver.

Y empujada por una fuerza superior, avanzó un paso más, con ansia dolorosa en la faz, con los ojos fijos en el quieto y dormido rostro del apache, con una ahogadísima interrogación en los crispados labios... ¿Pero es que no estaba muerto aquel hombre?...

Los pómulos terrosos acusaban sus huesos, proyectando una gran sombra violácea en las ojeras; la nariz afilada, tirante la piel, semejaba estar tallada en amarilla madera antigua; blanca, de una blancura irreal, la espaciosa frente, coronada de unas crenchas rizadas y negras.

Ya dispuesto para recibir la sangre salvadora, llevaba desnudo y fuera de las ropas, tendido á lo largo del cuerpo, el brazo derecho, como un transparente exvoto de cera, terminado en una mano larga y señorial de finos dedos, que tenían un color casi de ámbar.

¡Cuántas veces habría dado la muerte aquella mano perversa, que parecía hecha para acariciar!

Imposible reconocer en aquel cuerpo inanimado que Liana contemplaba con infinita desolación, al apache de los ojos inolvidables que la asaltó en la noche del Bosque.

Más que su vista, era su corazón el que la decía: «Este hombre, este despojo humano, es ÉL.»

El doctor Koll se alarmó un poco ante el aspecto cadavérico que presentaba el paciente. No había tiempo que perder. La anemia aguda del enfermo lo llevaba ya á la agonía.

Después de tomarle el pulso, exclamó:

—Vamos pronto... De lo contrario, este hombre se nos va de las manos en presencia de los mismos gendarmes.

En efecto, en el pasillo, una pareja de guardias cumplía la misión de vigilar al herido temible, y ahora tan vencido y lejos de la vida.

—¿Quiere usted tomar asiento aquí, señorita?—la indicó el doctor Angelo, al mismo tiempo que acercaba á la cabecera del enfermo una cómoda butaca de cuero, cubierta de limpios paños blancos.

Accedió rápida, impaciente por salvar aquella vida que se escapaba...

Antes de tomar asiento, una de las enfermeras, con la mayor naturalidad, la despojó de su chaqueta. Después desnudó su magnífico brazo, hasta el hombro; un poco más, porque las ropas interiores de Liana eran vaporosos encajes que, una vez libres de la chaqueta, caían cual hojas mustias dejando al descubierto su escote terso, blanquísimo y aterciopelado, y el comienzo de sus senos, que brotaban indomables é impúdi-

## “LA VENENOSA”

(NOVELA COSMOPOLITA)

cos, hasta que la enfermera tuvo, al fin, que cubrirlos con un paño blanco sujeto al cuello de Liana.

Así, sólo quedaba desnudo á la vista de los doctores, que preparaban los aparatos esterilizando los cuidadosamente en la autoclave, el brazo recio y redondo de la acróbata, hasta la axila, donde se adivinaba, detrás del pecho breve y duro, una oscura cavidad, como una flor dorada.

—Acomódese usted bien en la butaca, señorita; acercándose lo más posible al enfermo... Así... Así... Perfectamente... Ahora recline usted sobre el respaldo su cabeza, y, si le es más cómodo, cierre los ojos...—le decía el doctor Koll—. No experimente la menor inquietud; usted no sentirá absolutamente nada... Ciertamente que le vamos á robar medio litro de su preciosa sangre..., pero de una manera discreta..., sin producirle ningún daño.

Liana escuchaba aquellas advertencias impávida... Ella era, sobre todo, una mujer valerosa. Ofrecía su brazo sin la menor inquietud... La enfermera se lo oprimía fuertemente, por encima del bíceps, con una banda de caucho, cuya presión lo enrojecía y congestionaba hasta parecer que iban á saltarse sus azules venas.

—Esto no es nada... Como todas las grandes cosas de la creación, incluso el vivir, el morir y el nacer, se hace sin ningún esfuerzo—le explicaba el sabio cirujano, al mismo tiempo que, con un algodón mojado en éter, lavaba la parte interna de la articulación del antebrazo.

Y, mostrándole una vena azulada que, bajo su piel tenía la forma de una flor de lis, continuó:

—He aquí el manantial de donde vamos á tomar la vida para este zote, que dormiría eternamente si no fuese por la generosidad de usted. Esta arteria, en la cual usted no habrá reparado nunca, se llama la vena cefálica.

Mientras tanto, el doctor Angelo, ayudado por otra enfermera, llevaba á cabo idéntica operación de vendaje y desinfección en el brazo del enfermo.

—Ahora apoye usted aquí el codo, sin doblar el brazo, señorita—rogó á Liana, indicándole el borde de la camilla.

Esta obedeció.

Su brazo, así, quedó casi junto al brazo ambarino de Luis de Sevilla, y los dos reposaban sobre la misma guata de algodón.

El doctor Koll, al observar el contraste, no pudo reprimir una exclamación...

—¡Qué diferencia, gran Dios, entre los dos brazos!... ¡Son la vida y la muerte!...

Cogió la cánula de goma, que le ofrecía el doctor Angelo, y, secamente, clavó uno de los extremos en el brazo del apache; después, rápido, cogiendo un pellizco de carne del brazo de Liana, hundió en aquella vena, que parecía una raíz azulada, la gruesa aguja que había al otro extremo. La artista ni se estremeció... Estaba pálida de emoción, pensando que en aquel momento su sangre ardiente iba á penetrar en el cuerpo de mármol... ¿Qué fenómeno se produciría?... Vió el ramalazo purpúreo de su sangre circular por un tubo de cristal que dividía la cánula, y percibió en todo su ser como una corriente eléctrica al sentir que se ponían en comunicación sus venas con las venas del terrible apache...

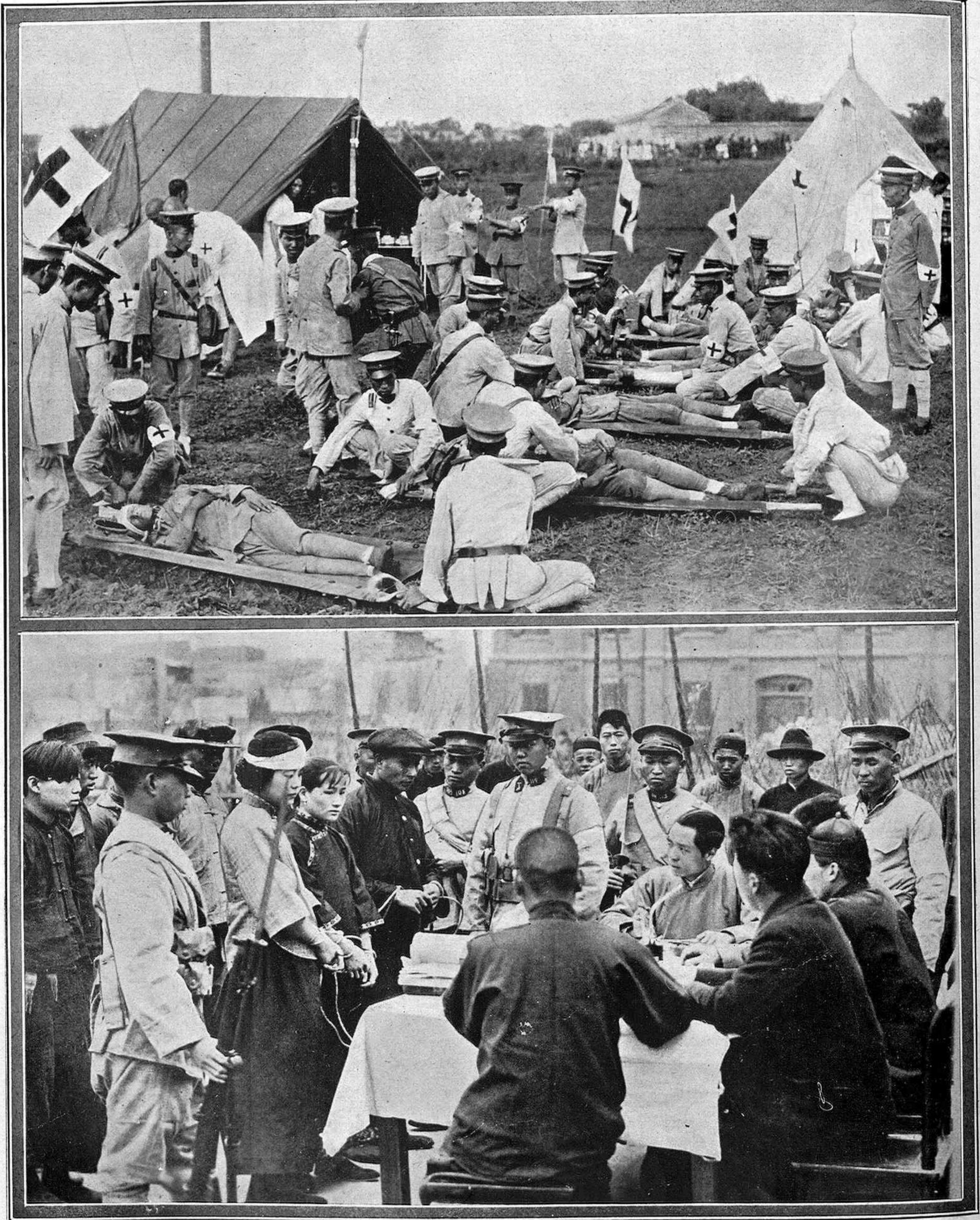
Realmente, aquello tan simple, tan sencillo, para su alma ingenua, era algo grandioso que le producía una sublime emoción de llanto.

¡Estaba dando la vida á un hombre!...

En aquel instante la sangre de sus venas valía más que todo el oro de la Tierra; porque, resucitando un muerto, se asemejaba á Dios creando el mundo.

Todos los ojos estaban pendientes de la faz del enfermo, que, poco á poco, iba transformándose, como si se iluminase; perdiendo sus transparencias exangües; adquiriendo tonalidades rosadas en los labios; cediendo la piel en su tersura de hueso; vibrando levísimamente, como las hojas mustias de una flor cortada, cuando se introduce su tallo en el agua.

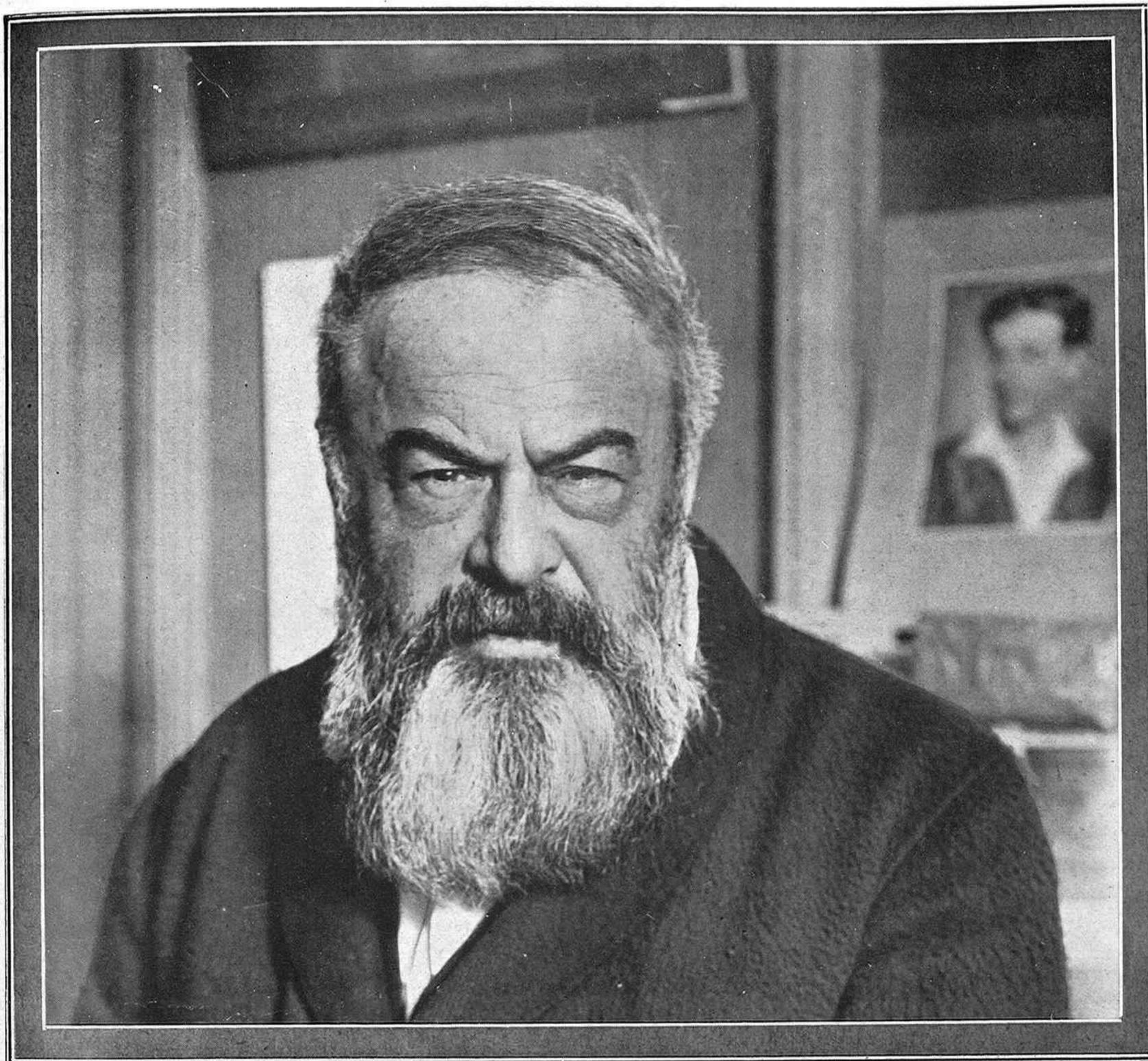




#### EL MOVIMIENTO NACIONALISTA EN CHINA

En la fotografía superior, una ambulancia de las tropas sudistas funcionando á retaguardia de la línea de fuego, durante una de las batallas entabladas por los nacionalistas de Cantón para la conquista de Hankeu. En la fotografía inferior, jefes nacionalistas formando consejo de guerra en plena calle para juzgar á los espías, hombres y mujeres, después de la toma de Hankeu

(Fots. Marín)



TRISTAN BERNARD

(Fot. Marín)

## TRISTAN BERNARD Y LA ACADEMIA

Más que a los españoles, interesa a los franceses las luchas académicas. Ciertamente que ahora, con los preparativos para la confusión de lenguas dispuestas a intervenir en eso de la limpieza, sacar brillo y dar esplendor a lo que hasta hoy se consideró idioma nacional, se han preocupado las gentes algo por los misterios consagrados de literatos, políticos, filólogos y sus afines más ó menos congruentes. Pero, en realidad, los españoles no sienten esa curiosidad partidista que los franceses por lo que para dentro ó en las cercanías de su heteróclito Laboratorio del Idioma.

Los franceses sí. Se apasionan, discuten, alegan nombres é historiales, intrigan en los salones.

Ahora, por ejemplo, Tristan Bernard tiene diversos ecos en torno de su figura opulenta, sus barbas fluviales y su mordacidad bonachona, mientras él realiza las visitas reglamentarias, no en la bicicleta de su juventud, sino en los *taxis* vetustos, chirriantes y pegajosos de polvillo negruzco del París charlestoniano.

Nadie parecía más lejos de la Academia que Tristan Bernard. Y no por sus diatribas y morisquetas de antaño, porque ya se sabe que así empiezan todos los presuntos académicos, sino porque el autor de *Le Jeune homme rangé* diría-se todo lo contrario del *vieux homme rangé*. Con-

serva una frescura juvenil, de aquella juvenilía fin de siglo que hizo brotar hacia 1892 la serie de los *auteurs gais* donde se hallaban en curiosa mezcolanza los nombres de Alfonso Allais, Alfredo Capus, Courteline, Grosclaude, Jules Renard, Pierre Veber...

Y, sin embargo, Tristan Bernard, aun sin sentir la comezón academicista que no deja de estar latente en todos los escritores franceses de los dos últimos siglos, desde Víctor Hugo al último barbilácteo del último Premio, se preparaba de un modo inconsciente a ser mejor académico, por ejemplo, que monseñor Bauchillart ó que el mariscal Joffre.

Porque Tristan Bernard podrá alegar en la encrucijada de las visitas indispensables, además de dos centenares de comedias suyas ó de sus colaboradores, de varios miles de artículos brotados al contacto de las sucesivas transformaciones de gente y costumbres de su época, además de unos cincuenta ó sesenta libros donde hay hasta novelas de indudable ingenio, algo de enorme importancia para la labor que sirve de pretexto a las reuniones hebdomadarias bajo la Cúpula: su obra *Mots Croisés*.

Tristan Bernard es el hombre que conoce más palabras francesas. Su gimnasia filológica de solucionista de problemas de palabras cruzadas le

ha hecho hojear más el Diccionario en estos últimos años que en todo el resto de su vida anterior. Dejaba, pues, de ser ese hombre raro que gustaba aparentar como un reclamo de su literatura para ser el hombre sencillo á que aludía Anatole France en sus ironías contra la Academia de *Les Opinions de M. Jérôme Coignard: Faut-il donc être un homme rare pour travailler à un dictionnaire et qui ne peut que le suivre?*

Sobre sus barbas fluviales ó de dios Término, que ha visto retozar varias generaciones de faunas, resbalará ahora una sonrisa de triunfo. Porque á Courteline le han llevado á la Academia Goncourt, novelas, comedias y artículos de costumbres; pero á él, además de artículos de costumbres, comedias y novelas, le llevan á la Academia Francesa su colección de rompecabezas preñados de vocablos, su magna concepción digna del Humorista del siglo xx: el *Diccionario de Palabras Cruzadas*.

Cuando se endose el uniforme de color de hoja seca y se disponga á leer su discurso de ingreso, podrá parodiarse á sí mismo cuando dijo, á propósito de Pierre Hamp: *Ce pauvre Zola qui se croyait réaliste!*

¡Aquel pobre Zola que se creía académico!

FORTUNIO



«Los espatadantzaris»

## VIDA ARTÍSTICA

# LA EXPOSICIÓN DE VALENTÍN DE ZUBIAURRE

EN el Círculo de Bellas Artes, Valentín de Zubiaurre expone un conjunto de sus obras recientes, donde el artista vasco acentúa la—cada vez más perfecta—peculiar técnica, el sentido del color y la efusiva condición sentimental.

A lo largo del tiempo no han faltado nunca glosas más á este arte dilecto, á esta veraz energía que ponen los hermanos Zubiaurre en su personalísima visión de tipos, naturaleza y costumbres de Vasconia y de Castilla. Desde sus comienzos me inspiraron íntima simpatía que fué arraigando en admiración perdurable. Pocos casos hay en la pintura española de tan serena y dichosa persistencia en un credo estético y en una factual convicción que conserven, además, el secreto de ser originales é inéditos y actuales cada vez que se sitúan frente á los viejos motivos y los reiterados asuntos. Pocas veces he sentido el gozo de ratificarme y no el dolor desencantado de la rectificación, como ante los lienzos de Valentín y Ramón de Zubiaurre.

Consecuentes, sin testarudez ciega; fieles, pero no con inconsciencia parasitaria, á los primeros hallazgos que amplían y depuran libres de esfuerzo y de fatiga; dueños de un estilo y no esclavos de una manera, dan al contemplador—seguro también de su trayectoria, lógicamente evolutiva, no con esa actitud, aptitud y sensibilidad de mojon de carretera ante el que pasa la vida ó adoquín de rúa sobre el que la vida pisa, que consideran algunos individuos transmisible y ejemplar á la ideología humana como condición primigenia del crítico de arte—, dan al contemplador, repito, un noble espectáculo estético siempre íntegro y siempre capaz de modernidad bien lograda.

Hace poco más de dos años, en Diciembre de 1924, al inaugurarse el Salón Vilches con cuadros de los hermanos Zubiaurre, Eugenio Hermoso y Miguel Nieto, aseveré la misma sensación grata de afrontar el expresivo acento de este arte fraterno ligado por la identidad temática, el impulso lírico, la misma iniciación factual y paralelo desarrollo de las sendas facultades. Además de aquella íntima trabazón de la consanguinidad bien avenida y del aislador, concentrativo defecto físico común á ambos, que consiente, como dice Gustave Vanzype, refiriéndose á la sordomudez del pintor belga Eugenio Laermans, conservar intacta la propia sensibilidad, *«libre des ivresses de discussion ou les enthousiasmes s'exagerent ou les impressions se transforment.»*

Sin embargo, á medida que los dos insignes pintores vascos se acercaban á la madurez y lograban la plenitud artística de su tendencia pictórica, se acentúan las características diferenciales que distinguen al uno del otro. Los modelos, los asuntos, los lugares, los ambientes (obstinados con ese precioso secreto de la novedad en la persistencia limitada que es uno de sus mejores y mutuos aciertos) son parejos, no se apartan del concepto espiritual y la capacidad cromática bien definidos. Incluso se concretan, más todavía, Ramón y Valentín de Zubiaurre á su Vasconia, que en los comienzos, cuando Castilla les sedujera con sus oros y sus sienas y sus celestias dilatadas, y cuando los primeros viajes al Extranjero exigen ese tributo á lo exótico, que no falta nunca en el período influenciado ajenamente, de todo artista ávido de revelaciones.

Los Zubiaurre, placenteramente afirmados en esta plural exégesis de Vizcaya, procuran á cada

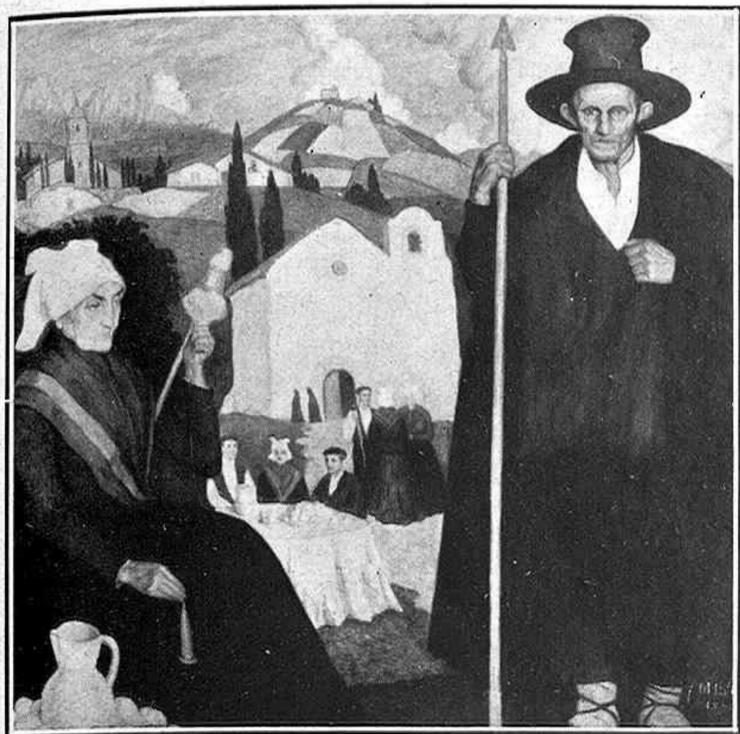
nueva obra añadir más profundidad entrañable, más amplias síntesis de arabesco ó más pura simplicidad tonal; fijar la virtualidad emotiva de la raza en su naturaleza ó exaltarla con armoniosa pompa y apasionado dinamismo en sus motivos esenciales.

Y en esa doble faceta que va desde lo recóndito á lo esparcido, cada uno de ambos artistas dice su credo propio; cada uno en su ruta, pero pudiendo unir sus manos y entrelazar las ramas por encima del seto florido y fructificado que les separa.

Valentín, siempre, aun cuando sonría en el asunto alegre ó con los tonos claros, es grave, austero, de una honda sonoridad de armonio. Más estático también. De una predilecta inclinación al paralelismo de las figuras en reposo y como ofrecidas en votiva humildanza á las miradas de los demás.

Igual en aquellos lienzos nacidos con el aliento de la gran composición mural, de los temas para frisos elocuentes del simplicismo eglógico ó patético de su raza, á través del dibujo pacienzudo y el equilibrio formal y la contagiosa tristeza incapaz de disimulo en los optimismos cromáticos y los ritmos de dicha ó sosiego físico. Igual en los que reencontramos las facies rugosas, surcadas de tiempo, dolor y trabajo, los cuerpos enlutados, las testas cubiertas de blancos pañuelos, mantelos negros, boinas minúsculas ó haldudos sombreros castellanos, sobre fondos henchidos de candor y piedad primitivos con las reminiscentes figuritas de último término y el minucioso deleite constructivo de los detalles arquitectónicos ó del paisaje.

Frente á los cuadros de Valentín, los de Ramón emiten la nota aguda y se inflaman del in-



«Tipos castellanos»

terior ímpetu lírico. El sonido romántico del oboe se hace brincos sonoros de *chistu*.

Ramón aspira y logra—simultánea suerte de insatisfecho—á una más dinámica audacia, á cada vez mayor diaphanidad y transparencia. Sin olvidar el vigor estructural ni la veraz expresión de los largos y frecuentes sosiegos de los vascos, Ramón se encamina infatigable y entusiasta hacia una «estilización fluida», donde ya ha encontrado y le aguardan todavía muchas excelencias.

Su cromatismo se abrillanta, se expande regocijado, piruetea con nuevas audacias lineales que no dañan á los deliquios oportunos y frecuentes, de suavísimas ternuras tonales, ni á la otra cualidad intrínseca: la del aliento robusto, ese fuerte deseo de sugerir la vida activa y los movimientos rápidos que hay, por ejemplo, en *Los remeros vencedores de Ondárroa* ó en *Shanti-Andia, el temerario*.

•••••

Salvo unas alusiones bretonas y unos retratos femeninos, la totalidad de los lienzos expuestos ahora por Valentín de Zubiaurre en el adverso é inadmisble Salón del Círculo de Bellas Artes, sirve á los dos prolongados fervores de los insignes artistas vascos: Castilla, Vizcaya...

Las alusiones bretonas, muy características, tienen sombrío y dramático vigor. Hacen pensar

en las mejores páginas de Charles Geniaux, ó en ciertas aguafuertes literarias de André Savignon. Nada, en cambio, de reminiscencias pictóricas de los nativos ó de los trasplantados que han visto á su modo la vieja costa céltica. Lo cual indica el libre albedrío poderoso de Zubiaurre que imprime á la realidad directa su expresión peculiar; no el recuerdo ó la paráfrasis, incluso disculpable cuando se reta la coincidencia sin estar bien saturado de su propia personalidad.

La similitud con el novelista de *La Bretagne vivante* y *L'Océan*, ó con el de *Filles de la pluie* y *Une femme dans chaque port*, fija ese otro

valor de interpretación mucho más profundo y más sincero por como la coincidencia sentimental ó anecdótica está exenta de los rasgos profesionales y del procedimiento técnico, por como—ello sobre todo—puede ser ignorada de antemano ó sugeridora sin servidumbre ni emulación conocida á tiempo. (He aquí un punto inicial de interesantes deducciones acerca de la conveniencia—erróneamente repudiada por lo general en nuestros pintores—del benéfico intercontacto de literatos y artistas.)

Los lienzos alusivos á Bretaña de Valentín Zubiaurre tienen, pues, consubstancial á su cualidad pictórica, á su cabal concepto de una obra plástica, la representativa, documental, de un ambiente y de unos tipos inconfundibles. Están saturados de la angustiosa hosquedad del país, de la áspera psicología de sus mujeres que los dos novelistas precitados han sabido—á mi humilde entender—expresar mejor; respiran el rudo, casi feroz, fanatismo de aquellas almas rezagadas á quienes asalta incesante el terror de lo sobrenatural y carcome el pasado podrido de sus muertos, como el océano asalta y carcome sus acantilados y sus arrecifes con las olas negruzcas espumajadas donde flotan innumerables los fantasmas de la antigua armórica.

Los retratos femeninos reflejan, por el contrario, madamas de ciudad moderna ó moderniza-

da, siluetas bajo blason ó animadas por la juvenilia feliz de los medios afortunados. Son curiosas infidelidades del artista á sus preferencias habituales. Juegos inteligentes y bellos en lo que constituye la voluntaria ó galeótica función de otros pintores especializados en el género de la «buena sociedad». Demostración fácil, indudablemente valiosa, de que Valentín Zubiaurre puede actuar con desenvoltura artística entre ese mundo tan diferente al—para mí mucho más atractivo y pleno—de sugerencias estéticas—de gentes de la llanada, de los montes y el mar. Con la ventaja, claro es, de que Zubiaurre, en estas



«Tierra castellana»

accidentales escapadas, en estos transitorios «descansos activos» de lo que significa su prolífico desposorio con la musa agraria y marítima, lleva á la iconografía frivolisante, á la dulzonearía madrigalesca, donde se licuan tantos pintores y cronistas de la vida aristocrática, un recio brío que no se doblega del todo.

Ello les salva de desentonar en el plural conjunto y les alucina por detalles—un cacharro, unas flores, un ventanal abierto sobre paisaje castellano ó vasco, el arabesco de la composición—, con la vigorosa y definida personalidad de su autor.

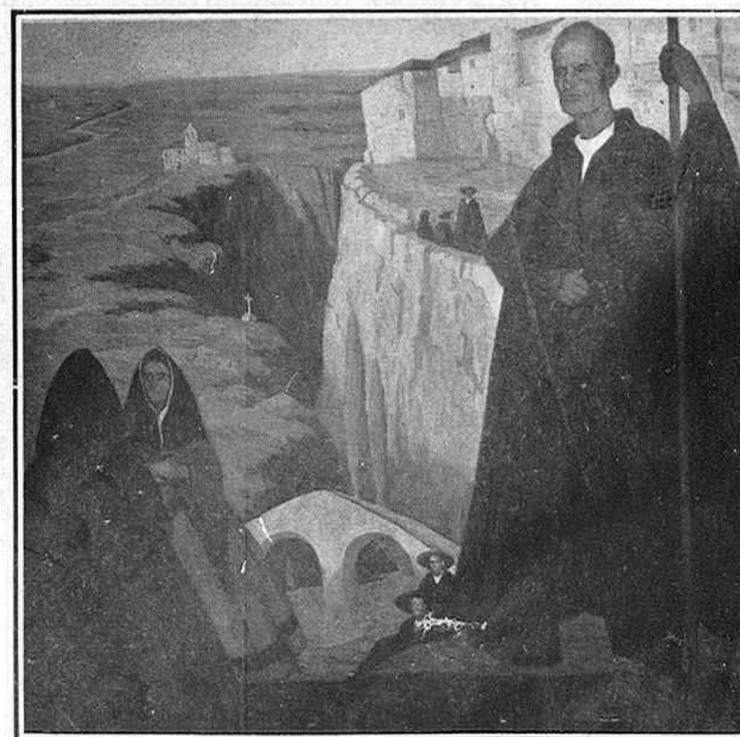
•••••

Es en ese plural conjunto de escenas y de lugares al aire soleado de Castilla ó brumoso de Vasconia donde nos agrada hallar á Valentín Zubiaurre y donde él gusta de citar á sus amigos entre las gentes labradoras ó navegantes, en el tumulto arcádico de las romerías, la fiebre vespéral de los puertos pesqueros, en la compañía de los viejos cenceños que bajo sus capas pardas hablan lentamente á tono de romance y ademanes hidalgos, rostro á castillos polvorientos y cabinas de horizonte dilatado.

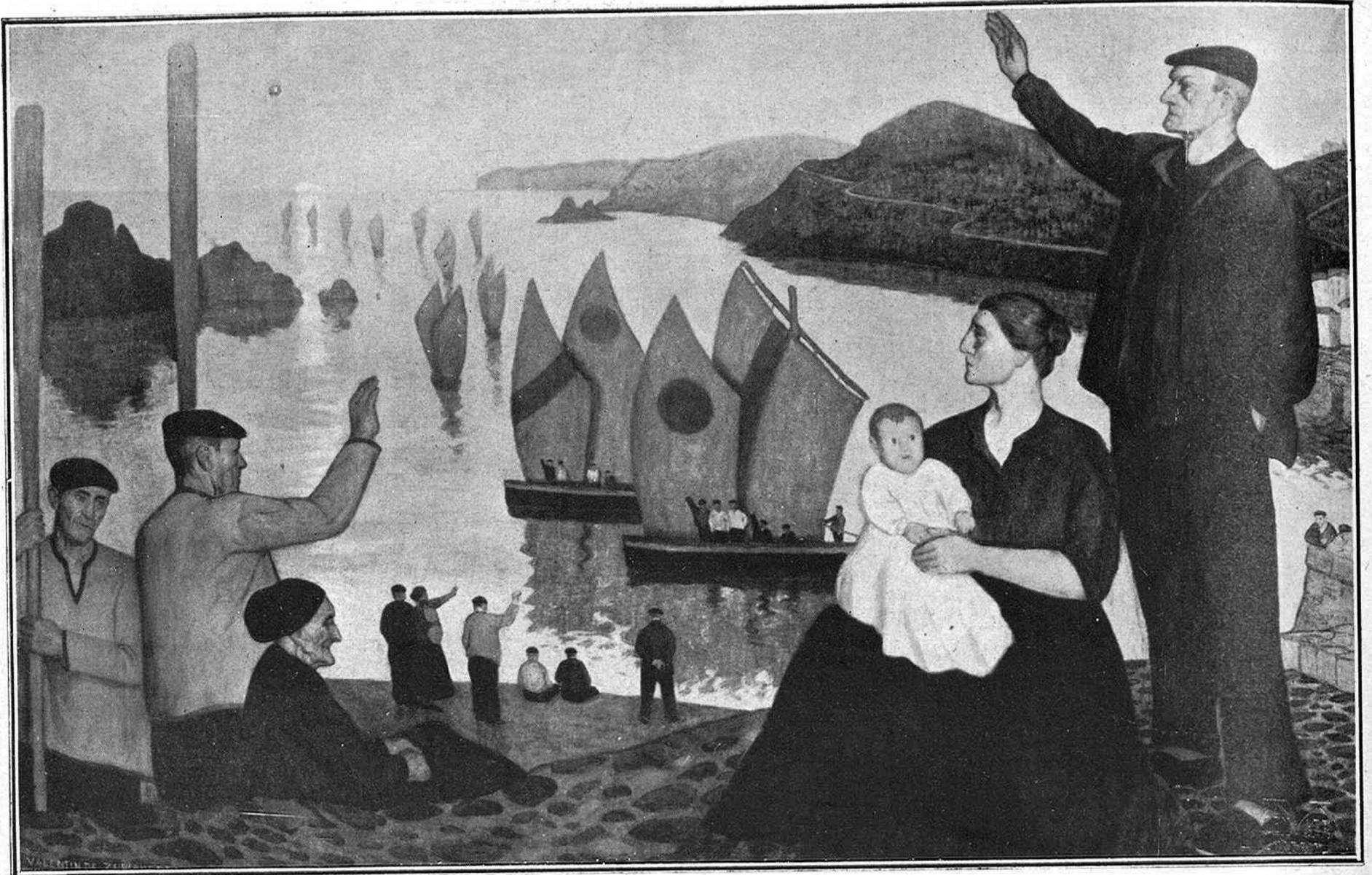
Más que nunca afirma Valentín de Zubiaurre ahora, en tal espléndida selección de obras, su propósito de ser el sinfonista plástico, el creador



«El acordeón»



«Pedraza»



«Salida de las lanchas en Ondárroa»

de grandes frisos donde la raza vasca y la raza castellana quedan expresadas en admirable serie de composiciones sintéticas que reflejan sus costumbres, corveas y regocijos. Más que nunca también, el arte seguro responde elocuente a la visión certera y la sensibilidad educada. «Su luz, esta luz inconfundiblemente zubiauresca que va desde los verdes traslúcidos, que llamaría abisales, á los cadmios rutilantes; que se inflama en rojos y se irisa en opalinas delicadezas, que añila sus blancos y sus rosas, que descubre los más insospechados matices en la parda monotonía de un capote de labriego salamanquino ó en el negro limpio del traje de una casera vizcaína, su luz se derrama sin violencia ni énfasis sobre los cuadros. Sus arabescos preferentes: estas líneas verticales altas, erguidas, de hombres apoyados en las varas de boyero ó los remos de barquero, mientras en la parte derecha líneas curvas y bajas de mujeres inclinadas sobre el hijo que lactan, de viejas encorvadas para oír la llamada postrera de la tierra, de doncellas que aguardan sonrientes al amor; esas «ondulaciones de la horizontalidad» que ofrecen los campos abulenses, segovianos, con sus triangulares erizamientos de las ermitas ó de los puentes agudos sobre los ríos anchos; esas caóticas superposiciones de edificios en las aldeas costeras encaramados sobre el monte que se baña eternamente los pies en el Cantábrico.

El estatismo de sus figuras que aún en los momentos de dinámica actividad—los layadores, que hacen su vaivén jadeante, los espatadantzaris que se contorsionan desarticulados—conservan una euritmia impecable. Estatismo que acentúa la expresividad interrogatoria transmitida por los ojos—suplentes de la voz y del oído—del pintor á los ojos de sus modelos.

Lo esencialmente, entrañablemente costumbrístico de los asuntos encarnados en tipos raciales donde los rasgos étnicos y el indumento tradicional no consienten el menor desenfoque espiritual.

Todo esto: luz, arabesco, estatismo, fidelidad localista, ha ido añadiendo de un modo fragmentario, dispersado acá y acullá, elementos á la perfecta preparación capacitada de gran pintor mural que ya es Valentín de Zubiaurre, y que aguarda, pintando lienzos al óleo de pequeñas dimensiones, el sitio y la oportunidad para desarrollar sus templos, sus frescos de decorador poético de su raza y de su tiempo.

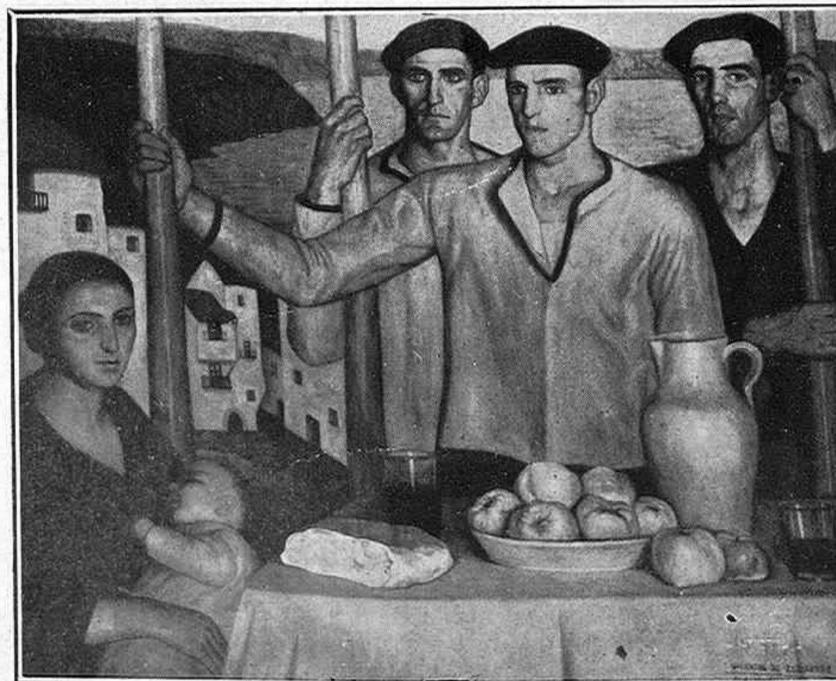
Veamos, por ejemplo, algunos lienzos de

la serie vasca y otros de la serie castellana. De la serie vasca, *Layadores*, *Salida de las lanchas en Ondárroa*, *Los espatadantzaris*. De la serie castellana, *Procesión en un pueblo*, *Pedraza* y *Tierra castellana*.

*Layadores*—acaso uno de los mejores lienzos de la Exposición—sabe al terruño, exuda ruralidad; es—valga el concepto—ánimicamente agrícola. Su campesinismo atañe á cuanto de exaltación agraria pueda despertar en las más distantes comarcas el espectáculo del cultivado de su suelo natal. Ceres y Pomona pueden sonreír orgullosas ó compasivas de las tareas glebarias como sobre las páginas de *La Terre zolesca*; de *Los campesinos*, de Reymot, ó de *Jerusalén en Delecastia*, de Selma Lagerloff, ó de algunas de los maestros rusos anteriores á la Revolución. Más concretamente despierta en los hombres del Norte, embrujados para siempre de las nostalgias de sus paisajes, el recuerdo nostálgico, la melancolía saudosa... Esa mirada de ternura y de noble orgullo con que Valentín ha visto y transmitido uno de los momentos agrarios de Vizcaya, despierta en mí la evocación de mi dulce Asturias ó en un gallego la de su Galicia y en un montañés idéntica emoción.

Desciende suavemente la línea desde la vertical y rígida del cuarentón recio y másculo hasta ese admirable grupo de los que dan nombre al cuadro y pretexto á la composición; blandos cariciosos ritmos también las tierras por donde las yuntas labran, y el montículo con su mosaico de sembrados y praderías, y las ramas del árbol centenario, y el hombre que descansa y seca el sudor con el dorso de la mano, y la madre de todos partiendo el pan.

*Los espatadantzaris*, originalísimo



«Remeros de Ondárroa»

de composición, rico de sentimiento, inapreciable como dato costumbrístico, plasma una tarde de fiesta. Un grupo de mozos vestidos de blanco, sentados ante la mesa donde la sumaria merienda aguarda, tocan el acordeón, la guitarra y cantan. En el fondo, los danzarinnes mueven por milenaria vez los pasos arcaicos de la danza tradicional bajo la bandera del pueblo que pende del Ayuntamiento. En el fondo una plaza recoge el silencio y la soledad crepusculares.

*La salida de las barcas*—oros, nácares, topacios—retrae la adustez sobria y el sencillo espíritu de sacrificio cotidiano. Inevitablemente se piensa en cierta visión candorosa de Regoyos que así, con luz de amanecido y dulzura de adioses, vió la costa de Vizcaya y las cuchillas anchas de los velámenes humildes recostados á contra luz de saliente. De nuevo el hombre erguido y la matronil maternidad serena y la senectud resignada, tranquila con su curva honda entre la nariz y la barba de la boca abandonada de los dientes.

*La Procesión en un pueblo* representa acaso uno de los perfectos y absolutos aciertos del artista. Es, además, una Castilla sin adulación ni apóstrofe. Una Castilla que ni sonroja, ni excita lástima. Las mujeres puras de las ofrendas. Los portaandas de la imagen con su aire de grandes señores de otro tiempo, el hinojado de primer término, las siluetas de las iglesias, las formas hieráticas de las devotas cubiertas con sus mantos de una vaga reminiscencia oriental, el cielo denso, aplanante... ¡Qué síntesis tan admirable de una tierra y de sus gentes!

Imaginamos lo que serían estos cuadros llevados á su cabal destino de composiciones murales, si les consintiera cumplir por igual su misión estética y su eficacia didáctica para la que fueron concebidas y realizadas en una fácil, majestuosa



«Layadores»

y sencilla serenidad de frisos, harto diferentes de las elucubraciones clásicas, de los mitologismos estóridos que durante siglos se han considerado exigencia inexcusable de tal género de obras.

Ellos y Pedraza, *Tierra Castellana*, Salvador el remero, *El acordeón*, *Remeros de Ondárroa*, *Viejas leyes, nueva flor*, señalan lo que al urbanismo de las nuevas ciudades importa buscar la colaboración del pintor para los grandes planos arquitectónicos.

Y como debe entregarse los espacios, que ayer se daban al pastichista de helenerías y

olimperías recalentadas, al pinta-ninfas y pinta-diosas de opereta, al glosador plástico de los elementos humanos íntegros de un país y una época coetáneos suyos.

•••••

En el libro *La pintura vasca*, antología de estudios de varios escritores frente á los cultivadores de ese arte, cúpome el honor de ser quien escoliara la pintura de los Zubiaurre. Me amparé entonces en la petición de Emilio Zola al artista: «Lo que yo pido al artista no son tiernas visiones ni espantosas pesadillas, sino la entrega plena de su carne; es la afirmación rotunda de un espíritu poderoso y partic'lar, un temperamento que abarque ampliamente la Naturaleza en su mano y la coloque ante nosotros tal como la vea. No se trata de agradar ó desagradar. Se trata de ser el mismo, de mostrar su corazón al desnudo y formular enérgicamente una individualidad.»

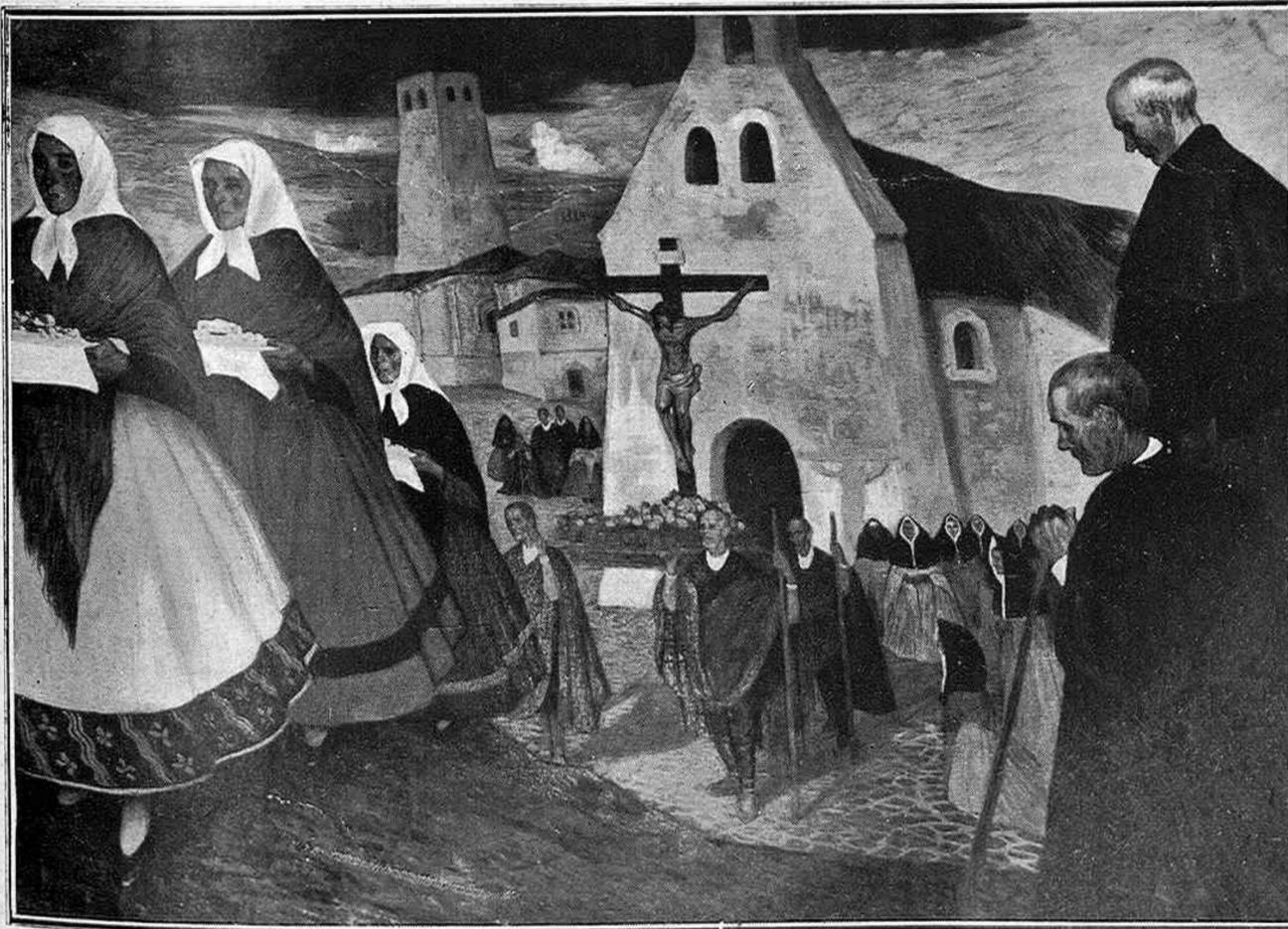
Han pasado varios, bastantes, terriblemente revolucionarios, años desde que vi en Valentín y Ramón de Zubiaurre ese valor enérgico de una individualidad que no se cuida de ser agradable ó desagradable, sino de ser ella misma antes que todo y frente á todo.

Pero no se han anquilosado por un absurdo afán de acentuar el carácter ó por esa pobre tortura de vuelos concéntricos y estrechos que al incapaz de «renovación en la integridad espiritual» fuerzan á ser hoy su caricatura de ayer.

Y sentimos el gozo de comprobarlo sin que nada de cuanto escribimos desde entonces hasta ahora nos obligara á rechazar lo que ayer admitimos.

Porque, afortunadamente, ni el pintor ni el crítico somos el *hito* de camino real ó el adoquinado de calleja urbana que ciertos individuos señalan como norma al creador de belleza y al interpretador de ella frente á la muchedumbre viva, transformable... ¡y en marcha!

José FRANCES



«Procesión en un pueblo de Castilla»



## Las manos de Laura

*Nunca manos más galanas,  
pálidas y virginales,  
bordaron de filigranas  
las áureas capas pluviales.*

*Ni en los místicos jardines  
besó dulcemente el aura  
tan olorosos jazmines  
como las manos de Laura.*

*Pálida mano monjil,  
hecha de seda y marfil,  
de azules y finas venas.*

*Manos de alba poesía,  
cual místicas azucenas  
ante el altar de María.*

•••••

*Blancas manos de abadesa,  
olorosas é ideales;  
manos de rubia Princesa  
de las trovas medioevales.*

*Radiantes y milagrosas,  
tan blancas son, en verdad,*

*que parecen luminosas  
vistas en la obscuridad.*

*Manita que me has curao  
y de mi alma has arrancado  
la podredumbre y la hiel,*

*eres buena y amorosa,  
igual que la milagrosa  
mano de Santa Isabel.*

Emilio CARRERE

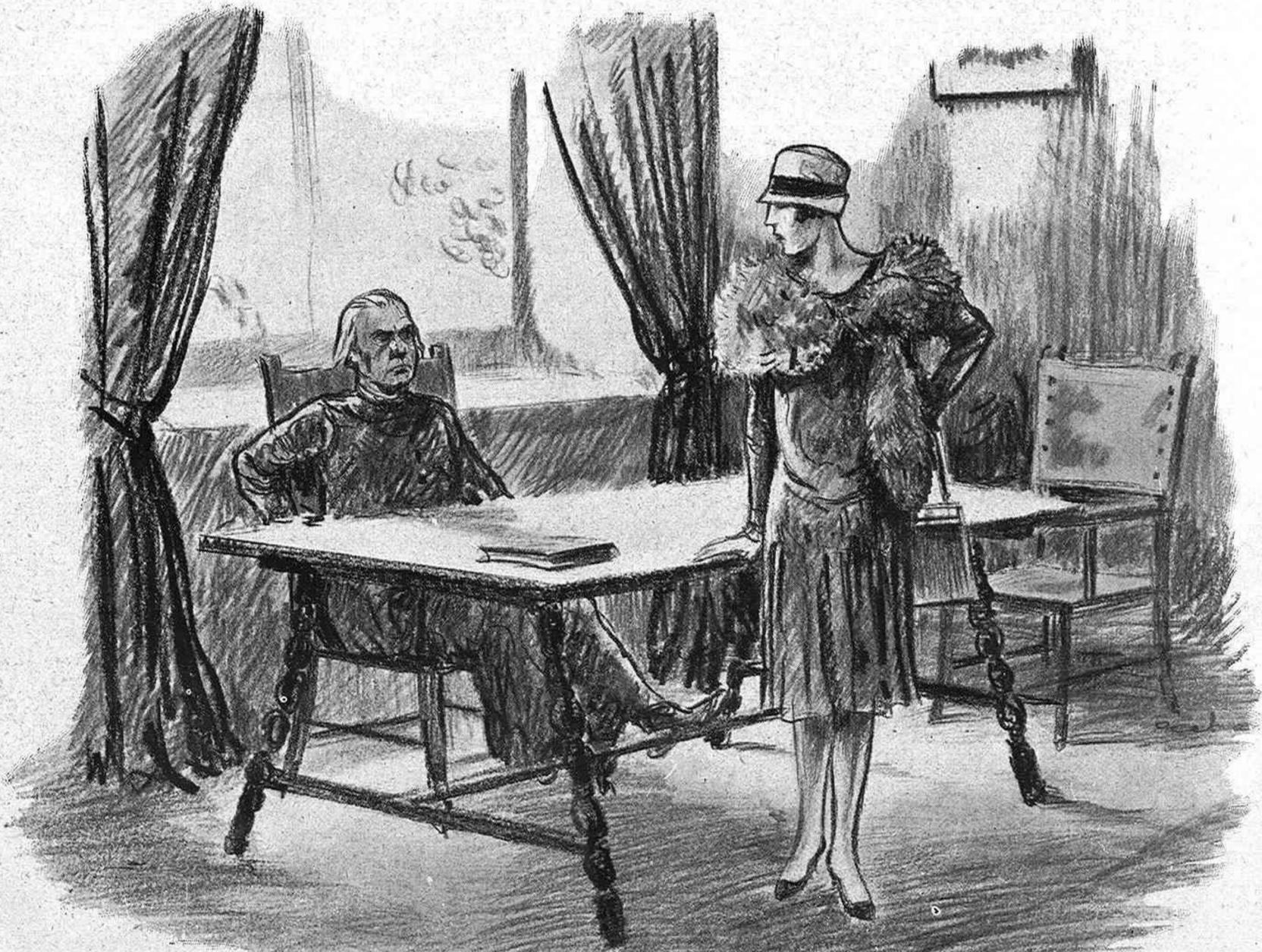
(Dibujo de Quesada Hoyo)



## LA PINTURA CLASICA

«Retrato de doña María Ana de Neubourg», cuadro de Luca Giordano, que se conserva en el Museo del Prado

# LA TRAVESURA



EN el silencio de la estancia, la voz pastosa del Padre Tereida tomaba una suave autoridad persuasiva. A su espalda, acomodada sobre el terso cuero crujiente del sillón y tras el amplio ventanal, bañado en la luz temblorosa de la tarde ya caída, recortábase el trozo de jardín de la catedral, y ante la lozanía eufórica de las frondas, unas rosas rojas, de un rojo de labios pintados—rosas de Junio—encendían su desmayo. Allá abajo, sobre la voluptuosidad verde de una palmera, una mariposa perfilaba, como la punta de un pañuelo, sus alas de raso.

Lina Rivero dirigió al sacerdote la honda flecha de sus grandes ojos negros, y el gesto de sus labios, untados ligeramente de carmín, adquirió ahora un candor tan nuevo, tan insospechado en la bella nena moderna, que el docto director de coros sintióse movido á compasión frente á la gentil y hasta llegó á pensar si no habría estado con ella demasiado severo. Y el Padre Tereida la miró complacido. Aquel gesto le confundía; aquellos labios, sobre cuya pintura jugaban una pregunta y un ansia de perdón, merecían todas las absoluciones. Ante él, separadas por la regia mesa de roble, las manos de la muchacha—manos inconscientes que supieron jugar con el corazón de algún hombre—primían ahora el gorrito liviano de moda que en la calle aplastaba sus sienes ocultando la gracia rebelde de la negra melena cortada.

El Padre Tereida la vió vencida—ó convencida, que era lo mismo para el caso—y no hubiera querido insistir más. El rostro simpático del sacerdote, de un rojo rosa saludable, limpiamente afeitado, irradiaba un gozoso resplandor paternal. Y su mano larga y fina, que tantos años había dibujado sobre la frente de muchas mujeres la gracia de una absolución, alisaba ahora blandamente los aplastados flecos grises de sus sienes de artista. Hablóla:

—No parece haber peligro en ello, por ahora, hijita; pero bien puede haberlo. Te lo dice un hombre de mundo, é, mejor dicho, un espectador del mundo, ya que en mi honrosa carrera nos es dado ser muchas veces espectador de estos que yo llamaría «casos de amor», y que pueden ser «cosas de amor» lo que la gente llama «amóricos»... De todos modos, no debes seguir hablando con él. Te lo exijo yo, te lo mando noble, paternalmente. Ya se empieza á hablar. No me negarás que te ves con él á diario y en más de una ocasión. Estáis constantemente citados. Sin ir más lejos, y casi en mis mismas narices, os habéis puesto á hablar muy próximo á esta catedral. No es que yo os haya visto..., pero lo sé; me lo han dicho..., no diré quién...

—Yo diré quién, Padre—se interpuso jubilante la voz de la chiquilla—; yo se lo digo ahora: unas compañeras de coro que me han visto. Sus nombres, los siguientes...

Y una risa adorable encendió todas sus luces en el bello rostro de golfo.

—No; no hace falta... Quien sea. Me consta, y eso debe bastarte. Además, tú misma lo reconoces, ¿no es cierto?... Y poco te hubiese dicho yo de haberse tratado de un chico soltero, que al fin y al cabo... Pero Enrique Urbán es casado y con dos hijos...

—Cuatro, padre—corrigió Lina; y, de pronto, el ya casi desvaído gesto de candor volvió á recobrar sobre los labios de la muchacha todo su inocente prestigio.

El padre Tereida volvió á confundirse, admirando aquel gesto, aquel dulce gesto inocente que hacía ascender la diestra del sacerdote en un deseo mecánico de absolver.

—¿Cuatro dices?... ¡Ahí tienes!

—Sí; me lo dijo él ayer. Yo misma creía que eran dos. Pero le pregunté, al fin, y me lo dijo tan francamente despiadado como él dice todas las cosas grandes... Me lo ha dicho. Y me dijo así, padre; escuche usted, padre: «... ¿Mis nenes?... Son cuatro ángeles magníficos, dignos, dos á cada lado, de adorar tus ojos...»

—¡Madrigalesco es el pollo!... ¡Qué digo madrigalesco!... ¡No, si ya le conozco!... Ya sabes que, aunque poco, le he tratado algo antes de que os conociérais. Es joven...

—Veintinueve; yo, veinte...

—Es culto, y posee un gran temperamento de artista; me gusta ser justo: es un artista...

—Un gran escritor...

—Escribe bien, sí; no puede negarse que

escribe bien. Y no hay duda de que te habrá escrito unas cartas magníficas...

—No, nunca; todavía no...

—Pues ni debe ni quiero que te las escriba... Como sabes, esto debe terminar... No quiero hablar contigo más de este asunto. Me darás tu palabra de que cortarás por lo sano; te lo digo por tu bien, muchacha. Ya sabes que en mí tienes al verdadero padre de tu espíritu; que todo lo quiero para tu bien..

—¡Mi bien, padre!

Y por primera vez, sobre el rostro pálido de la muchacha descendió una triste sombra. En la penumbra de la estancia, sus ojos parecían más negros, y eran como dos flores maravillosas que el padre Tereida sentía clavarle persuasivamente en su corazón. De pie ante él, Lina Rivero parecía meditar, y su diestra, enfundada en la manga estrecha del traje de seda negro, jugó gentilmente con unos libros sacros. Luego volvió á elevar los grandes ojos de terciopelo, acariciados por las sugestivas pestañas. Y entonces creyó el sacerdote que aquellos ojos que así le miraban no eran negros, sino que negras eran las pestañas y las cejas que enmarcaban unos magníficos ojos castaños... ¿Eran negros?... ¿Eran castaños?... Eran prodigiosos: esto era todo...

Pero se contuvo en su pensamiento el padre. Y volvió á la carga:

—Termina, hijita, este asunto. Deja de verle; esto de ahora, que sólo es capricho, seguramente, por parte de ambos, acabará,

para bien de los dos... Y ahora otra cosa: á veces te pintas los labios. Te lo prohíbo terminantemente, máxime cuando Dios te dotó de unos magníficos...

—... que son el encanto de Enrique. El, que los adora, me lo dice. La otra tarde me dijo que eran mis labios de un rojo único, de un rojo sagrado, como la sangre de las manos del Señor...

—¡No te digo!...

—Es que es un artista...

El padre quedóse pensativo unos momentos:

—Oye, Lina... ¡No le habrás besado!... No habrás obtenido de ti caricias... ¡Sería horrible pensarlo!...

—No, padre; nunca—volvía el gesto de candor—; aún no... Pero ¿por qué sería horrible pensarlo?...

—Bueno; quiero que termines—esta vez el acento del eclesiástico fué severo—. Que yo no vuelva á saber que hablas con él. A estas horas aún nada saben tus padres; pero creo que voy á tener que cumplir mi obligación de informarles... Pero no quiero darles este mal rato. Prométeme que dejarás este amorío..., ó lo que sea... Y ahora al coro. Déjale; es capricho de un día. El no puede quererte...

—¿Que no?...—y la gentil ganaba la puerta hacia la galería—¡Si tiene celos de todo cuanto me rodea!... ¡Usted qué sabe de estas cosas!... ¡Si tiene celos hasta de usted!...

—¡De mí!... ¡Dios santo!...

Pero en el corazón, cuarenta años ador-

mido, del padre Tereida elevóse de pronto una canción que él escuchó—y venció—cuando tuvo quince...

•••••

En la quietud negra del confesionario, la diestra ágil del padre Tereida trazaba la señal de la cruz, y á su izquierda, ante la rejilla que de tantos secretos conocía, una vieja beata bisbiseaba una oración. Maquinalmente, el padre Tereida volvió el rostro á su derecha y abrió el ventanillo. No había nadie ante él.

Pero ahí venía una silueta familiar: Lina, con su traje obscuro, gentil sobre sus medias de torero y el taconeó de sus zapatos negros. Arrodillóse, ante la rejilla:

—¿Qué pecados tienes?...

—He mentido...

—¿Mucho?...

—No puedo calcular... Sé que he mentado, en defensa propia, y por no decir algo que nadie sabe... Le he mentado á usted en distintas ocasiones... Fuera de este confesionario nadie sabrá lo que he hecho...

—Vaya, vaya... La mentira es el gran mal... Pero, en fin, en el arrepentimiento...

Y el confesor extendióse expertamente en el bien reparador con que un sano arrepentimiento sabe bañar el alma, para que podamos volver á vivir...

—¿De qué otros pecados te acusas?... ¿Hay algo de gravedad en tu conciencia?...

—Para mí, no... Pero ya que el mundo, y usted, lo consideran así, le diré que tengo un novio... casado. Y que me quiere y le quiero. Y... me escribe unas cartas magníficas...

—¡Dios mío!... ¡Y estás arrepentida, supongo!... Y... ¿ha habido... pecados en tu intimidad con él?...

—Somos... como dos novios que se quieren de veras... Yo no sé más... Me acuso de todos los pecados que cometen dos novios que se quieren... Y se lo digo á usted ahora como confesor mío, con el cual el director de coros no tiene nada que ver... Jesús perdonaba los pecados de amor...

—Bueno, bueno... Pero dime de todo corazón: ¿te arrepientes?...

La pregunta quedaba ahí, suspendida, conminante, en la sombra negra del confesionario. El padre Tereida sufría la travesura de la nena moderna. Nadie sabía la verdad de aquella muchacha. Y él mismo, cuando colgase ahora la estola de confesor, debía ignorarla completamente... Pero la gentil pecadora volvía á defenderse:

—Yo mentí, fuera de este lugar, porque no debía decir la verdad, que era mi honor, que me humillaba y podía perjudicarme. Aquí le digo la verdad, porque no debo mentir...

—Bien, bien...—Y la pregunta volvía, insistente y fatal:—Pero dime, pobre muchacha: ¿te arrepientes?...

Y el acero de esta interrogación chocó con el de otra:

—Arrepentirme ¿de qué, padre?... ¿De haber mentado ó de haber amado?...

HÉCTOR LICUDI

(Dibujos de Echea)



---



---

R E T A B L O  
D E H O Y

---



---



---



---

L A S E S F I N G E S  
D E C O R A T I V A S

---



---



**M**uy de hoy. Muy de estos días en que un viento frívolo cruza sobre todas las cosas. Breve la melena; estilizada la figura; maquillado, muñequizado el rostro... Toda preocupación, toda inquietud, reducidas al último gesto de la moda ó al nombre del último perfume—uno de estos perfumes extranjeros que tienen nombre de vals...

El coche, el saloncillo de té, el palco, el campo de *tennis*, el hipódromo, cercan la vida de esta muchacha muy de hoy. Una vida de sonrisas y de blanduras, sin asperezas, sin bruscos relieves, sin duras aristas. Vida sobre la que el deslizarse es suave y grato, como en los pasos de un baile...

Todo el horizonte de esa muchacha—el horizonte estricto, geográfico, *material*—está en aquel marco de frivolidades que empieza en el paseo mundano y acaba en la función de gala. Del campo de *tennis* al palco de la ópera, pasando por el *stand* del hipódromo, y el *hall* del hotel de moda.

Las ciudades de universal aureola, las playas del público cosmopolita, son toda la inquietud viajera. La avidez de los ojos y del espíritu no se tiende hacia los escenarios remotos y suntuosos, hacia las ciudades que tienen melancolía de siglos, hacia las lejanas perspectivas de ensueño y de misterio.

Esto en el horizonte material, en el horizonte para los ojos. En el otro horizonte—en el del

alma—la cerrazón, la falta de sed son absolutas. La rutina, lo acostumbrado, lo cómodo, lo de todos... Ni el menor eco de inquietud por los grandes faros humanos: el amor, la ciencia, el arte... El dolor, para esta mujer, tan de hoy, tampoco existe; ese dolor social, humano, inmenso, sólo llega á ella á través de las fiestas aristocráticas de caridad. En ellas, el dolor esconde su traza negra, cruel, y hasta su dramática evocación desaparece, entre las músicas mundanas, el brillar de las joyas, el *flirt* y las sedas sobre la seda de la piel.

Y ella, sin embargo, es—empleemos un adjetivo muy de crónica de sociedad, muy de novela frívola—*encantadora*. Da la razón á la frase

de Oscar Wilde: «Las mujeres son un sexo decorativo. No tienen nunca nada que decir; pero lo dicen de una manera encantadora.» En ella, la coquetería es casi como su propia vida. Está dentro de ella, y es su aire y su objeto. «¡Cómo les gusta á las mujeres hacer peligrosas las cosas!—escribió el mismo Wilde—. Una mujer flirteará con cualquiera mientras la estén mirando.»

A su paso, la mujer muy de hoy, que tiene algo de ídolo y algo de muñeca, enciende la curiosidad, la admiración, el deseo, el capricho. Rima con todo, menos con el amor: con ese viejo amor, tan en ocaso, hecho con generosidades de sacrificio y con temblores de abso-

luto apasionamiento. Amor absorbente, ciego, loco, como un viento de fatalidad. Amor-antorcha, amor-meta, amor-fe de una vida. Enamorarse de la mujer-ídolo y de la mujer-muñeca es aterir el alma con fríos de incompreensión. Contemplarlas, admirarlas, verlas pasar... Y nada más. Sin prender en el ritmo de su paso el corazón, porque ello sería abrir la puerta á la infelicidad. Clavando en el alma, como un lema—ante el paso de la mujer ídolo y muñeca—la desesperanzadora frase del mismo Wilde: «Un hombre puede ser feliz con cualquier mujer mientras no la ame.»

GABRIEL ARACELI

(Dibujo de Aristo Téllez)

TOCADOS Y ROSTROS DE PARIS

# LA NUEVA «COLECCIÓN» DE PRIMAVERA



Toca de crespón «georgette» verde manzana, guarnecida con lama verde jade, de matiz más oscuro  
(Modelo Lewis.—Fot. G. L. Manuel Frères)



Sombrero «capeline» de piel pintada, guarnecido con paja y pequeño ramo de flores  
(Modelo Cora Marson.—Fot. G. L. Manuel Frères)



CÁMARA-FIO

LOS FIELTROS PARA LOS ULTIMOS DIAS DE MAL TIEMPO

Dos modelos de Lewis: el de la izquierda, sin más adorno que un rosetón de paño sobrepuesto, en relieve, y de color más intenso que el del fondo; el de la derecha, de «topo» verde oscuro guarnecido con una cinta de seda verde claro y blanca (Fots. G. L. Manuel Frères)



En la serie superior, de izquierda a derecha: tres modelos de Lewis: el primero, de piel de seda negra, adornada en blanco; el segundo, de «picot» negro, bordado en rosa, y con forro de crespón «georgette» rosa también, y el tercero, toca de «miosotis» hecha de florecillas bordadas, color caoba, y guarnecida con hebilla de joyería (Fots. G. L. Manuel Frères)

En los círculos inferiores, de izquierda a derecha: modelo de tela cruda, guarnecido con piel roja y orlado con piel dorada; toca de tafetán marrón, decorada con bordados é incrustaciones en el mismo color más obscuro; fieltro negro con casco de paja, negro también, guarnecido á uno y otro lado con dos adornos de azabache y pedrería (Modelos Lewis.—Fots. G. L. Manuel Frères)

Paris

Modes



#### LOS NUEVOS MODELOS DE PAJA

Arriba, á la izquierda: modelo de «picot» negro con vueltas de ala y forro de crespón «georgette» rosa.—A la derecha: «capeine» de paja negra, guarnecida con anchá cinta de raso negro y adorno de joyería.— Abajo, á la izquierda: modelo de «picot» rosa, con guarnición de cinta de seda salmón y forro de crespón «georgette».— A la derecha: campanita de paja, guarnecida con cinta de dos colores y hebillas de nácar (Fots. G. L. Manuel Frères.— Modelos Lewis)



HAUT-EN-FORME

He aquí una silueta original de la nueva moda: el sombrero de paja, de casco muy alto y ala ancha, guarnecido con cinta de raso, que forma dos aros paralelos y remata en un lazo lateral prendido con una hebilla de joyería (Modelo Lewis.—Fot. G. L. Manuel Frères



Fieltro negro, decorado con incrustaciones de raso de igual color y adorno de joyería.

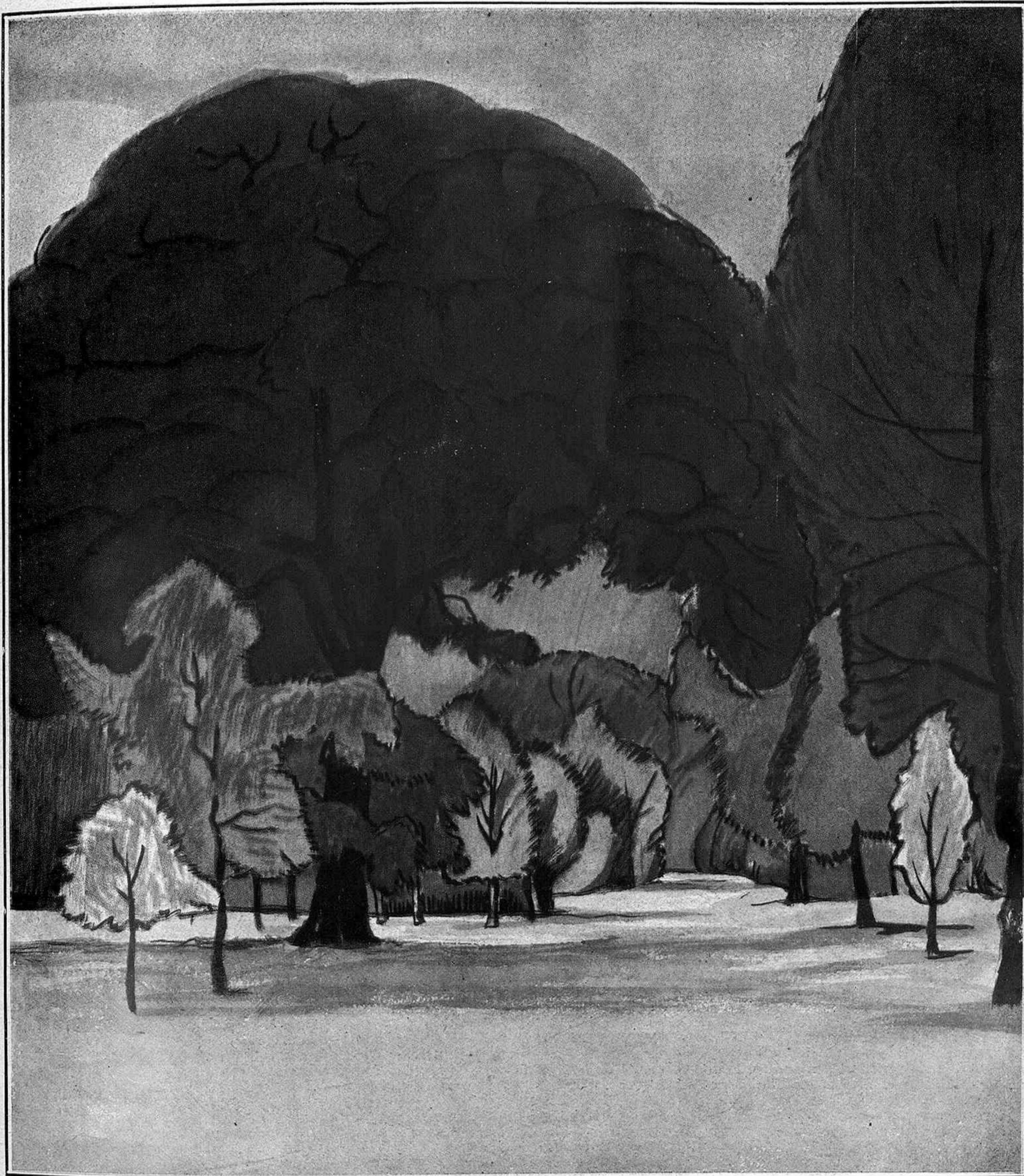


Fieltro color cereza, bordado con trencilla gris plata



Modelo de terciopelo castaño bordado en oro y azul, formando pequeña toca de estilo oriental

(Modelos Lewis.—Fots. G. L. Manuel Frères)



## U N P A R Q U E D E H O Y

El hombre de hoy está saturado, envenenado de ciudad. Sus ojos están acostumbrados sólo a las perspectivas urbanas y su olfato apenas percibe otros perfumes que la emanación densa y compleja que es como el respirar de la ciudad. Por eso son más gratas hoy que nunca las estampas del campo, las escenas en que el aire tiene una maravillosa limpidez y en que sólo dos colores llenan el cuadro: verde de la tierra y azul del cielo. Ya que cada vez esta serena contemplación del campo es más imposible, por lo artificioso y lo rápido de la vida moderna, el hombre de hoy procura llevar el campo a la ciudad, y crea el parque, la naturaleza espléndida y prisionera en el recinto urbano. De este modo, el parque viene a ser para el hombre, á la vez, como una nostalgia y un sustitutivo del campo.

(Dibujo de Francisco Sancha)



Vista parcial de la calle de Alcalá hace treinta años en el trozo donde á la izquierda se levanta hoy el palacio del Círculo de Bellas Artes y á la derecha el edificio del Fénix, pórtico de la magnífica Avenida del Conde de Peñalver (Gran Vía)

## MIRANDO AL PASADO

# FRENTE AL CÍRCULO DE BELLAS ARTES

EN la calle que siempre fué considerada como la vía más principal de Madrid —ya que su trazado sirvió de eje en los ensanches progresivos de la villa hacia la parte oriental, por cuyo lado era todo campo—; en terreno mismo de lo que hasta hace muy poco fué jardín de Casa-Riera, el progreso y los artistas españoles han levantado una finca novísima, cuyo estilo no es fácil determinar por lo vario.

Me refiero al palacio del Círculo de Bellas Artes, verdaderamente monumental, que engrandece todavía más la antigua calle de Alcalá, completamente transformada en pocos años.

Tiene el sello, el empaque modernísimo de las casas suntuosas que constituyen el nuevo Madrid. A todo coste, á todo lujo, á toda comodidad y buen gusto; con derroche de mármoles, bronce, tapices, lámparas y columnatas; con alarde de pisos y salones, esa finca es la admiración de todos los que la visitan, como lo será en lo sucesivo de todo viajero, lo mismo que lo fueron antes la casa del Fénix, de Correos y las de los Bancos del Río de la Plata y Bilbao.

El palacio del Círculo de Bellas Artes se alza en uno de los parajes más céntricos y populosos. Es ese trozo de la calle de Alcalá animado á todas las horas del día y de la noche. Punto de reunión, de cita, de paseo y de comercios con atrayentes escaparates; por donde atraviesa la cuarta parte de la población, metiéndose materialmente entre las

ruedas de los vehículos que cruzan en distintas direcciones, ya que de aquí mismo arranca el primer trozo de la Gran Vía.

Con esfuerzo y sobrada pujanza, hace años que la villa, convertida en capital de España, viene avanzando en ornato y costumbres. Todos los pueblos tienen sus épocas de estabilidad y de acción; pero este de Madrid ha estado siempre en acción, transformándose paulatinamente.

Del progreso de la población apenas se daban cuenta nuestros antepasados, y únicamente en las transiciones de lo viejo á lo moderno reparaban en el avance de la capital.

Pero de treinta, de veinte años á hoy, se borra un Madrid que ya es legendario ante la transformación sufrida.

En la mudanza de los tiempos, y contrastando con la suntuosidad y riqueza que atesora la nueva morada de los artistas españoles, el espíritu gusta más que nunca recordar fechas y sucesos que tienen grato sabor de horas lejanas, transcurridas en esta misma calle de Alcalá, llamada en un tiempo de los Olivares porque en su larga extensión veíanse plantados unos hermosos olivos.

A su gran longitud unió siempre su proporcionada anchura. Al lado de las importantes edificaciones que la adornaban, la nobleza construyó bonitas y suntuosas residencias. Camino que llevaba á la Fuente Castellana, al Prado y á la nueva Plaza de Toros, se popularizó, se aseó, se embelleció, se ade-

centó en un todo, haciéndose digna de la fama adquirida en el transcurso de los años, y que ha llegado á los días actuales.

¿Quién no la conoce? Todo forastero la visita. En libros y fotografías ha pasado los límites de las demás naciones. No hay madrileño que deje de ruarla los días de fiesta. Elegida en toda solemnidad, inundada de sol, más remozada cuanto más vieja, agasajada con los adelantos urbanos, llena de los diversos ruidos del tráfigo y del júbilo confundidos, es la preferida de propios y extraños.

Trazada desde la Puerta del Sol hasta las Ventas del Espíritu Santo, no ha desenvuelto su fama sino en una cuarta parte de extensión. Porque ocurre que, lo mismo para el madrileño que para el forastero, el prestigio y la fisonomía característicos de esta calle se limitan desde el arranque hasta la plaza de Castelar. Tal sucedió ayer, y sigue sucediendo hoy.

Así, pues, ciñámonos á ese espacio, y contemplando el edificio del Círculo de Bellas Artes, evoquemos lo desaparecido, ante la belleza de lo que va surgiendo de día en día.

Siguiendo la acera derecha, esquina á la Puerta del Sol, estuvo el Real Hospital del Buen Suceso, contiguo á la iglesia de igual nombre, que volvía por la Carrera de San Jerónimo. La calle de Sevilla, llamada de Panaderos, era estrechísima, lóbrega y angulosa.

¡La calle de Sevilla! ¡El pretérito de la ca-

lle de Sevilla! Con sus rincones famosos é inolvidables, como el despacho de billetes para los toros, el salón del *Heraldo*, los puestos de flores, la botillería de los chocolates, el limpiabotas, el estanco, la confitería de Venancio Vázquez, la horehatería de Candela y la taberna de la Concha, donde ahora Thomas; todo cercano, junto é inolvidable.

Siguiendo la calle de Alcalá, semejante á la de Sevilla, desembocaba la de Codaceros. Parte abajo alzabase la casona de los Heros, que después se habilitó para Presidencia del Consejo. En su lugar se levanta hoy el futuro Ministerio de Instrucción Pública. Donde ahora el Círculo de Bellas Artes, veíase antaño el convento de las Baronessas. En la casa que hacía esquina á la calle del Turco, nombrada con anterioridad de los Siete Jardines, se alojó, allá por la mitad del siglo XVII, el embajador del Gran Turco. Y en la desembocadura de esta calle, es harto sabido que asesinaron á Prim. El terreno donde está el Banco de España lo ocupó la casa del marqués de Alcañices, con la torre típica que distinguía á los palacios señoriales de aquella época, y que tiene una semejanza en la frontera y nueva casa del Banco Urquijo. Y en el otro frente, esquina al Prado, los inolvidables Jardines del Buen Retiro, sustituidos por la Casa de Correos.

Volviendo por la opuesta acera, junto á Recoletos, se sostenía en pie la Dirección de Infantería; se hizo luego un paseo, se ajardinó y se cercó con la verja el contorno, que era el lugar mismo de la huerta de Juan Fernández. En lo alto, el magnífico palacio de Buenavista, hoy Ministerio de la Guerra,

debido á la duquesa de Alba. Ocupando toda la manzana del teatro de Apolo, vióse el convento del Carmen Descalzo. Esquina á la calle de Peligros, otro convento: el de las monjas Vallecas. Y más abajo, la Aduana, hoy convertida en Ministerio de Hacienda.

En la transición del siglo XIX al XX, coincidiendo con un decisivo impulso de reformas que han cambiado por completo el Madrid de nuestra niñez, se extinguieron la fonda del Comercio, donde ahora la Central de Teléfonos; la confitería «La Inglesa», rivalizando la calidad de sus helados con los de los Refrescos Ingleses, establecidos donde el Alkazar y antes el Triánón Palace; el pabellón del Ministerio de la Guerra; los cafés de Madrid, Fornos y Cervantes, que ocupaban, respectivamente, los solares del *Crédit Lyonnais*, Gran Café ó Nuevo Fornos y Banco Español del Río de la Plata; la chocolatería de Doña Mariquita, ahora restaurada á la antigua usanza, y la casita del cura de la iglesia de San José, en cuya fachada dió Don Alfonso XIII con la piqueta, iniciando el rompimiento de la Avenida del Conde de Peñalver.

Se plantaron unos pinos, y dióse en llamar al paraje «el pinar de las de Gómez»; se trasladó la fuente de Cibeles al sitio que ocupa actualmente; conservaba su estilo la fachada de las Calatravas; el Círculo de Bellas Artes estaba domiciliado en el número 7 antes de trasladarse al palacio de La Equitativa; entraban los carruajes en el pórtico de Apolo; se reformó el acceso á la iglesia de San José, que tenía unas gradas enverjadas; cambió de domicilio la Gran Peña, que estuvo

instalada encima del café Suizo, y fueron apareciendo unos cafés con nombres peregrinos: *Maison Dorée*, *Lyon D'Or*, *Ideal Room*, *Maxim's*... Como las peregrinas figuras que luego nos ha enviado la guerra... Todo lo *exótico*, que ha matado á lo *exotérico*, pero que respeta aquel júbilo, aquella fama, aquel tráfigo que siempre tuvo la vida cortesana en la calle de Alcalá.

¿Qué dirían, al presente, los madrileños de hace un siglo contemplando el nuevo y soberbio palacio del Círculo de Bellas Artes, asombrados de la agitación de su tiempo, y aun los de hace cincuenta años, que señalaban la carne de Liebig como un signo de civilización? Los astrónomos que predecían los inviernos crueles, no habían visto aún los canales y las embarcaciones de Marte. Paradoja de los tiempos y de las cosas. Y es que hoy, hablando irónicamente, se afina en todo: hasta en estornudar.

Resulta casi fantástica la evocación de ha un cuarto de siglo, el periodo de donde arranca la definitiva transformación de un Madrid que asombra.

Estas casas modernas tendrán, andando el tiempo, la misma leyenda que las casas antañonas; pasados los años, las distinguirá el prestigio, diciendo: «Aquella casa de los Clavos», «del Templete», «de la Sombrilla», «del Angel», «de los Escudos», «de la Torreilla», «de Bellas Artes»...

¿Quién se acuerda de todo aquello? ¿Quién recordará todo esto, al cabo del tiempo? Como guía de la memoria, perdurará el palacio de los artistas.

ANTONIO VELASCO ZAZO



El mismo trozo de la calle de Alcalá de hoy, inquietada por el bullicioso tráfico. A la izquierda, el Círculo de Bellas Artes; más arriba (en construcción), el nuevo edificio destinado á Ministerio de Instrucción Pública; en la misma acera, y tapado por la columna del tranvía que aparece en primer término, el Banco de Bilbao, cuyos áureos carros se alcanzan á ver en lo más alto. En el centro, el edificio del Fénix, que inicia la Gran Vía, y á la derecha la portada de la Iglesia de San José, y más cerca el madrileñísimo Teatro de Apolo



# ESPAÑA EN EL EXTRANJERO

## LOS CONCURSOS HÍPICOS INTERNACIONALES



El comandante Chacel, que organizó los equipos hípicos que representaron a España en el Extranjero

EL pasado año de 1926 ha sido para España numeroso en acontecimientos dentro de todas las esferas de la actividad humana; constantemente se publican resúmenes de ellos, y más en esta época de comienzo de año, en que se trata de hacer historia del pasado, y se llenan numerosos extraordinarios de la Prensa con sendos artículos sobre todas las ramas del saber.

Hay, sin embargo, un deporte, el hípico, del que no se ha tratado, del que no se ha hecho este resumen, y en el que no cabe duda que ha quedado España durante este último año a una altura que si bien siempre estuvo en condiciones de

poderla alcanzar, nunca había logrado llegar a ella, porque nunca había tenido ocasión de demostrar ante el mundo entero lo que valían sus jinetes, de lo que son capaces por su técnica y por su corazón; este año pasado, en los concursos hípicos celebrados en Francia, Italia, Portugal y Estados Unidos, supieron estos jinetes lograr para España el puesto que le correspondía, y bien merecen la admiración de todos y el que sus nombres sean conocidos no sólo por los aficionados a este *sport* para los que ya lo eran, sino para todo español que se interese por la potencialidad y prestigio de España en todos los órdenes.

Los primeros concursos internacionales celebrados en el año fueron los de Niza, Roma, Nápoles, Milán y Perpiñán, á los que asistió un equipo formado por el comandante Chacel, como jefe, y los capitanes López de Letona, marqués de los Trujillos, Cavanillas, Martínez Hombre y Pérez Leonés. A conti-

nuación, á los concursos celebrados en Lisboa y Oporto asistió el mismo equipo, siendo reemplazados en él los capitanes Letona y Seoane por los de igual empleo Villanova y García Fernández. Y, por último, en el concurso celebrado en Nueva York, que cerró los del año, pues tuvo lugar en Noviembre, el equipo español lo integraban sólo tres jinetes: los capitanes Letona, marqués de los Trujillos y Cavanillas.

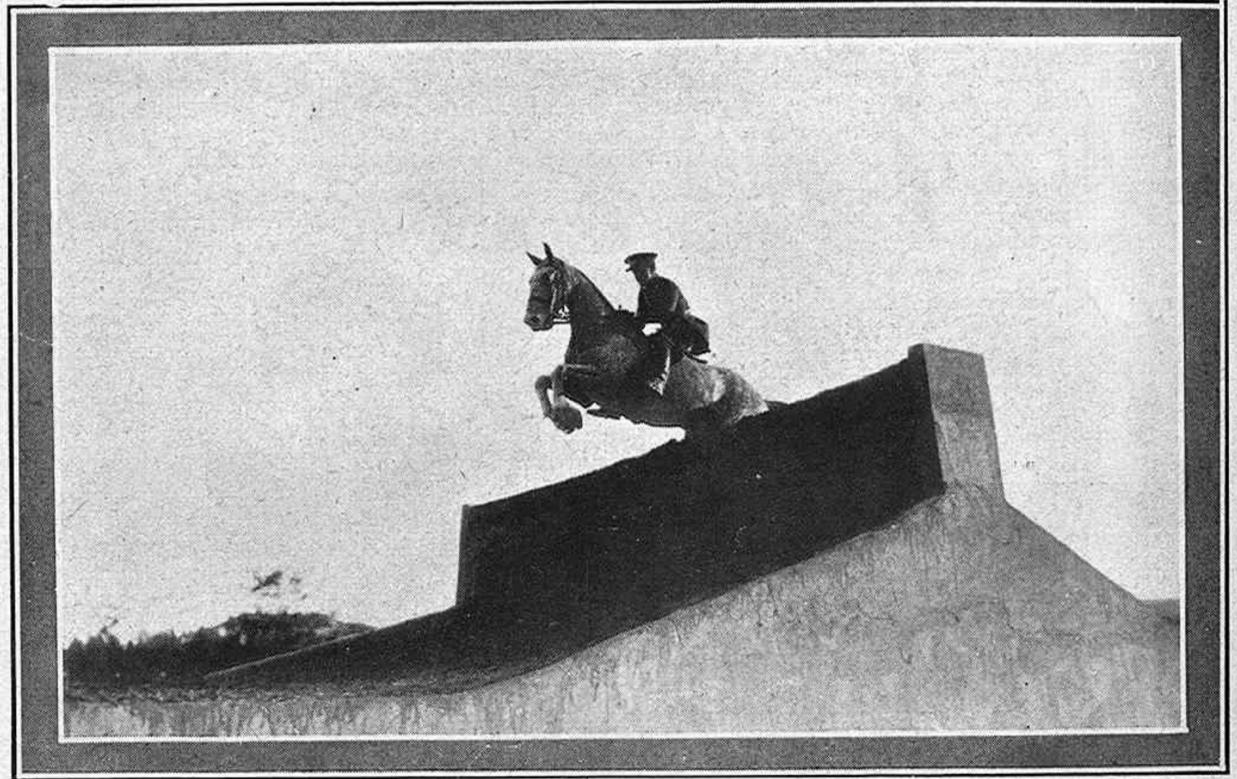
El número total de premios ganados por España en estos ocho concursos ascienden á 114; de ellos, 14 primeros, 13 segundos, 13 terceros, 11 cuartos y 9 quintos.

Las pruebas en que España ocupó el puesto de honor, fueron: Copa Armée Polonaise y Armées étrangers, en Niza; campeonato de altura en Roma; individual de la Copa de las Naciones, en Nápoles; mariscal Joffre, Grand

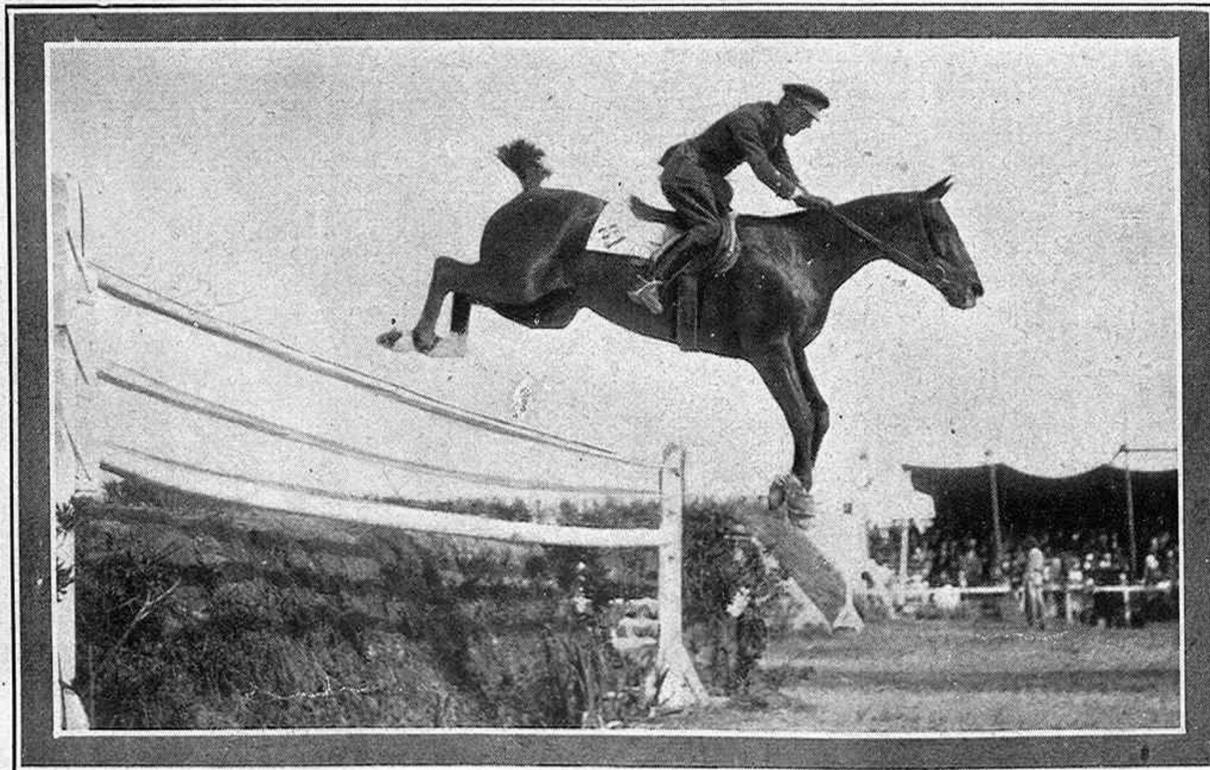
Internacional é Internacional Militar, en Perpiñán; Palhavá, Gran Premio, Força y Copa de Oro de la Península, en Lisboa, y Lucilia Simões, Caza y Moraes, en Oporto.

Los segundos premios en las siguientes: Campeonato de altura y Prix des Etendars, en Niza; Copa de las Naciones y Campeonato de velocidad, en Roma; dos segundos (ex-equu) en mariscal Joffre, Internacional y Grand Internacional Militar de Perpiñán; Omnium y Força, en Lisboa; Lucilia Simões y Guarnición Oporto, en Oporto, y Officer's mounts, en Nueva York.

Terceros en Comité Technique y Fêtes et Sports, en Niza; campeonato de potencia en Roma; apertura y campeonato de Potencia en Milán; Omnium y Palhavá, en Lisboa; Omnium Ganadores y Moraes, en Oporto, y en las copas Robert A. Fairbanks, coro-



El Marqués de los Trujillos saltando el muro con su caballo «Zalamero», en el concurso internacional de Lisboa, donde ganó el Gran Premio



El capitán Cavanillas llevando á «Barrote», uno de los productos españoles que más se han distinguido en la temporada última, en el campeonato de altura celebrado en Niza, donde obtuvo brillante clasificación

nel Frank y Browman, en Nueva York.

La lucha fué siempre muy dura, y particularmente en Italia, en donde el número de concurrentes pasaba siempre de 175, llegando en Roma á la fabulosa cifra *record* de 202 caballos. En Nueva York resultaba muy difícil clasificarse por no haber más que cuatro premios en cada prueba para los 80 caballos matriculados.

En estos concursos internacionales corrieron: Francia, Bélgica, Italia, Portugal, Suecia, Polonia y España, en Niza; las mismas, más Suiza, en Italia, y únicamente Bélgica dejó de hacerlo en Nápoles y Milán. Al de Nueva York asistieron jinetes de Francia, Bélgica, Polonia, Holanda, España, Canadá y Estados Unidos.

Entre los caballos del equipo español sobresalieron dos conocidísimos para todos los que frecuentan la pista del Hipódromo: «Zalamero» y «Barrote», este último nacido en España.

Que el año 1927 sea para nuestros jinetes una nueva era de triunfos, que asistan á nuevas pruebas internacionales donde puedan demostrar su valía, y que sigan cosechando glorias para España; esto no depende de ellos; ya nos lo tienen demostrado; depende solamente de que tengan nuevas ocasiones donde lucir su superioridad hípica.

AURELIO MATILLA JIMENO

## UN CUENTO INFANTIL

A Su Alteza la Señora  
Infanta doña Eulalia,  
que ama el campo hu-  
milde y bueno.

EL AUTOR.

Y ha sucedido que en estos tiempos de prosa, de ásperas y fuertes realidades, se repitió el dulce mito de la Princesa zagala. No ha sido en el buen tiempo de duques pastores, amantes princesas y tiernos galanes..., sino en la fea prosa del siglo xx.

Tienen las consejas infantiles un fuerte aroma de verdad, un encanto pretérito y, sin embargo, actual; porque cambian circunstancias, pero ni fondos ni almas cambian. Nos dan la sensación un poco nostálgica y un poco melancólica sentida al abrir las cajas de taraceado sándalo, donde las abuelas guardaban los abanicos y los encajes., y alguna vez cartas de amor.

Entre los motivos de los cuentos infantiles hay un leit motiv que se repite con frecuencia: el de la princesita á quien las malas artes de una hechicera trocó en pastora ó en guardadora de gansos. Pues, bueno; es el caso que en el torbellino de la vida moderna, obsesionada por esas feas y antipáticas aventuras de cine en que corre todo el mundo, sube, baja, se descuelga por cuerdas ó desliza por estrechas cornisas, desafiando las leyes sagradas de la gravedad, la historia cándida se ha repetido una vez más.

Erase que se era, como diría si fuese á narrar un cuento de niños, una nena deliciosa, nacida en dorada cuna, que cobijaban cortinas de encajes sostenidas por áurea corona principesca.

Fué..., ¡Dios mío!..., no sé exactamente dónde fué, pues la vida actual ha achicado de tal modo el mundo, que encontrar en él un reino fabuloso es cuestión peliaguda, capaz de sobrepasar casi las fuerzas humanas (y no es cosa de ir á situarlo en otro planeta cuya fauna y flora nos son desconocidas); pero sólo diré que fué en un reino imaginario, real como todos los reinos imaginarios.

En aquel principado alemán, uno de esos vetustos principados que ennobleció la leyenda y deshonró la opereta y la novela, pretendiendo desconocer las altas virtudes patriarcales (tal vez un poquillo caseras y burguesas) y no ver sino los vicios y locuras de media docena de histéricas, el Príncipe, en una sana y ruda ancianidad, cuidaba de su pueblo y de los suyos con un atento amor que no tenía que envidiar á los peruanos incas.

Quería el soberano feudatario que sus hijos fuesen: ellos, guerreros valerosos, defensores del hogar; ellas, mujeres de su casa que el hogar supiesen embellecer y santificar. Casados, ausentes ya ellas, menos la tierna y casi infantil Elsa, dedicó el señor sus atenciones á moldear el espíritu de la nena.

Era bella y culta: ciencia, historia, leyenda y poesía éranle familiares, y convirtiéronse, en compañeras de sus largas soledades. Porque ha de saberse que uno de los grandes amores de la gentil princesita, huérfana de madre desde muy niña, era su granja, sus flores, sus árboles frutales, sus hortalizas y sus bestezuelas familiares. Ella, vigilante, presidía los cuidados y trabajos; ella daba de comer á los animales, y tenía mimos y cuidados amantes para ellos. Caballos, perros, cabras, vacas, ovejas y rumiantes conocían en ella su diosa protectora, la que miraba por su sustento de cada día, por evitarles penas y cuidarles en sus sufrimientos. Pero si todos la amaban y los potros caracoleaban orgullosos ante ella, los perros aullaban, saltando jubilosos á su proximidad; los conejillos, en vez de huir temerosos, acudían á su llamada, y las aves..., ¡ah!, las aves eran otra cosa aun más tierna y ferviente. Como si realmente de una Princesa de encantada conseja se tratara, en sus idas y venidas por huertos y corrales seguíanla enjambres revoloteantes que unas veces cerníanse sobre su cabeza, como en una salutación bíblica, y

otras formaban en torno del áureo nimbo de su cabellera una corona de celestial visión.

Deslizábase así la vida para la princesita de los ojos de azur, cuando surgió en apocalíptica visión la guerra. Y fueron las horas atroces de humano dolor, las noches de negra zozobra, los días de terror y las visiones de horror inenarrable. Y cuando la guerra pasó, como pasa un huracán, dejándolo todo asolado, derruido, en ruinas, hallóse con que de aquella vida de leyenda no quedaba nada, nada, nada, ni los seres amados, que eran guías, apoyos y compañeros en la vida; ni el lujo, ni las pleitesías y respetos. Retornó al campo, ahora humilde y resignada, á luchar, á trabajar, á vivir humilde.

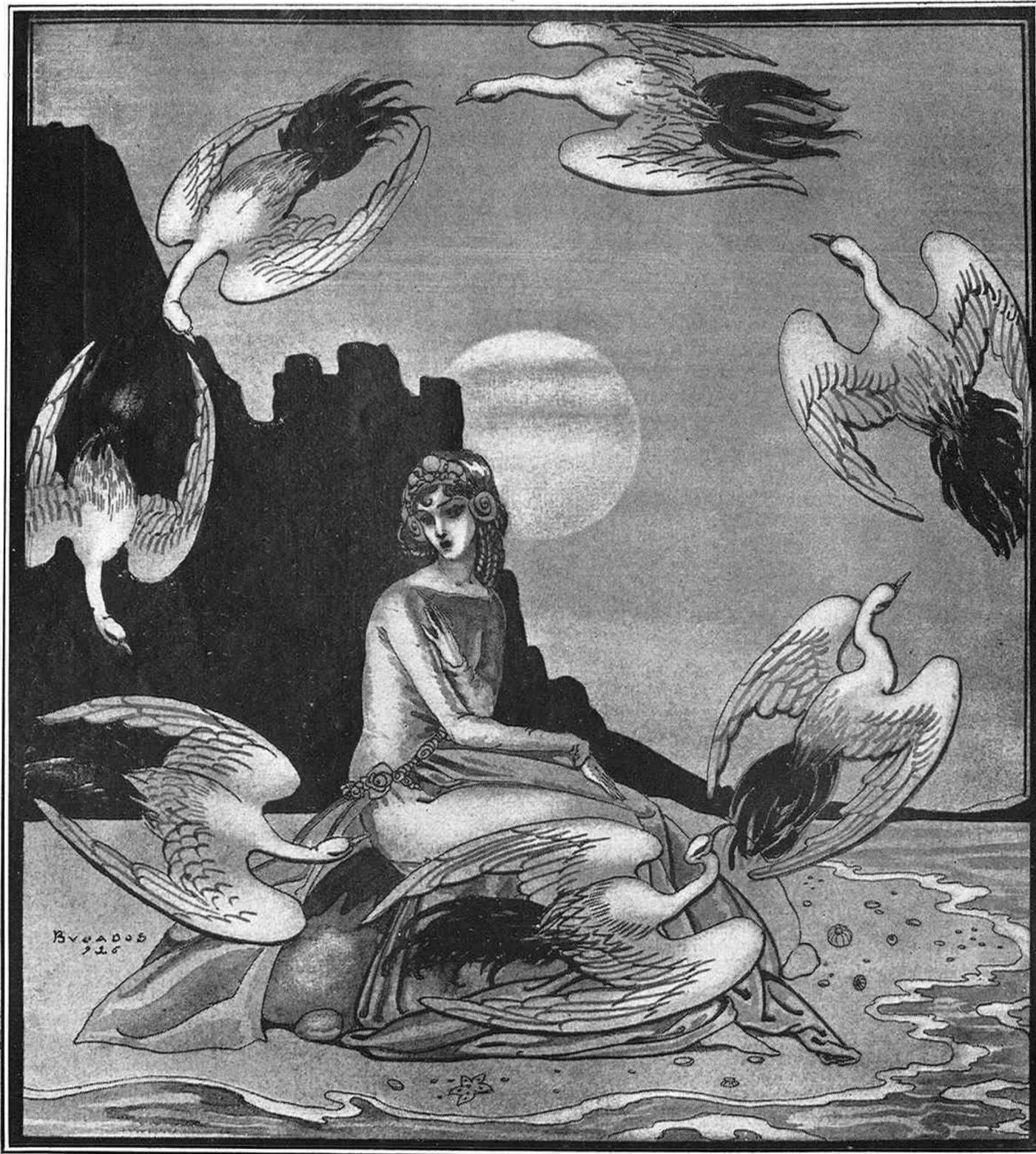
Pero en la atroz tristeza de aquella humillación, súbitamente, como en un milagro de la Leyenda Dorada, halló amigos, muchos amigos.

Como si la conocieran, como si fuesen aquellas las bestezuelas del Señor, la amaron y, cual en otros días, rodeáronla.

Así, cuando los días buenos retornaron, cuando el Reich creyóse en el deber de devolver algo de lo que á sus príncipes arrebatara, sintió la Princesita que no, que ya jamás podría olvidar á los humildes amigos, y quiso vivir toda amor, fervor y humildad.

ANTONIO DE HOYOS Y VINENT

(Dibujo de Bujados)



## LAS GRANDES FIGURAS POLÍTICAS

## MUSSOLINI Y SU OBRA

NINGUNO de los estadistas vivientes despierta tanto interés y curiosidad en todo el mundo como el primer ministro de Italia.

A la verdad, no sólo por la gigantesca obra política, social y económica que Mussolini ha realizado en cuatro años, sino por la novela intensa que es la vida de este hombre extraordinario, el dictador italiano, merece la admiración que suscita. Recordemos algo de esa obra y esa vida, en verdad asombrosas.

Hijo de un pobre herrero de la *Romagna*, cursó la carrera de maestro normal, que ejerció en varias escuelas rurales durante algunos años. Desde muy joven se afilió á los partidos revolucionarios. El hombre de lucha empezaba ya á actuar, aunque en campos diametralmente opuestos á los que hoy defiende con férrea tenacidad y soberana inteligencia. Encarcelado en Italia y Suiza por sus ideas avanzadas, y expulsado más tarde por la misma causa de Suiza y de Austria, fundó y dirigió en su país el periódico *Avanti*, órgano oficial del partido socialista, tomando parte muy activa en las revueltas populares de Junio de 1914, que fueron llamadas por su violencia y excesos de todo género la *Semana Roja*.

La guerra europea convirtió á Mussolini al nacionalismo patriótico, tornándose entonces en ardiente defensor de la intervención de Italia el que hasta entonces defendiera el principio de neutralidad. Cual puede suponerse, este cambio de postura desencadenó contra Mussolini el odio de sus antiguos compañeros socialistas, que llevaron su oposición á los más extremos límites, y aun actuaron, como consecuencia, de agentes ocultos de los Imperios centrales. Impasible Mussolini ante todos los ataques de que era objeto por parte de los elementos extremos, se alistó como voluntario para el frente, y allá marchó inflamado de entusiasmo patriótico, recibiendo á poco graves heridas, que le obligaron á volver á Italia. Terminada la guerra, vésele organizar el movimiento fascista en oposición á las fuerzas de la anarquía y el bolchevismo que venían destrozando al país. En breve tiempo agrupa en torno suyo la totalidad de los elementos patrióticos asqueados de los débiles Gobiernos de la postguerra, incapaces de atacar con valentía la sedición y de resolver los múltiples problemas del momento. En Octubre de 1922 lleva á cabo la ya célebre marcha sobre Roma á la cabeza de las legiones del *Fascio*, que, lejos de encontrar resistencia, fueron recibidas con frenético entusiasmo por la masa del pueblo, quedando organizado en aquella fecha memorable el primer Gobierno fascista, presidido por el ya denominado *Duce* de las *camisas negras*.

Apenas en posesión de las riendas del Estado, acomete Mussolini la obra de reorganización y transformación de Italia; obra, en verdad, gigantesca, porque no sólo era urgentísimo é imprescindible aplastar la hidra socialista y comunista, peligro inmediato y gravísimo, sino que también hacíase urgente é imprescindible reconstruir todo el cuerpo político, minado por mortales dolencias, y con el cuerpo político todas y cada una de las ramas de la vida pública. Esa obra hercúlea ha sido llevada á cabo en los cuatro años de su régimen dictatorial.

Lo primero que había que restablecer era el orden. Y, en efecto, desde el advenimiento de Mussolini al Poder, no ha vuelto á registrarse ninguno de los estallidos revolucionarios, frecuentemente sangrientos, que durante ocho lustros, y, sobre todo, después de la guerra, venían alterando la paz en el reino. Mucho se ha hablado del régimen de violencia ejercido por la *Guardia Pretoriana*, nombre con que distinguen á la Milicia Fas-

cista sus adversarios. La verdad es que hasta el presente no ha sido necesario para el Gobierno recurrir á ella ó á las demás fuerzas á su disposición. Ha bastado á los enemigos de la tranquilidad pública saber que existe esa reserva de fusiles, y que será empleada sin vacilaciones llegado el caso de su intervención, para prevenir todo intento revolucionario.

Hasta qué punto ha llevado á cabo el Gobierno fascista la reconstrucción financiera de Italia lo dicen estas cifras: en Octubre de 1922 ascendía el déficit á 6.000 millones de liras, creyéndose imposible por los más expertos hacendistas su desaparición. En cuatro años ese espantoso déficit ha sido transformado en un superávit de 1.400 millones. Y es lo más sorprendente que esto se ha conseguido sin recurrir al aumento de contribuciones é impuestos. Bastó sencillamente con simplificar los gravámenes, distribuyéndolos de modo más equitativo, y con suprimir sin contemplaciones todo gasto inútil. La administración pública ha sido reorganizada *de fondeo en comble*, haciéndola más eficiente; la disciplina en los servicios públicos se restableció en absoluto, y como consecuencia de ello, éstos se realizan al presente de manera satisfactoria para el Estado y el país.

En lo que respecta á la política exterior, Mussolini es partidario del mantenimiento de la paz, aunque sobre la base de una autonomía absoluta para Italia. La nación, respetando escrupulosamente los derechos de las demás, obra con arreglo al suyo, sin pedir permiso á nadie para ejercerlo. Digamos á este propósito que, á veces, la opinión pública extranjera experimenta alarmas ante supuestas actitudes belicosas de Mussolini. En las asambleas de pacifistas y de aquellos otros elementos siempre dispuestos á precipitar el mundo en una guerra para darle la paz, se suele exteriorizar el temor engendrado por el acrecimiento del nacionalismo italiano, que ellos presentan como imponente espectro surgiendo en el horizonte mundial. Recordemos en este punto que un distinguido catedrático suizo manifestó no ha mucho en cierto *meeting* pacifista que, si bien es cierta la existencia del nacionalismo en Italia, ocurre lo mismo en la mayoría de los países. Y ello es verdad en absoluto. La diferencia está, añadiríamos nosotros, en que, tratándose de Italia, la idea nacionalista se expresa á veces con franqueza brutal, mientras en ciertos países del mundo el imperialismo más extremo aparece frecuentemente disfrazado bajo la hipócrita máscara del humanitarismo.

La capacidad de trabajo de Mussolini es, sencillamente, prodigiosa. Primer ministro y ministro de Estado, de la Guerra, de Marina, de Aviación, su actividad se extiende á todos los ramos de la gobernación del país. Es claro que el trabajo material y otras cuestiones que no se refieren á la política general se hallan á cargo de los subsecretarios y del personal permanente. Con todo, la garra de Mussolini es perceptible en la entera labor gubernativa.

Esa labor abrumadora deja aún tiempo á Mussolini para hacer ejercicio, para practicar la equitación y la esgrima, para tocar el violín y hasta para ocuparse de crear un nuevo tipo de caballo de raza italiana.

Todo el que haya tenido ocasión de hablarle personalmente, lleva la impresión de que las cuestiones á él sometidas en aquel momento eran las que le interesaban de un modo especialísimo. Tales son el cuidado y la atención sostenida con que se le ve seguir el discurso de su interlocutor, sin que en su



BENITO MUSSOLINI

Jefe del fascismo italiano y de la moderna política de la península mediterránea

rostro aparezca jamás ese sello de aburrimiento que aparece en la cara del hombre público sometido á entrevista.

Y es curioso observar que mientras Mussolini, en sus públicas exhibiciones, es por su gesto y actitudes imponente y mayestático, y por su fraseología oratoria un apaleador de auditorios, en la entrevista privada se muestra sonriente, llano, casi familiar. Su acogida cordialísima establece desde el primer minuto un cómodo ambiente de camaradería. A ello contribuye, sin duda, el nativo buen humor del *Duce*, puesto muchas veces de manifiesto en su ingeniosa conversación. Lo que constituye otra diferencia entre Mussolini y algunos de los políticos de la escuela liberal ortodoxa. No quiere ello decir que el primer ministro italiano sea un hombre constantemente bien dispuesto para la chanza amical. También, á veces, estallan sus cóleras. No sería humano si no ofreciese su carácter esos contrastes violentos. Pero sus explosiones de ira no ocurren sino cuando el *Duce* halla en su camino la deslealtad ó la ingratitud, la negligencia en el cumplimiento del deber ó la declarada incapacidad. Con todo, la tempestad se calma con la misma rapidez que se forma, y en aquel espíritu agitado momentáneamente no queda jamás el más leve sedimento de rencor. Ahora bien; mientras dura el período tormentoso, una elemental prudencia aconseja guardarse de toda controversia con Mussolini.

No faltan en el Extranjero opiniones adversas al sistema de Gobierno implantado por el *Duce*, considerándole en definitiva como un verdadero tirano que oprime al pueblo, contra su voluntad, por la fuerza de las armas. Desvanecemos ese error. Si Mussolini ha concentrado tanto poder en sus manos es, sencillamente, porque el pueblo tiene en él plena confianza, porque cree que la autoridad en él puesta ha de ser usada para el mayor bien de todos. Téngase por cierto que si no apoyase fervorosamente á Mussolini aquella inmensa mayoría de opinión, asqueada del caduco parlamentarismo, emponzoñado por las intrigas, y de los políticos de la vieja escuela, no obstante haber entre ellos hombres honrados y capaces, el *fascismo* no hubiese durado veinticuatro horas.

Alguien ha comparado á Mussolini con Napoleón. Hay, en efecto, entre ambos no pocas semejanzas. Lo que no tiene el *Duce* es ni el egoísmo de Napoleón ni sus en ocasiones mezquinos sentimientos. Cierta escritor inglés, cuando en los comienzos de 1926 declaró Mussolini que éste sería un año napoleónico, preguntaba, burlón, en importante diario de Londres, si al apelar el *Duce* napo-

leónico á dicho año, quería referirse al de Waterloo ó al de Sedán. Sin duda, ese escritor ignoraba en absoluto que para los italianos la idea napoleónica no tiene relación alguna con Waterloo ó Sedán, ni aun con Austerlitz ó Magenta; se halla incorporada, por el contrario, al *Regno Italico*, que dió por primera vez á Italia una administración moderna y eficiente; como lo está á los admirables códigos napoleónicos, base de la legislación italiana; á la extirpación de todas las supervivencias y abusos medievales, y al establecimiento de la igualdad social, de la sana política financiera y del buen gobierno.

•••••

¿Cómo se explica entonces—se preguntará—que en cierto sector de la opinión pública italiana aliente un tan intenso odio hacia Mussolini, evidenciado por las repetidas tentativas contra su vida? Muy sencillo. En primer lugar, los admirables hechos de su gobierno no hubieran podido afirmarse sin adoptar procedimientos radicales. Por ejemplo: ¿podría esperarse que apoyasen el nuevo régimen los muchos funcionarios inhábiles destituidos de sus cargos ó jubilados? La implacable hacha de la reforma económica ha lesionado, ciertamente, muchos y antiguos intereses creados, formándose así, poco á poco, una atmósfera hostil al fascismo. Es claro que sería difícil admitir la posibilidad de que hayan podido surgir de entre esas dos categorías de disgustados, los que quieren acabar violentamente con el *Duce*. Mas, en todo caso, es indudable que el mencionado ambiente favorece la germinación del pensamiento criminal. Ocurre algo por el estilo de aquella inocente sirvienta irlandesa que en los días de la *Land League*, al ser preguntada por un periodista si le gustaría matar á un terrateniente opulento, replicó: «De ninguna manera; pero sería *very nice* leer en los papeles que habían despachado á alguno.»

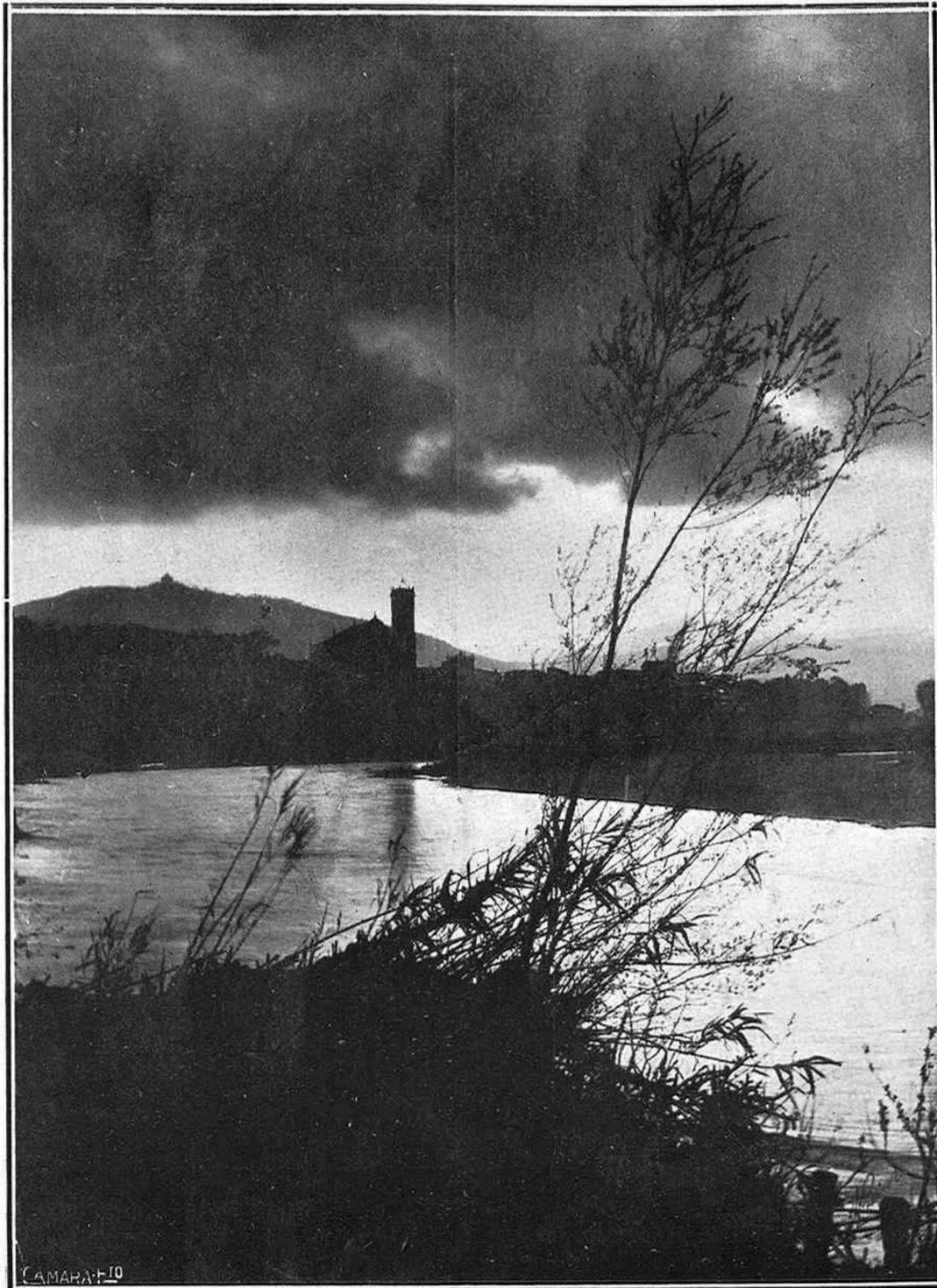
En segundo lugar, ha de tenerse presente que la persona de Mussolini, si despierta fanáticos entusiasmos en la mayoría, es, por muy humanas razones, profundamente antipática para esa clase de individuos que sienten envidia de las cumbres allí donde se yerguen. Su altura y brillo extraordinarios ejercen acción sobre los cerebros degenerados ó desquiciados á quienes deslumbra la idea de conquistar la celebridad asesinando á una personalidad eminente, de adquirir aquella triste fama del incendiario del templo de Efeso. Las víctimas de asesinatos políticos durante los últimos cien años fueron por lo general, excelentes personas, cuya única falta era la de ocupar una posición conspicua. Por otra parte, en el caso de Mussolini, la desenfrenada campaña de prensa contra él, emprendida en el Extranjero y dentro de Italia, hasta que su libertad fué restringida, no habrá dejado de ejercer alguna influencia en este particular. Por último, siendo como es Mussolini el enemigo más formidable y afortunado hasta hoy del bolchevismo, parece naturalísimo el odio de todos los adherentes del comunismo, en cuanto el *Duce* personifica el orden, el progreso y la civilización.

Ha de admitirse, pues, la posibilidad de que los autores de los recientes atentados hayan sido instrumentos conscientes ó inconscientes de las organizaciones rojas.

•••••

En cuanto al argumento, esgrimido por los antifascistas contra el *Duce*, de que éste no se propone sino *prusianizar* á Italia, la mejor contestación que puede dársele es que los italianos no son prusianos; que á un italiano tan típico como Mussolini ni aun en sueños le pasaría por la imaginación semejante absurdo. Por inflexible y rígido que pueda parecer el fascismo como sistema de gobierno, éste ha de llevarse á cabo con un espíritu de equilibrada moderación. Veinte siglos de civilización no pueden ser, ni serán, olvidados en nuestro país.

LUIGI VILLARI



## A G U A M U D A

*¡ El agua del pantano !*

*Igual el alma mía;  
igual que el agua esa;  
soñar con la armonía  
de un sueño azul, inmenso, soberano,  
¡ cuánto pesa, Dios mío, cuánto pesa !*

*Agua muda, en tu sueño ensimismada:  
es tu quietud la pura  
emoción de esa lírica amargura  
que un alma, acobardada  
—igual, igual mi vida—,  
sufre, siempre callada,  
por temor de no verse comprendida.*

*¡ Soñar !... ¡ Soñar !...*

*La vida no consiente  
soñar. ¡ Ay de la frente  
que se viste, fecunda, con las galas  
de sus sueños azules  
para volar, intrépida, á los tules  
del cielo con sus alas !*

*¡ Soñar !... ¡ Soñar !...*

*La tierra tira mucho  
de nuestros pies. Quien dice:  
Yo de la vida escucho,  
sólo para mi halago,  
el rumor misterioso de las cosas ;*

*yo gusto más del vago  
perfume de las rosas  
que de las rosas mismas,  
parece que, insensato, contradice,  
con protervos sofismas,  
el sentir de las gentes, tan cuidadas  
de montar, como Sanchos, á horcajadas  
de un burdo practicismo,  
y paga—¿ cómo no ?— con el desprecio  
del vulgo ruin y necio  
lo franco y lo ideal de su heroísmo.*

*Pantano, mudo y triste:  
yo sé que tú sentiste  
anhelos de cantar...*

*Yo sé que tú quisiste  
ser río, para andar  
camino de la mar...  
y sé que no pudiste...*

*¡ El agua del pantano !*

*Igual el alma mía;  
igual que el agua esa;  
soñar con la armonía  
de un sueño azul, inmenso, soberano,  
¡ cuánto pesa, Dios mío, cuánto pesa !*

Fernando LOPEZ MARTIN  
(Fot. Pellicer)

## NUESTROS COMPOSITORES

## EL MAESTRO SACO DEL VALLE

EN este día primaveral del mes de Febrero, á hora del atardecer, cuando la niebla avanza y ocúltanse entre sus densos celajes los nevados cerros, los ávidos campos de la inmensa planicie castellana; en esta hora de calma y misterio, de quietud y añoranza, paseamos los altos de la Moncloá acompañados del maestro Saco del Valle. La lejana silueta del monasterio escurialense recuerda al cronista otros tiempos quizás más amables, más humanos, más dignos de vivirse. El maestro rememora sus años de bohemia estudiantil, sus correrías por las sierras españolas, las excursiones pintorescas, las aventuras extraordinarias, los viajes por valles, montañas y collados en compañía de pastores y aldeanos, á quienes invitaba á entonar típicas melodías, romances y leyendas tradicionales en las regiones que visitaba.

—Aparte de mis viajes al Extranjero, he recorrido toda España—nos dice—. Conozco las sierras españolas de Norte á Sur, y aquellas excursiones inolvidables sirvieron para recoger interesantes trozos de música popular, alguno de los cuales reproduce en mis zarzuelas. Soy aficionado á la fotografía, y mis viajes se hallan reproducidos en más de cinco mil placas, que conservo, y seguramente, de enviarlas á los innumerables concursos que anualmente se celebran, obtendría premio extraordinario muy justamente otorgado. Y perdone la inmodestia, pues no hablamos de mi profesión en este momento.

—¿De suerte que usted ama tanto el arte fotográfico como el arte musical?...

—Amo á Wagner, sobre todas las cosas, y á la fotografía casi lo mismo que á la música.

Y antes de pasar adelante, el maestro quiere hacer constar, en primer término, que durante siete años vistió el honroso uniforme de Ingeniero militar, de cuyo cuerpo fué músico mayor.

—¿Conoce usted las obras de nuestros polifonistas?

—Sí, señor; y las he estudiado con todo el interés que merecen. Sin embargo, como director de la Real Capilla, encuentro insuperables dificultades para la interpretación de las composiciones de los maestros españoles del siglo xvi. Prohibidas las voces de mujer en la Iglesia, no es posible cultivar ese género; los famosos *tiplo-nes* de anteriores épocas, los rechacé por antiestéticos. Recientemente, y en mi afán de corresponder al interés de S. M. el Rey, que tan reiteradas atenciones nos dispensa, y con ánimo de divulgar las composiciones más celebradas de los grandes maestros, solicité autorización del Sr. Duque de Miranda para dirigirme al Sr. Obispo, á fin de que en días señalados y por excepción se autorizara la voz de mujer en el coro. El señor Obispo manifestó la imposibilidad de acceder á mi solicitud por prohibirlo la liturgia terminantemente.

—¿Qué años lleva al frente de la dirección de la Capilla Real?

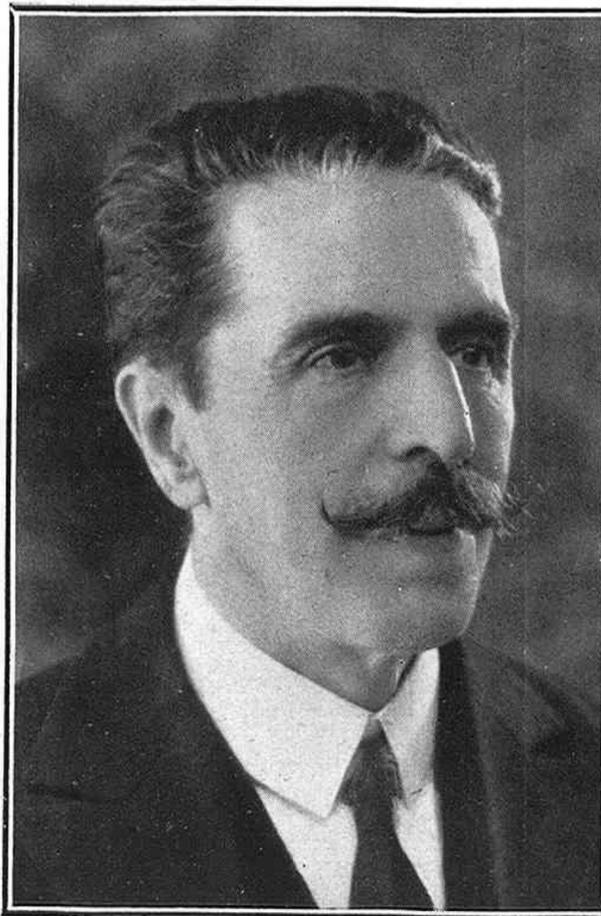
—Doce. Substituí á Zubiaurre, mi inmediato antecesor, quien á su vez substituyó á Eslava.

—¿Qué juicio le merece Eslava?

—Eslava compositor se entregó demasiado á la música italiana, tan en boga en su época; pero es digno del mayor respeto, tanto por sus aciertos como por su labor de historiografía musical, valiosísima y poco estudiada.

—¿Ha escrito para el teatro, maestro?

—Sí, señor. Cincuenta actos de zarzuela estrenados con éxito. *El Túnel* se representó más de trescientas noches; *La Indiana* ocupó el cartel más de ciento, y las restantes se aplaudieron y representaron repetidas veces en Madrid, provincias y América.



DON ARTURO SACO DEL VALLE  
Eminente compositor y director de orquesta  
(Fots. Díaz Casariego)

—¿Cómo juzga el actual movimiento musical?

—Nos hallamos en un período de evolución muy interesante. Yo no muestro predilecciones por ninguna escuela. Admiro el arte de todos los países, principalmente en las figuras de César Franck, Ravel, Strauss, Debussy, Borodin, Rimsky, Dukas, etc., etc., compositores notabilísimos, cuya influencia es notoria en esta etapa de intensa actividad y fervor musical. Guardo todo mi entusiasmo y devota admiración para Wagner. Sus obras despiertan en mi alma hondísimas emociones. Wagner es mi ídolo. La impresión más grata que conservo de mi vida artística va ligada al nombre del gran compositor alemán.



El maestro Saco del Valle con sus alumnos de la clase de conjunto instrumental en el Real Conservatorio de Música y Declamación

—¿Quiere usted recordarlo?

—Me satisface. Cierta noche del año 1911 anunciábase en el Real, para la siguiente, la representación de *Tristán é Iseo*. Indispuesto el director de orquesta, la Empresa, ante la dificultad de encontrar persona que substituyera al maestro, pues á cuantos profesores confirió el encargo se negaron á empuñar la batuta, pensó en suspender la representación. Me hallaba en el teatro cuando Manrique de Lara me contó el incidente, y entonces, confiado en la amistad que me une al gran crítico, le dije: «Si la Empresa acepta, yo me comprometo á dirigir el *Tristán*.» «Aceptaré», contestó Manrique. Consultada mi propuesta aquella misma noche, la Empresa decidió aceptarla, y muy temprano recibí aviso al día siguiente, encargándome me presentara en el teatro. Dirigí *sin ensayos* el *Tristán*, y los señores Boceta y Calleja correspondieron á mi sacrificio, contratándome para subsiguientes temporadas. He actuado como director del Real catorce temporadas. Dirigí *Parsifal*, *La Traviata*, *El Barbero*, *La Walkyria*, etc., y he estrenado *Amaya*, de Guridi; *Paolo e Francesca*, de Mancinelli; *La tragedia del beso*, de Conrado del Campo, y otras óperas españolas y extranjeras.

—¿Qué artistas actuaron bajo su dirección?

—Los más eminentes: Fleta, Lázaro, Schipa, Anselmi, Titta Ruffo, Battistini, Stracciari, La Storchio, Bezanzoni, Barrientos, Llácer, Gagliardi, Guerrini, Hidalgo, etc.

—La zarzuela española, ¿se halla en decadencia?

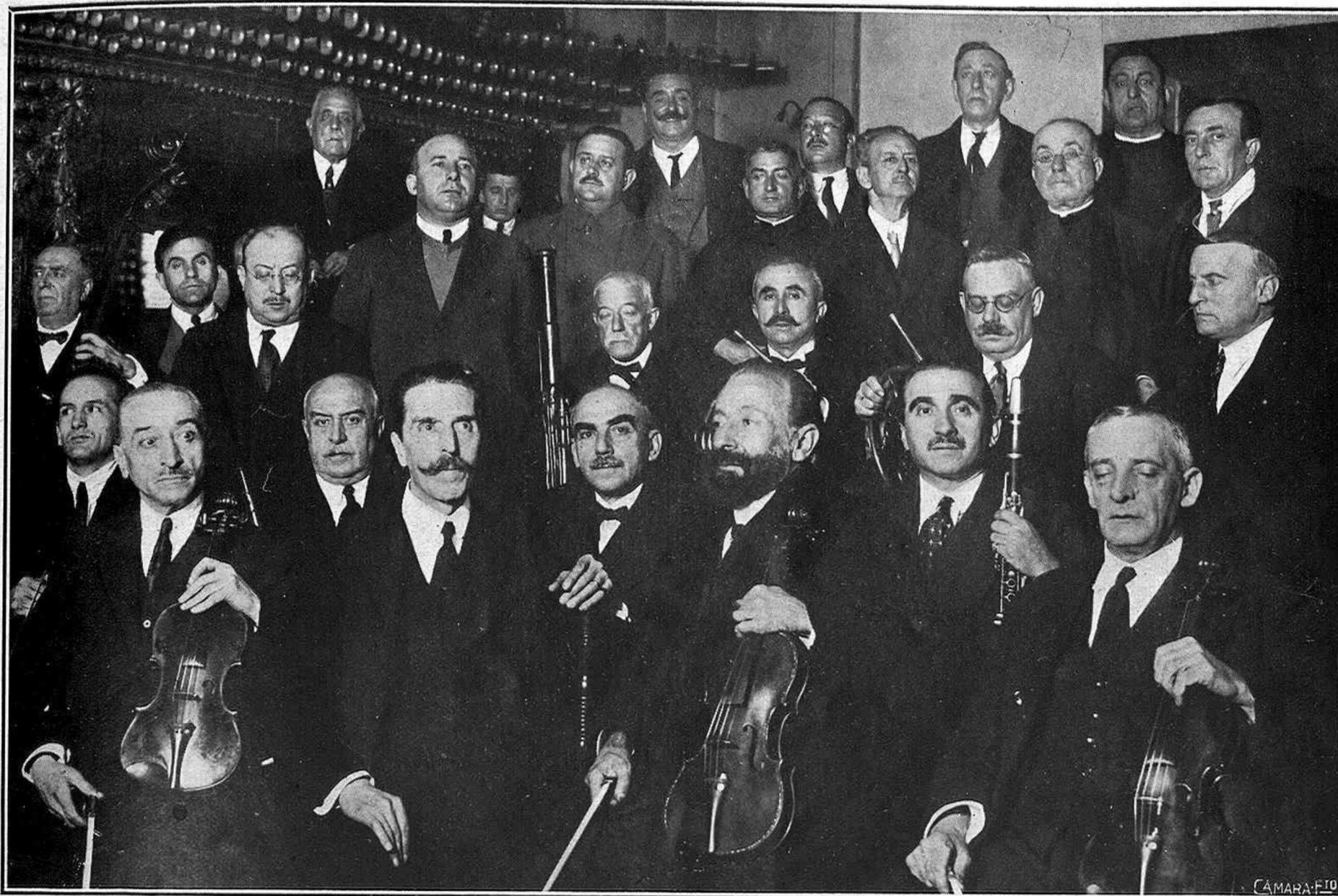
—La zarzuela, género español por excelencia, ha sufrido graves crisis, afortunadamente conjuradas por el noble esfuerzo de respetables compositores. Gaztambide, Barbieri, Bretón, Chapí, Caballero y Chueca comunicaron gran impulso á la zarzuela. Chapí, en otro ambiente, sin duda alguna hubiera legado labor inapreciable, aun concedida la mayor importancia á la que pudo terminar. Como también hubiera sido una de las más grandes figuras de nuestro arte nacional, de no arrebatárle la muerte á los veintiocho años, José María Usandizaga, el insigne autor de *Las golondrinas*, de *La Llama* y de la inspiradísima ópera vasca *Mendi-Mendiyan*, aún no representada en castellano, no obstante ser, á mi juicio, de lo más bello que salió de su pluma. Actualmente contamos con famosísimos músicos: D. Emilio Serrano, Falla, Conrado del Campo, Turina, Guridi, Moreno Torroba, Esplá, Luna, Pérez Casas, Villar, Gómez, etc.

—¿Qué interés histórico guarda la Real Capilla?

—Por orden de Su Majestad, la historia de la Real Capilla fué compilada el año 1919 en un folleto firmado por el profesor de aquella, D. J. García Marcellán. Reorganizóse entonces el archivo, y merced á la labor del Sr. Marcellán, hállanse catalogadas las obras de los maestros directores de orquesta y compositores religiosos. La Capilla posee, además, varios Stradivarius, uno de ellos tasado recientemente en 100.000 duros. Stradivarius empezó á construir para Palacio, en el año 1687, un quinteto especial, con dibujos pintados é incrustados en marfil, que, según el Sr. Marcellán, se propuso ofrecer el famoso artífice á S. M. D. Felipe V, con motivo de su paso por Cremona en el año 1702. Conserva el archivo, al lado de estas joyas, obras de nuestros polifonistas y compositores más notables.

—¿Pertenece á alguna entidad oficial?

—Sí, señor; soy consejero de Instrucción Pública... S. M. me honró y distinguió concediéndome la Encomienda de la Orden de Alfonso XII.



El maestro Saco del Valle rodeado de los profesores que componen la orquesta de la Capilla Real

—¿Alguna anécdota, maestro?  
 —Diga usted que tengo la cabeza muy dura...  
 pues, á pesar de haber sufrido dos veces la trepanación, continúo con deseos de trabajar y de vivir... ¡No pueden conmigo!

Y el maestro Saco del Valle, fecundísimo compositor y notable director de orquesta, termina su interesante y amena charla con un recuerdo á Chapí, una admirable glosa de la Tetralogía y un cumplido elogio de sus discípulos del Conser-

vatorio, de los profesores de la Capilla de Palacio y de las orquestas Sinfónica, Filarmónica y del Teatro Real.

MANUEL F. FERNANDEZ NUÑEZ



El maestro Saco del Valle dirigiendo un ensayo de la orquesta de la Zarzuela, durante la temporada de ópera

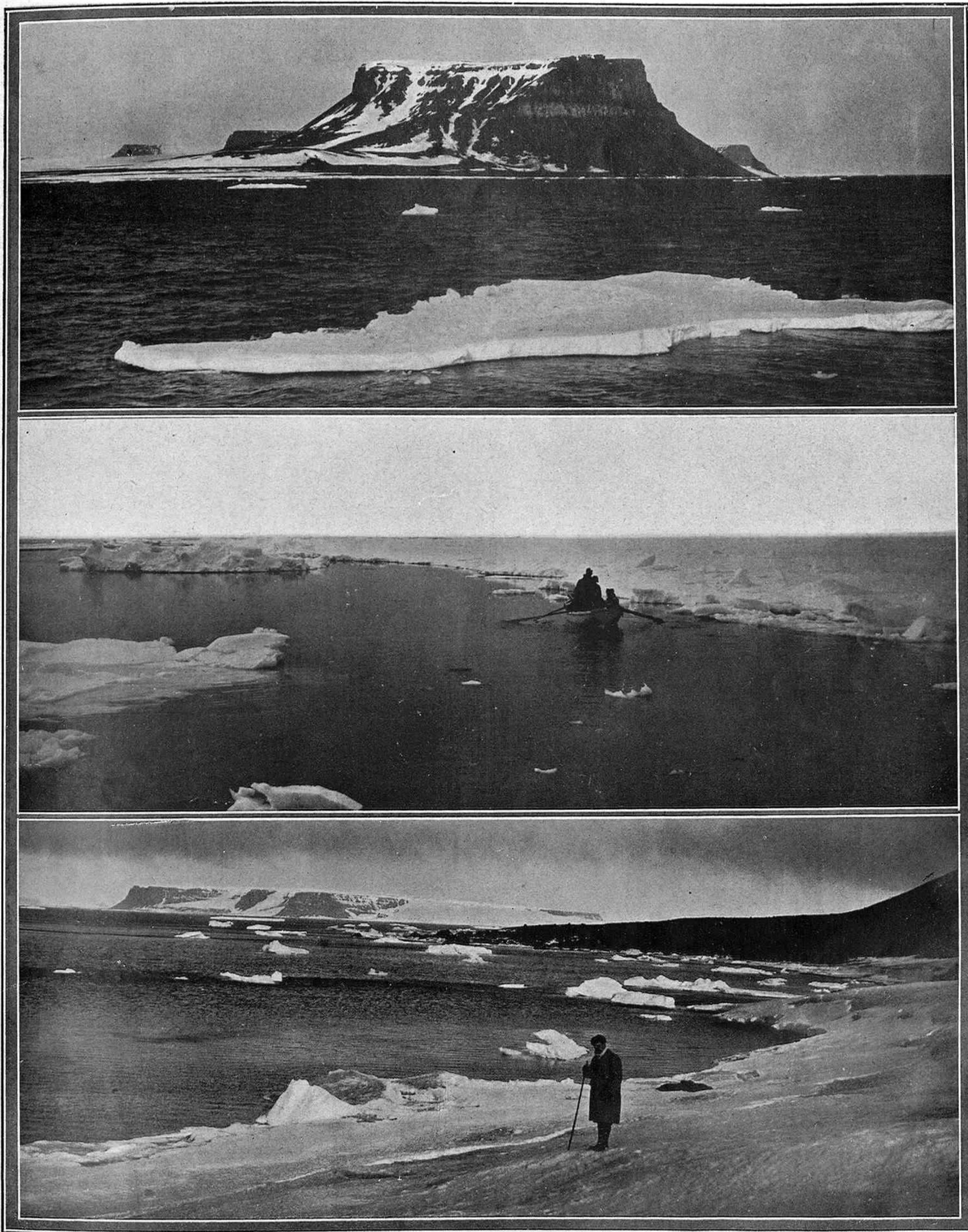


*Una expedición  
polar dirigida por  
\* \* un español \* \**

EL día 29 de Julio próximo pasado, el *Hobby*, barco de madera con espolón de hierro, de 650 toneladas, salió del puerto de Tromsø (Noruega) para una expedición polar. Iban á bordo, la ilustre californiana miss Louise A. Boyd y sus invitados, miss Coleman y los Condes de Ribadavia. Dirigía la expedición el distinguido ingeniero español D. Francisco J. de Gisbert, famoso especialista ártico que ha dirigido otras muchas (entre ellas, dos organizadas por el duque de Medinaceli).

Arriba: á la izquierda, miss Coleman junto al oso cazado por ella; á la derecha, la condesa de Ribadavia y el magnífico ejemplar cobrado por esta dama.—Abajo: el conde de Ribadavia entre las garras del oso al que acaba de dar muerte

El 1.º de Agosto encontraron los expedicionarios el banco de hielo, Entre los témpanos flotantes y los grandes campos de hielo, el *Hobby* se abrió paso, no sin trabajo, hasta la Tierra de Francisco José, que es la más septentrional del mundo. En la madrugada del 16 de Agosto desembarcaban las tres primeras mujeres que han pisado aquellas lejanas tierras, á las cuales muy pocos exploradores han conseguido llegar. Hacemos constar que una de las intrépidas expedicionarias, la condesa de Ribadavia, es española.



Tres aspectos de los hielos flotantes en la costa de la Tierra de Francisco José, la más septentrional del mundo, y en cuyas cercanías tuvo lugar la cacería de osos blancos en que tomaron parte tres españoles: los condes de Ribadavia y el ingeniero Gisbert, así como las damas norteamericanas miss Boyd y miss Coleman

Durante las seis semanas que ha durado la expedición, han sido cobrados 24 osos y 7 focas. Casi todas estas piezas han sido matadas por las señoras, que han dado prueba de gran serenidad y buena puntería. El conde de Ribadavia mató un oso que pesaba 500 kilos,

y medía tres metros de largo. Se cogieron, además, á lazo, 5 oseznos vivos, de los cuales uno fué enviado por los condes de Ribadavia á S. M. el Rey, y hoy se le puede admirar en la Casa de Fieras del Retiro,



Lillian Gish y John Gilbert, en una escena de la adaptación cinematográfica de «La Bohème», superproducción de la Metro-Goldwyn, dirigida por King Vidor

## CINEMATOGRAFIA

### CRÓNICA CINEMATOGRÁFICA

#### De las películas españolas al divorcio de Charlot

##### NUESTRA PRODUCCIÓN ACTUAL

**E**s *mi hombre!*, la popular comedia de Arniches, que se hizo centenaria en los carteles, va a ser adaptada al *film* próximamente. Dirigirá la nueva película el joven y excelente escritor Carlos Fernández Cuenca, y en el reparto de la cinta tomarán parte varias prestigiosas figuras de nuestro arte cinematográfico.

Otra comedia que también obtuvo un gran éxito, *Los chatos*, de Muñoz Seca y Pérez Fernández, va a ser llevada próximamente al *film* por una Empresa levantina.

*La ilustre fregona*, la admirabilísima novela cervantina, va a ser adaptada a la pantalla.

*Las de Méndez* está muy próxima a ser terminada. Ha sido dirigida por Fernando Delgado y fotografiada por Enrique Blanco.

*El conde de Maravillas*, interesante reconstrucción de una bella época histórica, ha sido ya terminada.

*La loca de la casa*, *film* de la magnífica creación galdosiana, dirigido por Luis R. Alonso, está también terminado, y ha sido vendido a una importante casa.

Manuel San Germán, el popular galán cinematográfico, y Erna Becker, en unión de otros artistas, trabajarán en la cinta *La mujer adulta*, que próximamente ha de comenzarse a *filmar*.



CELIA ESCUDERO

Una de las más brillantes actrices de la joven cinematografía española

*La sirena del Cantábrico*, totalmente acabada, ha sido adquirida por una importante Casa.

*La Virgen del Mar* es otra interesante película española también acabada. Ha escrito expresamente su argumento Francisco Ramos de Castro, el excelente periodista y poeta. La nueva película reproduce costumbres regionales valencianas.

La película *Boy* ha obtenido un gran éxito al ser estrenada en París.

##### LAS NOVELAS DE BLASCO IBÁÑEZ EN LA PANTALLA

Blasco Ibáñez es el novelista español cuyas obras están sirviendo de más frecuente inspiración a la pantalla. Y es que Blasco es el novelista de la fantasía fecundísima, el creador inagotable, el imaginador continuo y admirable de personajes, escenarios y pasiones. En toda novela de Blasco Ibáñez hay una magnífica película. Las editoras cinematográficas de España se están dejando arrebatar este caudal, que nosotros debíamos ser los primeros en aprovechar para la pantalla. Hasta ahora, la obra de Blasco Ibáñez ha sido llevada al *film* sólo en el Extranjero. Recuérdense las adaptaciones de *Los cuatro jinetes del Apocalipsis* y *Los enemigos de la mujer*. Pronto podremos ver las de *Mare Nostrum* y *Entre naranjos*. Se prepara, también, la adaptación cinematográfica de *La tierra de todos*, novela que fué publicada en las páginas de LA ESFERA...

Y mientras el Extranjero rinde á nuestro novelista este tributo de admiración—admiración que es también legítimo interés—, nosotros llevamos al *film* zarzuelas y comedias que están muy lejos de ser obras maestras.

#### «EL GRAN GALEOTO»

Otro argumento español en la pantalla extranjera. La «Metro-Goldwin» adapta el popularísimo drama de Echegaray *El gran galeoto*. El director es John M. Stahl. En el reparto de la nueva película figuran artistas del prestigio de Ramón Navarro, Alice Terry y Jorge K. Arthur.

*Valencia*, la canción mundialmente conocida del maestro Padilla, ha inspirado también á la «Metro-Goldwin» una película titulada también con el nombre de la región española. La cinta, técnicamente, está bien. Pero, en cuanto al argumento y los tipos, lo arbitrario, por referirse á España, triunfa una vez más... La película continúa ese absurdo y tradicional concepto de España que tantas otras veces hemos visto en el cinematógrafo.

### Las grandes figuras de la pantalla

## Pola Negri y el drama de su vida

(CONTINUACIÓN)

ACTUANDO simultáneamente como empresario, director y actriz, impresionó *Amor y Pasión*. Las pocas facilidades que existían en Varsovia para impresionar películas hicieron que este intento no tuviese gran resultado, sobre todo en lo concerniente á presentación escénica. Tan ignorante, además, estaba la Negri de lo que la impresión de una película requiere, que al hacer su *maquillage* se arregló cual si fuese á aparecer en el escenario de un teatro. Como resultado obtuvo una impresión horrorosa. Sabido es que el rojo da negro en la película; y como Pola se había pintado los labios y las mejillas de rojo, la primera prueba resultó completamente imposible. Errores como éste se cometieron muchos; pero después de múltiples trabajos, de correcciones y recortados, logró, al fin, ver su obra terminada. Creyendo que no tenía mucho valor, la vendió por un puñado de dólares. El empresario que la compró se hizo una pequeña fortuna exhibiéndola en Rusia y Polonia.

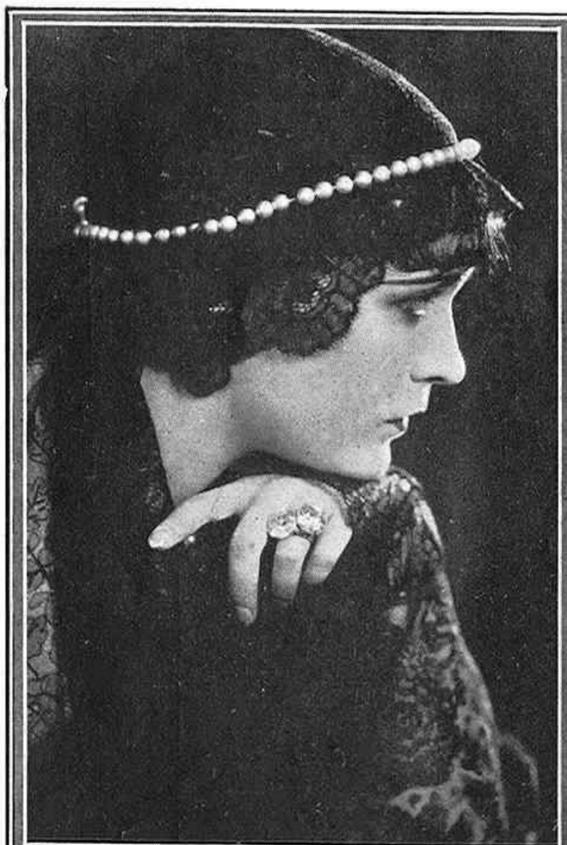
El teatro de Varsovia continuaba sus funciones regularmente aun en los días memorables del avance alemán. La Negri dormía en un sótano por la noche después de presentarse en escena. Muchos de los palcos estaban ocupados por oficiales del ejército imperial, y otros varios permanecían vacíos en espera de los dueños que los habían alquilado para toda la temporada, aunque algunos ya habían muerto. En esta situación hicieron su entrada triunfal los alemanes en Varsovia. Pola Negri solamente soñó ya con salir de la ciudad conquistada.

En tales circunstancias llegó la salvación en forma de un mensaje, en el cual la invitaban á ingresar en el cuadro artístico de una poderosa Empresa, con excelente salario, consideraciones especiales y un porvenir lleno de promesas.

Tal vez la única persona feliz en Berlín en el año 1917 era Pola Negri, *estrella* del teatro. La joven había venido á la capital alemana contratada por Max Reinhardt para caracterizar el papel de protagonista en *Sumurun*, obra con la que se había hecho famosa en Varsovia.

Aunque sin ensayos casi, y con bastantes temores por parte de la artista de no ser bien recibida por el público, Pola Negri alcanzó un éxito tan rotundo que el teatro se vió completamente lleno en las funciones siguientes, á pesar de que la ciudad estaba atravesando una terrible crisis económica.

Al poco tiempo, Pola Negri se enteró de que el empresario de uno de los principales teatros berlineses iba á proyectar la película que ella había impresionado en Varsovia. Temerosa de que las



Dos caracterizaciones de Pola Negri en su nueva película «Hotel Imperial»

deficiencias de tal película redundaran en su perjuicio, la artista trató por todos los medios de convencer al empresario de que no la exhibiese, lo que no pudo conseguir. Contra todo lo esperado, la película resultó un gran éxito, y esto valió á la artista el ser contratada por la poderosa Empresa cinematográfica «Ufa» para impresionar una serie de obras. Así comenzó la carrera de esta gran *estrella* del teatro del silencio.

La primera película de la «Ufa» producida por Pola Negri resultó también bastante deficiente en cuanto á la parte técnica. La segunda, aunque mejorada, tampoco satisfizo á la artista, quien exigió que se contratase al conocido director Ernest Lubitsch para que se encargase de la producción de su tercera película.

Por aquella época, Lubitsch era un actor casi desconocido, y la idea de contratarlo para dirigir una producción que debía costar una gran suma de dinero no fué del agrado de los directores de «Ufa». Miss Negri insistió en la demanda, negándose á trabajar si no le daban lo que pedía, y alegando que aunque como actor Lubitsch no tenía gran nombre, conocía, sin embargo, perfectamente el arte de la caracterización, y esto

era lo que se necesitaba para poder dirigir con éxito una película como era *Los ojos de la momia*, obra que se trataba de adaptar á la pantalla. En vista de la exigencia rotunda de la artista, la Empresa tuvo que transigir y contrató á Lubitsch.

El éxito obtenido probó que la Negri no se había equivocado al estimar al nuevo director. Con *Carmen*, su segunda producción bajo la dirección de tan inteligente artista, Pola alcanzó mayor éxito todavía. Y por fin llegó la obra que había de consagrar definitivamente á Pola Negri como *estrella* incomparable de la escena muda: esa obra fué *Pasión*.

«Nada tan imprevisto como la impresión de una película en Alemania, al cuarto año de la guerra, con tema francés—dice Pola Negri—; pero Europa no reconoce límites al arte, y recibió la película con unánime aplauso. En ella trabajamos Emil Jannings, quien caracterizaba el protagonista masculino, y yo, la primera actriz. Ambos pusimos de nuestra parte todo lo que pudimos por hacer de *Pasión* una obra maestra. El resultado fué sorprendente. Jamás pude imaginar que una sola obra pudiera realizar el milagro de dar á conocer á una artista en el mundo entero, y que por el trabajo realizado en tal obra me lloviesen proposiciones de las Empresas cinematográficas.»

El esfuerzo hecho para impresionar *Pasión* fatigó á Pola Negri, que decidió tomar un corto descanso al lado de su madre. Meses después, al tratar de regresar á Berlín, Pola tuvo que detenerse en la frontera, porque la ley de guerra no permitía que saliesen sus joyas del país. Indignada, la artista protestó de tal medida, y pidió que se la dejara hablar con el jefe encargado. Esta entrevista pudo haber dado al traste con la carrera de la Negri, ya que, en lugar de disputarse con el jefe, como era su propósito, acabó por tener con él una conversación tan cariñosa, que poco tiempo después se celebraba la boda de Pola con el referido jefe, que era el conde Eugenio Dombbska.

El matrimonio duró solamente diez y ocho meses. El conde exigía de Pola que abandonase para siempre sus aspiraciones artísticas y que se concretase á ser la esposa de un noble polaco. Pola arguyó lo mejor que pudo en defensa de su arte, y viendo que era imposible compaginar su estado social con las aspiraciones de toda su vida; un buen día huyó del castillo de su esposo y acto continuo pidió el divorcio.

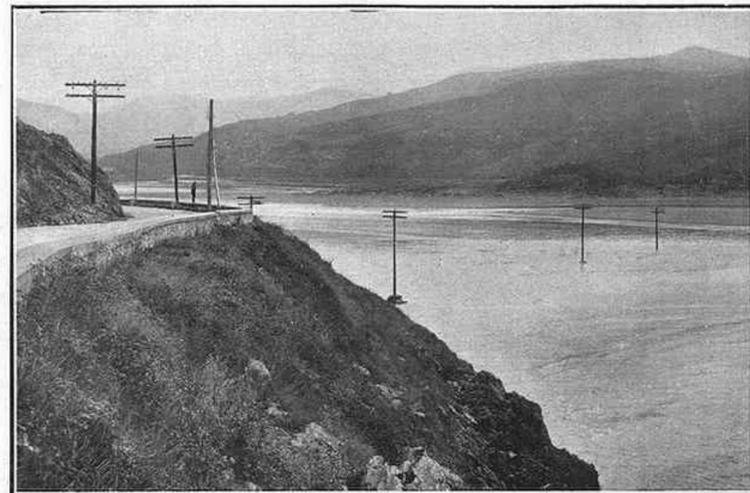
Antes de contraer matrimonio, Pola había estado enamorada de un célebre artista polaco que murió en sus brazos. Este amor desgraciado dejó en su alma dolorosas huellas. Después de su matrimonio, según propias declaraciones, también se enamoró algunas veces más. Y aquí podemos traer á colación el idilio con Charlie Chaplin.

Chaplin acababa de llegar á Berlín. Miss Negri se encontraba con algunos amigos en el palacio Heinroth. Alguien hizo la presentación del célebre cómico á la bella artista, la que contestó sonriente y de la misma manera á los elogios que el actor americano hizo del arte de la actriz polaca. Ciertamente es que ninguno de los dos habían tenido ocasión de apreciar el arte que tanto elogiaban, pues ni Pola Negri había visto películas de Chaplin, ni Chaplin había visto películas de Pola Negri. Pero eso importaba poco. Ambos se alabaron mutuamente y se llegaron á decir cosas muy graciosas. Por ejemplo: la Negri, desconociendo completamente el inglés, se aventuró á decirle al actor en este idioma algo que resultó así: «Usted es muy buen grande, pequeño chiquitito Chaplin.» El artista, queriendo corresponder á los elogios de la bella Pola, pidió á un amigo que la enseñara cómo se dice en alemán «Yo la adoro». El «padrino», buscando la manera de reírse á costa de ambos artistas, le enseñó á decir en alemán «yo la adoro»; pero lo hizo de tal forma, que cuando Charlie se lo fué á decir en tono declamatorio, en vez del «yo la adoro», le dijo: «Yo creo que su cabeza está llena de aserrín.» Miss Negri se levantó furiosa; Charlie se desconcertó, y los amigos, que estaban en el secreto, se rieron á más no poder. Explicada la broma, los dos grandes artistas quedaron buenos amigos.

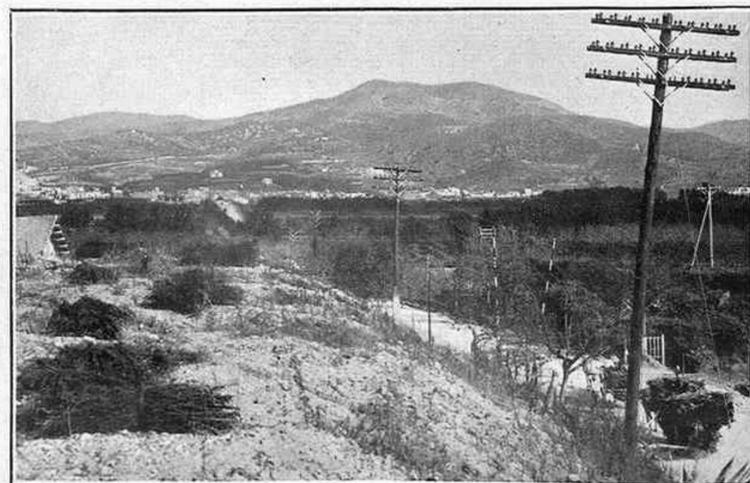
(Continuará en el próximo número)



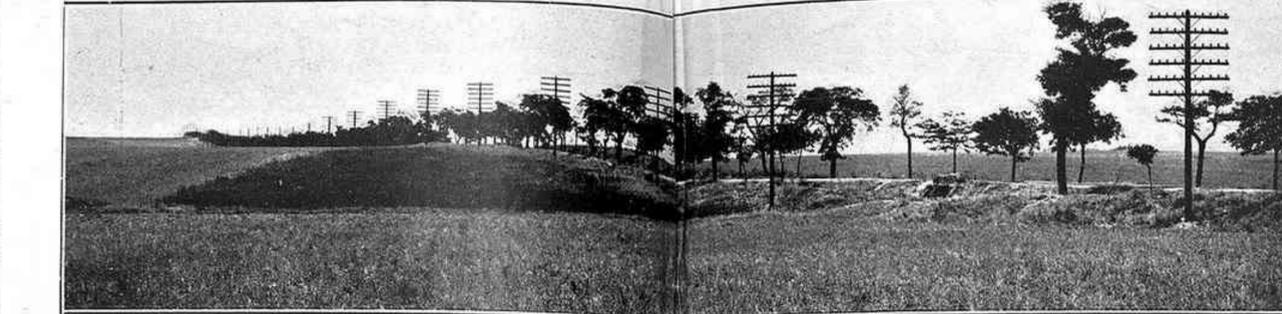
Isla de Gran Canaria.—Línea interurbana de Agaete á Las Palmas. Un pintoresco trozo entre Bañaderos y San Andrés



Línea Santander á Bilbao.—Trayecto comprendido entre Laredo y Castro-Urdiales



La línea Zaragoza-Barcelona, al acercarse á Molíns de Rey



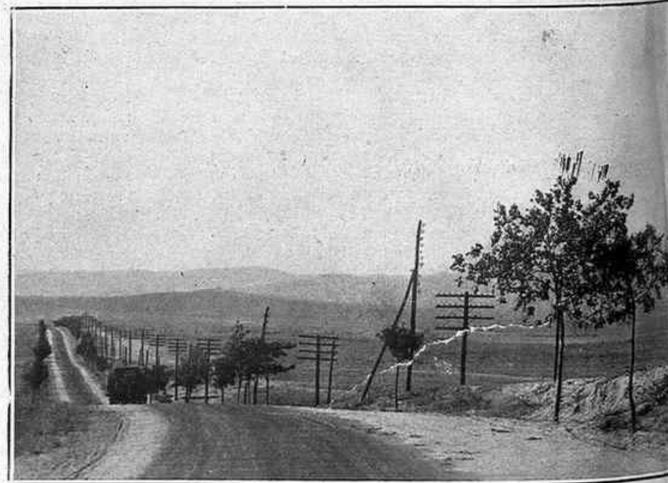
Línea de Madrid al Sur y Oeste de España.—Admirable perspectiva tomada en el kilómetro 6 de la carretera de Toledo

## LA NUEVA RED TELEFÓNICA INTERURBANA

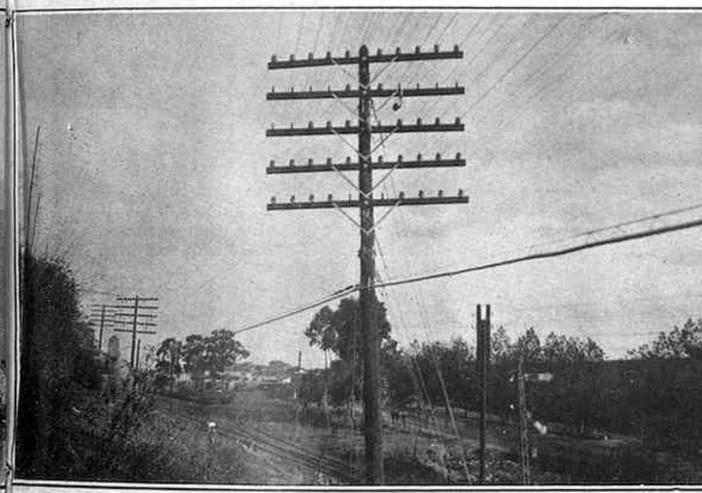
La Compañía Telefónica Nacional de España tiene actualmente en uso 1.606 circuitos interurbanos, que incluyen 75.000 kilómetros de nuevo hilo de cobre, y cuyo peso representa 4.516.000 kilogramos, uniendo esta red todas las provincias de España, y contando Madrid con un servicio interurbano perfecto y rápido



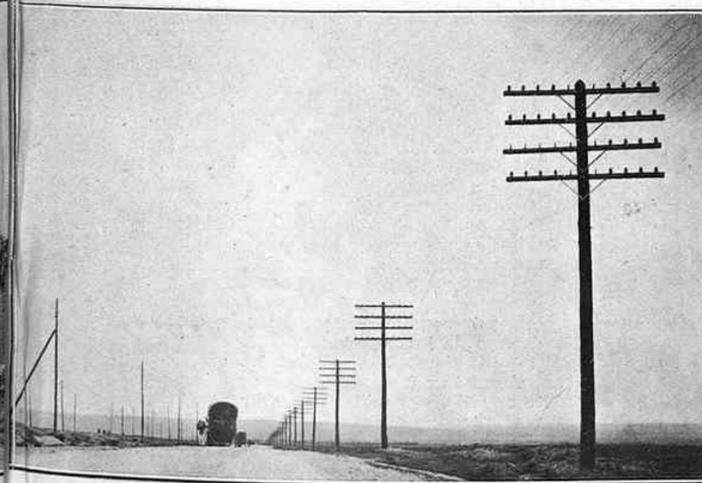
Línea León-Asturias.—Dominando la abrupta serranía, se yergue el poste más alto del Puerto de Pajares



La línea Madrid-Coruña, en el kilómetro 20 de la carretera



Línea de Santander al Astillero, en la llegada á esta última localidad



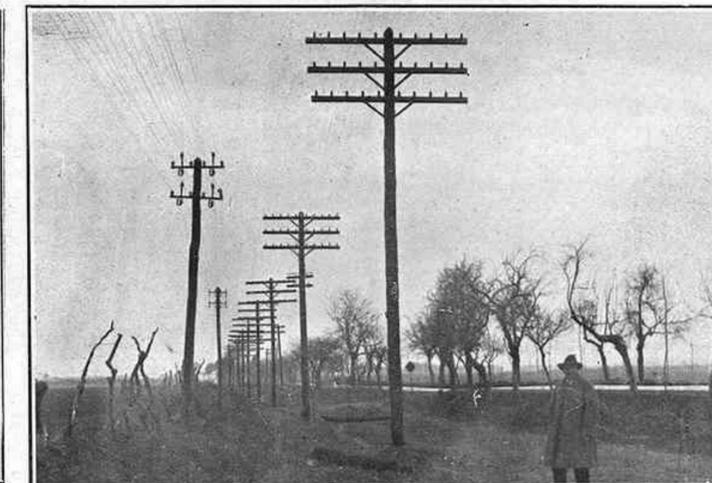
En la carretera de Madrid á Torrelodones.—Los nuevos postes de cuatro crucetas de la nueva línea Madrid-León



Carretera de Sevilla á Córdoba.—La línea, al franquear el kilómetro 13, en Alcalá de Guadaíra

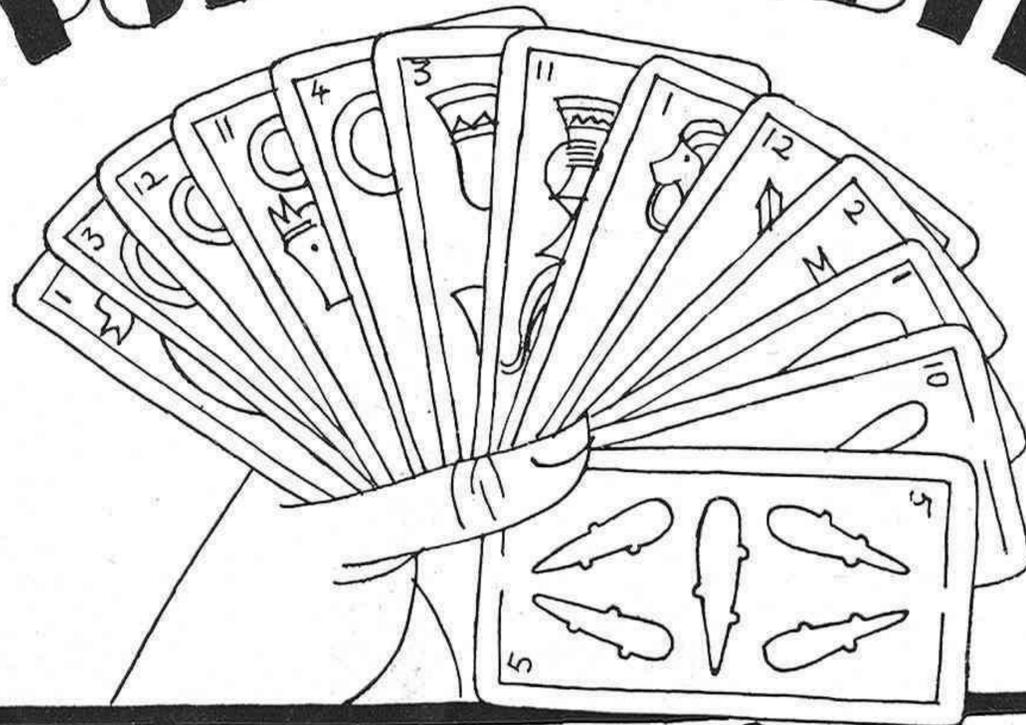


La línea Barcelona-Zaragoza, al salir de Lérida, en la calma pastoril del paisaje



Un aspecto de la línea entre Sevilla y Córdoba, en el kilómetro 2 de la carretera

# DEL POBRE AMBIENTE



=V. de S.=

## EL IMÁN DE LOS NAIPES

EL primero en llegar, como todas las noches, fué Pepito Caño. Venía resorbando el aire friolento de la calle, apresada en un bolsillo del gabán la última novelilla inverecunda.

Se aplicaba las gafas de concha. Un mechón, encarrujado y endrino á un lado de la frente, le daba un aire de bohemio pícaro y pendenciero. Era, sin embargo, un «religioso» de la burocracia, afiliado á la secta bancaria.

A intervalos, entre sorbos del agua de almidón impregnada de achicoria y atenciones para las páginas vírgenes, los ojos se le iban á la estrella giratoria de la puerta, en la que de cuando en cuando se recortaba la silueta de algún contertulio amigo.

Llegaban lentamente, casi arrastrándose, hasta la mesa. Traían un saludo ritual, de imperceptible desdén, y un cúmulo de hoscos silencios que profanar con vayas y reticencias.

Ya congregada la *peña*, asaltábanse con guiños y toses, impacientes...

Ismael Serra demoraba el café hasta provocar la desesperación de Caño.

—Anda, salado, tómate eso.

A Manes, el hombre estoico, alma de faquir y uñas renegridas por recelo al jabón, le empezaba á culebrear en el cerco rojizo de los párpados un mirar extraviado. Angelito Sonsoña, vanidosillo y adolescente, se quejaba de un mendaz padecimiento plantar, á pretexto de mostrar los flamantes zapatos recién ferriados.

—Sí, ya; y te sienta muy bien la americana—salíale Serra, sumiéndose teatralmente en un *tic* nervioso descomunal, que muchas veces se le olvidaba «interpretar».

El resto de la nutrida *peña* planeaba en bandos el modo de acabar la velada.

A la vista del primer desertor estallaba la desazón de Caño.

—Bueno; ¿qué, no subimos un ratito?...

Aún tenía que insistir con esta otra fórmula:

—¿Vamos á la «oficina»?...

Iban, al fin, arriba, á refregarse las manos con acendrada furia en la mugre de un tablero verde...

—¡Las cuarenta!...

Proseguía la pugna hasta consumida la madrugada, entre enconadas disputas é interjecciones rotundas.

El humo espeso de la tertulia, como negra

fogarada de odios en torno á los jugadores, dábales un tinte espectral de aquellarre.

—¡Al plato!—sonaba triunfal la voz de Ismael.

—¡Eh, tú, que éste va al plato!—prevenía Caño á Manes, aletargado por una mística contemplación de sus ganancias.

•••••

Una noche no acudía Manes. Caño empezó á inquietarse visiblemente.

—Si supiera en qué taberna suele cenar esos cocidos de dos reales, iba de buena gana para traérmele de una oreja.

—Andará de conquista en la plataforma de un tranvía—aventuró Sonsoña, robando con descaro su imagen al espejo tendido sobre el diván.

—Bueno. ¿Subimos?...

Aquella noche formaron «una partida coja».

A la siguiente supieron el motivo de la ausencia de Manes. Una pulmonía le tenía secuestrado en el lecho.

—¡Claro! ¡Se estaba envenenando los pulmones con esos cocidos de cincuenta!... ¿Dónde habrá cogido ese terrible vicio de comer garbanzos de ese precio?...

Tales mordacidades dejaban en el aire



—¡Las cuarenta!...

ecos de blasfemia y sacrilegio; traían también una cruel revelación de propias indignancias.

Alguien le rezó este presagio:

—¡Bah! Ese tiene que cantar todavía muchas veces las cuarenta...

•••••

A los pocos días, uno de la heterogénea «panda»—médicos incipientes, algunos «Rodríguez» con empaque distinguido, dos héroes mutilados en la última contienda marroquí, tal cual «amigueta»...—llegó con la infausta noticia.

Manes había sucumbido, «á pesar de los esfuerzos de la ciencia» en combatir tan grave infección de «balines»...

Caño, Ismael y el adolescente se prometieron asistir al sepelio.

Se sucedieron los epitafios de rigor, no exentos de velada mofa.

—Era un buen muchacho...

—Y un gran compañero para el tute... ¡Cuántos platos nos habrá perdonado por cobarde!

Se citaron en el café para la tarde siguiente, una hora antes del entierro.

Fueron puntuales. En la calle hacía frío, barrizado el pavimento por una llovizna pertinaz.

Nada hablaron en largo rato, envueltos en una pausa desapacible.

En el gran reloj de la sala, los minutos se perdían con pereza angustiosa. Faltaban diez para la hora señalada.

—¡Qué fastidio! Sigue lloviendo...—aventuró una voz con tono recóndito de miserable proposición.

Otro silencio, ahora como nube sombría en la conciencia, planó condenatorio.

Estuvieron largos minutos, huidizas las miradas, soslayando la dilatada pupila acusatoria del reloj.

Y de pronto, entre el clamoreo susurrante que rayaba todo el ámbito del café, se desprendió, vergonzante y rogatorio, en labios de uno de los amigos:

—¿Subimos á la «oficina»?...

Acechó un instante en la garganta un grito negativo—trepidar angustioso del remordimiento—, y allí quedó, amordazado por la irresistible tentación de los naipes...

LORENZO RODERO

(Dibujos de Varela de Seijas)



EL JABÓN HENO DE PRAVIA,  
conocido por sus efectos.

Al besar una mano femenina,  
se advierte con frecuencia,  
por su aroma, suavidad y  
blancura, la asiduidad con  
que lo usa la mujer elegante.

Pastilla, 1,25 en toda España.

PERFUMERÍA GAL . . . MADRID

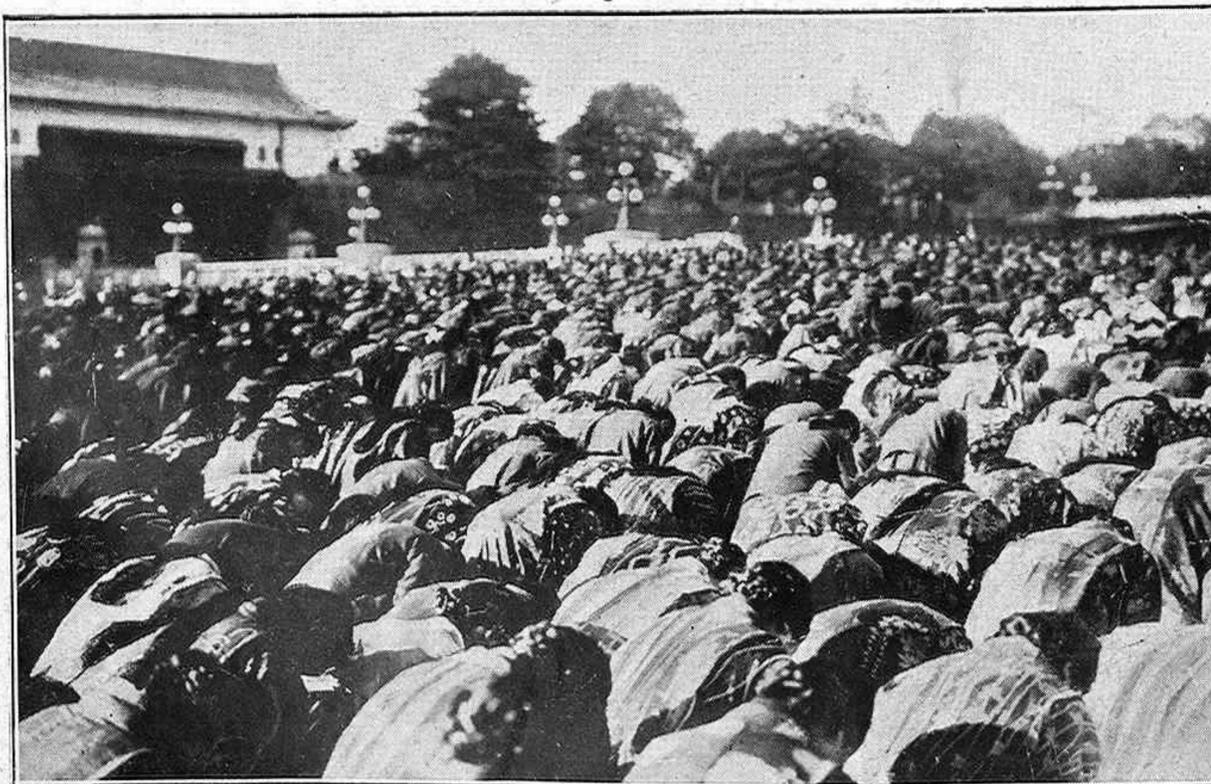
## LA FIESTA DEL LÚPULO EN INGLATERRA



Como el amable Dionisos en la antigüedad griega, el bonachón y alegre Gambrino tiene también su fiesta campestre anual en uno de los países de Europa que gustan de empujar el codo. Nos referimos á la llamada *Fiesta del Lúpulo*, que, en los comienzos del otoño, se celebra en los campos de Kent (Inglaterra). Como es sabido, el lúpulo es una planta trepadora, bella de aspecto y de sabor amargo, como muchas mujeres más ó menos trepadoras también, que entra en la composición de la cerveza. El cultivo del lúpulo, que alcanza en Baviera y Bohemia gran intensidad, dada la afición de los germanos á la cerveza, reviste también mucha importancia en Kent, cuyos terrenos son en ex-

tremo favorables á esta planta. Llegado allí el momento de la recolección, puede decirse que la casi totalidad de la población obrera del condado se congrega en las granjas dedicadas al cultivo de referencia, celebrando con animados regocijos el término de las labores. Nuestra fotografía presenta un momento interesante de dichas fiestas; es aquel en que los cultivadores del lúpulo, acabada la recolección, entonan sus canciones típicas, adornándose con las hojas de la planta que les ha de proporcionar la subsistencia, vendida á los fabricantes de cerveza británicos. Este lúpulo de Kent es el empleado preferentemente para el tipo de cerveza *Pale Ale* preferido por los buenos degustadores.

## UNA ESCENA IMPRESIONANTE



Los jardines del palacio imperial de Tokio fueron teatro, durante las últimas semanas de enfermedad del emperador Yoshihito, recientemente fallecido, de escenas conmovedoras que demuestran la profunda veneración del pueblo japonés por sus soberanos.

De una de esas escenas da idea la ad-

junta fotografía, en la que aparece la multitud postrada ante las verjas del palacio, orando por el pronto restablecimiento del doliente monarca. Como es sabido, al ocurrir la muerte de Yoshihito, el duelo fué general en todo el Imperio, quedando suspendida su vida comercial, social y política durante tres días.

**MAJESTIC HOTEL INGLATERRA**  
BARCELONA. Paseo de Gracia. Primer orden.  
Precios moderados. El más concurrido.

## Casa Ramos

Peluquería



Especialidad en artísticos postizos para señora y bisoñes para caballero, premiados en varias Exposiciones

### ONDULACIÓN MARCEL

Manicura  
Aplicación de tinturas  
Perfumería

Huertas, 7 duplicado. Teléfono 870.—MADRID

## PUBLICITAS

ADMINISTRACIÓN  
DE LA PUBLICIDAD  
DE  
PRENSA GRÁFICA

Avenida del Conde de Peñalver, 13  
Apartado 911. Teléf. 16.375.—MADRID

Hemos recibido la **Guía descriptiva de los Caminos de Hierro del Norte de España** (Invierno de 1927). Esta Guía, ilustrada con gran número de grabados y mapas, y que es indispensable para los viajeros, contiene:

Un índice alfabético de horarios y descripciones.

Otro índice de Bañerios y una reseña de los mismos.

Una tabla de tarifas.

Un índice de itinerarios.

Datos generales relativos á billetes reducidos, sencillos y de ida y vuelta, carruajes de lujo, billetes kilométricos, tarjetas de abono, viajes circulares, tarifas internacionales, marchas y horas de entradas y salidas de los trenes, Hoteles, «Restaurants», etc., etc.

Se halla de venta en los despachos centrales y bibliotecas de las estaciones de la Compañía y en las principales librerías de Madrid y provincias.

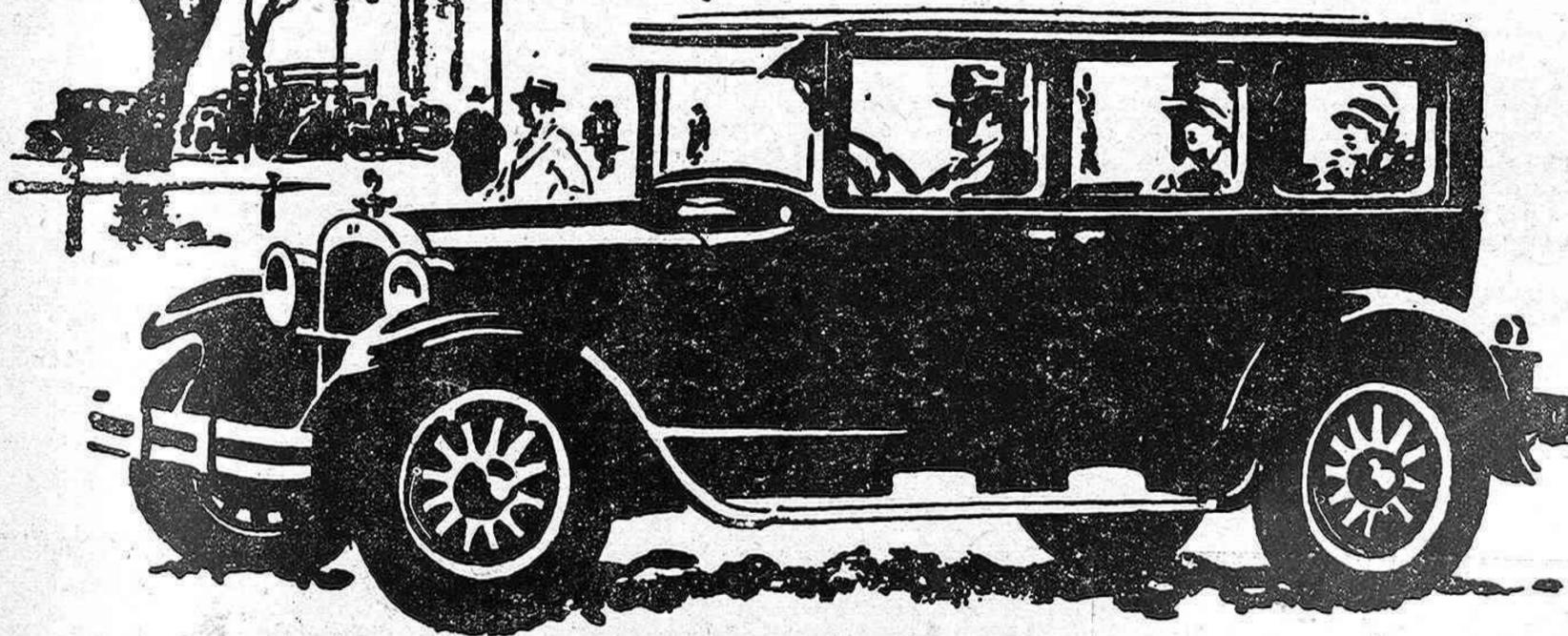
# Importantes mejoras

Pueden introducirse en un automóvil dos clases diferentes de mejoras: las que sólo tienden a deslumbrar al público no entendido y las que contribuyen a realzar notablemente su calidad y rendimiento.

Inmediatamente se dará Vd. cuenta que el nuevo cigüeñal de cinco puntos de apoyo instalado actualmente por Dodge Brothers en sus coches; el nuevo sistema doble de arranque y alumbrado eléctricos; el purificador de aire de moderna construcción y muchos otros perfeccionamientos recientemente introducidos, representan un valor real.

Estas mejoras de vital importancia han acentuado aún más la alta calidad y excepcional rendimiento de estos coches y dan una idea clara del espíritu progresivo de sus constructores.

AGENCIAS EN LAS PRINCIPALES POBLACIONES  
COMPRE EN SU AGENCIA LOCAL



# AUTOMÓVILES DODGE BROTHERS

# «LA ESFERA» EN TORELLÓ Y MANRESA

## TORELLÓ, HOSPITALARIO É INDUSTRIAL



Torelló.—Vista general

(Fot. A. Díez)

NUNCA olvidaré mis días de grata estancia en Torelló. Recordaré, eso sí, siempre, siempre, con gratitud infinita, las atenciones que voluntariamente me dispensaron dos de sus pobladores: D. José Bustamante, capitán-jefe de la Yeguada Militar, y don Alfredo Díez, factor de los ferrocarriles del Norte y colaborador gráfico de esta información. Con ellos fui visitando todo aquello que da prestigio, valor y nombre á Torelló, ese Torelló tan pequeño en número de habitantes (cuatro mil á lo más) y que tan grande es industrialmente.

En nuestras andanzas vimos fábricas, industrias diversas muy interesantes y de extraordinaria importancia, por ser muchas de ellas únicas en España.

Entre éstas podemos citar las tornerías mecánicas, donde se trabaja el asta con gran conocimiento de la industria que desarrollan. Su producción, limitada casi por completo á la fabricación de brocales para bótas de vino, se reparte por toda España y América.

Otra de las industrias que avvaloran á Torelló, para brillo y esplendor de la industria nacional, y que es digna competidora de la fabricación extranjera, es la fábrica de casquillos para lámparas incandescentes de D. Juan Bofill, de la cual nos ocupamos en lugar preferente de esta información.

Existen además importantísimas fábricas de tornería mecánica, entre las cuales descuella la del señor Hijo de Ramón Vidal. Hay fábricas de tejidos, bisutería, de artículos de galalith, de muebles, fundiciones, talleres de construcción de maquinaria, etc., etc.

La sola enumeración de todas estas actividades, comparada con el censo de población de Torelló, es algo que sorprende y pone á su vez de manifiesto lo que España sería si el resto de ella despertara de ese letargo en que está sumida para tomar por ejem-

plo á este pueblo que bulle, que se anima y florece con el penacho del humo de sus fábricas.

Mas nuestras andanzas no se limitaron únicamente á talleres y fábricas. Visitamos también la Yeguada Militar, «Sección de Conanglell». Y allí, al recorrer las cuadras, rebosantes de higiene y salubridad, fui viendo preciosísimos ejemplares, tanto en potros como en yeguas de cría, de cuya casta, edad y demás pormenores fué ilustrándome amablemente mi digno cicerone, D. José Bustamante, capitán de la Yeguada, cuya labor al frente del cargo que desempeña, con plena conciencia del deber, es acreedora á todo elogio, porque de ella se desprende un gran provecho para el Ejército.

•••••

Ha llegado el momento de dar por terminadas estas cuartillas, dada la escasez de espacio de que dispongo; pero antes de hacer punto final, quiero testimoniar una vez más, y desde estas columnas, á mis buenos amigos Sres. Bustamante y Díez, mi sincero agradecimiento por cuantas molestias les ocasioné y atenciones sin tasa me dispensaron.

E. PASTOR



Potros «Potiers bretones» de la Yeguada Militar de Conanglell (Fot. A. Díez)

### LA INDUSTRIA NACIONAL

## VISITANDO LA «VITRI ELECTRO-METALÚRGICA»

HE de confesar ingenuamente, hablando con el sentimiento de la sinceridad, que al girar mi visita á esta fábrica de casquillos para lámparas incandescentes, he sentido una vez más anidar en mi pecho, en todo mi ser, el orgullo de llamarme español. Y he sentido también cómo mi espíritu, aunque habituado á esta clase de espectáculos—dada la índole de mi profesión—, sentíase esta vez como abstraído, anodado ante aquel movimiento fabril, donde la conmoción de la maquinaria, en sus distintas operaciones de embutir, cortar, roscar y acabado de piezas; el continuo y vertiginoso movimiento de las correas sin fin; los motores en su constante labor de suministrar la fuerza necesaria; el ir y venir de los operarios..., dijérase que asusta, sorprende y distrae á la imaginación de todo pensamiento, por humano y divino que sea. Mas cuando se recobra la tranquilidad; cuando se hace á aquel mundo, que es el mundo de la producción y del trabajo, entonces el

pecho se ensancha y el espíritu se eleva en un éxtasis de asombroso deleite, de admiración y de esperanza en un resurgir de la raza y de una prosperidad de la Patria.

En esta contemplación acudió á mi mente el recuerdo de los hombres que hablan de la decadencia de España como productora, tachando de pobre y atrasada á su industria; pero éstos son los que no han pasado en sus investigaciones experimentales de la mesa del café; son los que, tomando por ejemplo su inutilidad, no creen en la infatigable actividad é inteligencia de otros hombres; son los que no conocen de España ni su industria, ni su comercio, ni sus hijos, ni nada; son los que nos desprestigian ante el Extranjero, los que no saben de España, de su riqueza ni de su valer. Pero esta torpe opinión, que es injusta y no tiene más fundamento que el de su propia ignorancia, no puede ni debe preocuparnos á los que conocemos esta España de hoy, que es madre de hombres talentados, y cuyo mayor timbre de gloria está en cimentar industrias que, como esta de la «Vitri Electro-Metalúrgica», ha sabido evitar con su perfecta producción la importación del Extranjero de los casquillos para lámparas incandescentes. Esta nueva y única fabricación en España, fundada á raíz de la guerra europea, se debe á D. Juan Bofill, figura preeminente de nuestra industria, ya que con su laboriosidad, alentada por el impulso de su talento, ha logrado cimentar, muy legítimamente, la industria que hoy posee en Torelló (Barcelona), calle del Puente, núm. 19.

Durante mi visita á la fábrica fui amablemente acompañado por su director y propietario, Sr. Bofill. De sus labios pude escuchar curiosísimas é interesantes explicaciones, relacionadas con la fabricación de casquillos y demás piezas de estampación y embutisaje de toda clase de metales que allí se vienen produciendo.

Una por una fuimos recorriendo las diferentes secciones de la fábrica, y en todas ellas advertimos la buena organización y la práctica de sus operarios. Vimos también un magnífico taller para la reparación de maquinaria y construcción de matrices.

La producción diaria de la «Vitri Electro-Metalúrgica» es de 35.000 casquillos, en sus diferentes clases y sistemas. Además de los casquillos viene fabricando unas 25.000 piezas de otros artículos: refuerzos de metal para tornería en general; virolas para mangos de toda clase de herramientas, etc., etc.

Para terminar, hagamos constar nuestra más cordial felicitación al inteligente y activo industrial D. Juan Bofill, que ha sabido dotar á España de una industria que, por su buena organización y funcionamiento, es digna de competir con las mejores del Extranjero, y es, desde luego, signo rotundo de nuestra potencia industrial y de la capacitación de nuestros hombres.



Una de las secciones de estampación de metales en plancha (Fot. Alfredo Díez)



Una de las secciones de recorte y prensas (Fot. Alfredo Díez)